

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 25.

NUM. 290.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

FEBRERO 1913

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

FORMAS RUDIMENTARIAS DE LA NOVELA PICARESCA

En inglés, la novela de Mateo Alemán obtuvo mejor fortuna que entre los tudescos; porque James Mabbe, inteligente traductor de la *Celestina*, fue también como el ayo de *The Rogue: or the Life of Guzmán de Alfarache*, impresa en Londres por Eduardo Blount, en 1622. Aquella edición excelente, en folio, contenía las dos partes escritas por Alemán, con sus prólogos fielmente traducidos y con copiosas notas marginales añadidas por Mabbe; algunas, por cierto, eran sentenciosas reflexiones morales, pero la mayor parte, auxiliares de la inteligencia del texto. Siguiéronse nuevas ediciones encuadernándose con la *Celestina*, traducida por el mismo en la serie Oxford de 1630, y también se hizo esto con algunos ejemplares de la edición de Londres en 1634. También se publicaron ediciones abreviadas sobre la base de la de Mabbe, destacándose del texto la historia de Osmin y Daraxa, que en cambio se agregó a las *Novelas* de Cervantes en 1723. Antes de la publicación latina de la *Celestina* de Gaspar Barth, titulada *Pornoboscodidascalos Latinus*, hizo su aparición en esta lengua Guzmán de Alfarache, por el estudio de Gaspar Ens, de Colonia, que en 1623 publicó la primera parte con el nombre de *Vitae humanae proscenium*. La *Pars secunda* fue publicada por el mismo Ens en 1624; pero la tercera parte, compendiada, no aparece hasta la edición entera del *Dantisci, sumptibus Georgii Tors-*

terii. La primera parte en sus acontecimientos principales refleja el original de Alemán, aunque abreviado y con pegotes en varios pasajes, tales como la enorme descripción de la ciudad de Roma, y discursos con citas de Horacio, Séneca y Plutarco. Su rasgo más notable es la inclusión de Lazarillo de Tormes como personaje de ella. Éste se encuentra en un camino con Guzmán, y le cuenta su propia historia en el punto en que el original español se refiere la de *Osmin y Daraxa*. En la continuación latina, seguía la segunda parte de Alemán, pero en lugar de la historia de *Dorido y Clorinia* se insertaba otra, y el episodio de *Claudio y Dorotea* se omitió por completo. Este volumen termina más apresuradamente que el español, pues Guzmán, no prosiguiendo más allá de su segundo matrimonio y de su ida a Madrid, prorrumpe de repente: *Sed expectas forte ut narrem quæ mihi Madriti evenerint? Narrabo tum quum mortem meam ipse narrabo. Nunc valete et plaudite*. En la tercera parte que se publicó cuando Ens, ya que no Guzmán, era muerto el pícaro; después de verse libre de las galeras, se hace comediante y por fin ermitaño, conclusión que evidencia haberse sacado de la traslación alemana. En Holanda se tradujo por autor anónimo, con el título de *Het leven van Gusman d'Alfarache't afbeeldsel van'it menschelijk leven*. La primera edición fue la de Harlem, 1655, y la segunda se publicó en el mismo año, en Rotterdam, por Abraham Pietersz, con una tercera parte bajo los mismos auspicios, en 1658. Aunque abreviada y sin los episodios románticos, comprendía esta obra los principales sucesos de la obra original, y la misma división en partes y libros. Siguiéronse otras ediciones, y así como Brederoo, a imitación del tercer tratado de *Lazarillo*, hizo el *Spaansche Brabandor*, Tomás Asselijn, en 1893, desenvolvió el asunto de esta novela en la comedia *Guzmán de Alfarache of de door-sleepene bedelaers*. Por toda Europa llegó a ser Guzmán héroe tan popular como Eulen Spiegel, Gargantúa o Harlequin, y en Inglaterra a las historias de criminales más conocidas con regularidad indefectible, se las anunciaba por vía de reclamo, asegurando al

público «que nuestro Guzmán inglés es tan famoso en estos tiempos como lo fuera en los suyos el español» (1). Ninguna otra novela picaresca española alcanzó nunca tan general celebridad ni ejerció tanta influencia como ésta (2).

En el mismo acto en que se publicó la continuación auténtica del *Guzmán*, salió también a luz el *Libro de entretenimiento de la Picara Justina*, en Medina del Campo, en la imprenta de Cristóbal Lasso Vaca, escrita por el Licenciado Francisco de Ubeda, *natural* de Toledo, según allí se manifiesta. Mas el autor real parece haber sido un fraile dominico, Andrés Pérez de León, que tuvo empeño en ocultar su identidad, por razón de su hábito y por haber escrito otras obras de distinto carácter. En 1601 había publicado una vida de San Raimundo de Peñafort, y también de su pluma salió una serie de *Sermones de Cuaresma y de los Santos*. Parece ser que la *Picara Justina* se compuso durante la vida estudiantil del piadoso Pérez de Alcalá, como el *Lazarillo* lo escribieran según la tradición, bien Mendoza o bien Ortega, siendo escolares en Salamanca. Y seguramente que se percibe poco el sello sacerdotal en el libro, a pesar de sus frecuentes moralidades. Guzmán de Alfarache fue el principal modelo que el autor se propuso, aunque se mencionan en el libro, juntamente con otros, la *Celestina* y el *Lazarillo*. En el *Prólogo sumario* (3) dice que ha de mandarse a Guzmán la descripción de Justina en vísperas de su casamiento con él; y al fin de la historia, prometiendo

(1) *The English Guzman, or The History of that Unparallel'd Thief, James Hind*, por S. F(idge). Londres, 1652.

(2) Por lo que se refiere a la influencia del *Guzmán* en *Grimmelshausen*, véase *Eine Quelle des Simplicissimus*, por Rudolph von Payer, en *Zeitschrift f. deutsche Phil.* Vol. XXII, pág. 93 y sigs.

(3) Justina dice en él: *No hay enredo en Celestina, chistes en Momo, simplezas en Lázaro, elegancias en Guevara, chistes en Eufrosina, enredos en Patrañuelos, cuentos en Asno de Oro, y generalmente no hay cosa buena en Romancero, comedia ni poeta español cuya nota aquí no tengo, cuya quinta esencia aquí no saque.*

continuación, se declara ya Justina la esposa del famoso pícaro. Nadie que lea esta novela negará que Justina hubiera sido digna compañera de Guzmán, aunque en la novela no se utilizan las relaciones entre ambos.

Como otras obras de su clase, es también ésta autobiográfica. La heroína, después de prólogos menudamente elaborados y dedicatorias a la pluma, tinta y papel, en estilo intermitente y enrevesado, saca a plaza su genealogía; porque un pícaro ha de atestiguar su patrimonio picaresco, según ella dice. El padre de su padre fue un barbero tahir; su bisabuelo, un enano y titiritero. Bufones y saltimbanquis, sastres y tamborileros, fueron siempre sus antepasados. Como hija de un mesonero, trata de este oficio y de cómo murieron sus padres: él a manos de un huésped a quien había estafado, y ella atragantándose una longaniza robada. La vida aventurera de Justina comienza, después de estos sucesos melancólicos, con un viaje que emprende a la fiesta de Arenillas. Esta termina para ella con caer en poder de una caterva de estudiantes alborotados, de los que se desenreda astutamente conduciéndolos a latigazos al pueblo de ella, Mansilla, donde tienen que escapar para salvar su vida. La segunda peregrinación es a León, donde hace una burla a su mesonera; cambia un *Agnus Dei* de plata por otro de oro, enreda a un ermitaño, roba un borrico para reemplazar al que a ella le han robado; se disfraza de mendiga para allegar recursos, y, después de una peregrinación irreverente a un santuario próximo, chasquea a un estudiante con un panal de miel. Luego, en combinación con un barbero, hace una burla a una posadera que se pone enferma, haciéndose él pasar por médico; y cuando la pícara a su vez burla al barbero, vuelve a su casa de Mansilla, triunfante por segunda vez. La tercera salida de Justina se debe a la persecución de sus hermanos y hermanas, que tratan de desheredarla. Se las arregla, sin embargo, con un amante, para que éste robe en provecho de ella alhajas y vajilla, y así le es fácil salir sin ser notada, yendo a Ríoseco, donde presenta una demanda legal contra su familia.

Los letrados la despojan de su dinero, en términos que le es menester entrar al servicio de una hilandera morisca. Aquella vieja hechicera muere rica, y Justina se queda con su caudal, pretendiendo que la ha dejado por heredera. Con riquezas venidas a buena sazón y más juicio, prosigue su querrela, que termina en su favor, y Justina vuelve por tercera vez a Mansilla victoriosa. Cada una de estas salidas es materia de un libro, intitulándose el primero *La pícara montañesa*, el segundo (que es el más largo) *La pícara romera*, y el tercero *La pícara pleitista*. El cuarto y último es *La pícara novia*. En él tiene Justina por amantes chasqueados a un fabricante de juguetes, a un disciplinante tonto y a otros pretendientes de menor cuantía; por fin, acepta a un jugador viudo, viejo veterano, nombrado por la corte guardia, y que resulta para Justina el más provechoso de elegir. Sigue la narración con la fiesta de la boda en una posada, donde es tanta la algazara, que el mismo Corregidor baila, y Justina se despide diciendo: «Es la noche de la boda. ¡Buenas noches!»

Cada capítulo va precedido de una glosa en verso, usándose en todos ellos cincuenta y un metros diferentes, y entre éstos los *versos de cabo roto*, que también se encuentran en el *Quijote*. Con ser tan mezquina la invención de esta obra, por lo general, el autor parece muy satisfecho de su talento, y llega a decir de su obra, en la primera página, que *Es juntamente Arte Poética*. Empezando así en metro cada capítulo, lo cierra, sin más ni más, con un *aprovechamiento* que contiene la moraleja que de él ha de sacarse, «que te mostrará, dice el título, cómo has de aprovecharte de su lectura para evitar los engaños comunes del día». Y en su prólogo al lector, dando por cierto que sean pocos los que por la lectura de su obra puedan adoctrinarse, espera, sin embargo, el autor que todos puedan conocer algo para evitar la malicia del mundo, y que si su libro fuera todo de vanidades y frivolidades, no lo hubiera dado a la estampa; si, por el contrario, todo él fuera santo, serían muchos menos los que lo leerían. Estas moralidades nos dan a entender

que al comenzar a escribir la obra faltábale demasiado de aquella santidad que para permitir que se publicara exigiría la Inquisición, y como medio de remediar esta falta ideó el autor agregarle aquellos *aprovechamientos* como apéndices. Pero si estas observaciones morales de la *Pícara Justina* están puestas de tal modo que pueden omitirse en la lectura sin dejarla manca de sentido, en cambio es tan sermonario e intrincado el estilo general de la obra, y tan atormentado y revuelto, que se hace fatigosísima la narración. Se le ha considerado como el primer corruptor de la prosa española, ya desde que Cervantes, en su *Viaje del Parnaso*, la juzgó con severidad (1); y sus conceptos extravagantes, sus aliteraciones, juegos de palabras, equívocos y afectación erudita, son inseparables del escritor. Como en Juan Martín, su mayor defecto es la falta de invención, pero es superior en ingenio y agudeza satírica a aquél, el primer precursor del burlesco chispeante del *Gran Tacaño*, y fue también el primero en utilizar como protagonista picaresco una mujer, en lo que se adelantó a Barbadillo y a Solórzano. Por el mero hecho de reemplazar el antihéroe por una heroína, queda eliminado el plan de las otras novelas de hacer pasar al héroe por el servicio de varios amos, pues las mujeres, en aquellos tiempos, no eran admitidas en muchos empleos. Justina misma no tuvo más que un ama: la Morisca; y en lo sucesivo, hasta Moll Flanders, las mujeres de las novelas picarescas figuraron más bien en conexión con sus amantes, y considerándose sólo sus obras personales independientes del cambio de servicio.

La pícara obtiene de esta suerte más libertad de movimiento que el pícaro, y por instrumento de ella ascendió en su evolución la novela picaresca a un grado superior de condición, cuando el tema llegó a ser, no ya la descripción de las clases sociales, sino las aventuras y aspectos individuales de la vida, Justina fue una personalidad distinta, como no lo había sido

(1) Mayans y Siscar: Prefacio a la *Pícara Justina*, 1735, Madrid.

Lazarillo, y la Rufina de Solórzano aún confirma más esta individuación del carácter. Los incidentes de la novela de Pérez eran vulgares y adolecían de cierta candidez; las correrías de Justina se redujeron a círculo bien limitado, de ningún interés real, y la acción que los determina es igualmente circunscrita por demás. Únicamente el manejo juglaresco de la narración ha bastado a salvarla del olvido. No incluye cuentos de extensión, ni numerosas anécdotas, pero en su lugar abundan discursos cargantes y apelmazados. Se percibe en esta novela sobrada descripción de viajes para tan limitado circuito, y se advierte aquella procacidad de que dan muestra los libros de chistes germánicos y el *Buscón* de Quevedo. Pero la censura de torpeza lasciva con que se ha condenado a Pérez es infundada. Le era ajeno el arte intencionado del *conteur* francés, y su antiheroína se mostró casta en los ataques y seducciones de desconocidos. Se anunciaba un *segundo tomo*, que no se llegó a publicar, a pesar del regular éxito que obtuvo el original, que en 1608 fue publicado en Bruselas por Olivero Brunello, y en 1640 en Barcelona, con el título de *La pícara montañesa llamada Justina*.

Por lo que hace a las ediciones italianas, en 1624 salió a luz en Venecia, por obra de Barezzo Barezzi, una traducción titulada *Vita della pícara Giustina Diez*, mas incompleta, pues no da más que la primera parte, y esa sólo hasta referir la victoria que obtuvo Justina sobre los estudiantes de la Vigornia. Agregásele un total de doscientas páginas, ajenas a la novela original, constituídas por anécdotas y seis cuentos amatorios, entresacados de distintas fuentes, y que se finge que a la pícara refirieran seis caballeros de Mansilla para festejar su regreso. En 1629 publicó Barezzi su *Volume secondo intitolato la dama vagante*, que llega sólo hasta la jornada de Justina a León, y el robo del asno. Dos tercios de esta mezquina composición lo constituyen interpelaciones absurdas de Barezzi, a saber: *molte vaghe historie, nouvellette detti, sentenze e facetie singolari*. El resto del original lo reservó, sin duda, Barezzi

para que le sirviera de esqueleto que rellenar en otra tercera y cuarta con que amenaza a los lectores. Aunque retuvo los versos, no hizo ánimo de traducirlos, considerando despectivamente que servían *piú a pompa che ad utile*. En Alemania la versión italiana valió de base para el libro titulado *Der Landstürtzerin Justinae Dietzin Picarae die frewdige Dama genannt*, impreso en Francfort, por Gaspar Röteln, en 1627 (1). Se cita en su portada a Barezzi, y redacción de éste es la seguida en esta versión. En 1.º de Mayo de 1635 se fecha el privilegio de una traducción francesa anónima, en favor de Pierre Blaise, Pierre Bilaine y Antoine de Sommaville, titulada *La narquoise Justine lecture pleine de recreatives aventures et de morales raileries contre plusieurs conditions humaines*. En el prólogo se reconoce que la superfluidad de discursos de Justina debería descartarse e imponerse algún freno a su mezcla de lo divino y lo profano; mas no se puede menos de advertir al lector *que ce n'est pas une vièrge de cloistre qui parle, mais une narquoise libertine*. En inglés, la obra de Pérez figura la primera en la lista de novelas análogas, incluídas en la colección *The Spanish Libertines*, del Capitán John Stevens, impresa en Londres por Samuel Bunchley en 1707. En ella la *Pícara* se nombra *Justina, the Country Jilt*. Stevens dice de su versión que es «no una traslación, sino más bien un extracto de todo lo mejor y más divertido del original, que estaba atiborrado de mucho comento y reflexiones que lo hacían fastidioso y desagradable». Dígase cuanto se quiera de Stevens como traductor de la *Celestina*, no se podrá dudar que su *Justina* en ocho capítulos acusa gran perfección sobre el original español, del que ha retenido los lances ingeniosos y principales situaciones, sacrificando los *aprovechamientos* inútiles.

El *Lazarillo*, el *Guzmán* y la *Justina* fueron en grado sumo obras de la primera fase de la novela picaresca, no ya cronoló-

(1) Grásze da el año 1618 para la traducción alemana de *Justina*; según él, esta traducción forma la 2.ª Theil (parte) del *Guzmán*, de Albertino.

gicamente, sino por su carácter en general. Informes en el plan y de estilo burlesco, muestran hechura rudimentaria, su sátira sin rebozo, su moralidad, cuando se encuentra, pegadiza. Otras novelas de este mismo orden de las picarescas pudieran ponerse al lado: la *Desordenada codicia*, de 1619; *El Lazarillo de Manzanares*, de 1620; *Alonso, mozo de muchos amos*, de 1624 y 1626, y *Vida i hechos de Estevanillo Gonzalez*, de 1646. Entre éstas había amplias diferencias, pero en todas predominaba la observación; el pícaro no hacía sino empezar a destacarse de sus propias acciones, y patentizaban su proximidad a los orígenes de la novela picaresca.

La de *Estevanillo Gonzalez*, aunque publicada mucho más tarde que las otras, es mucho más rudimentaria que cualquiera de ellas. Apareció en Amberes, publicada por la viuda de Juan Chobbart, dedicada a Ottavio Piccolomini; en todo descubre ser obra de un bufón, oficio que se da a sí mismo Estevanillo, *hombre de buen humor* (1). Contenía esta edición versos laudatorios de los compañeros del pícaro en el servicio del duque de Amalfi, y el prólogo denuncia el abolengo literario de la obra. «Adviértoos», dice de su narración el pícaro, «que no es ni la vida que dicen de Guzmán de Alfarache, ni la fabulosa de Lazarillo de Tormes, ni la fingida del Cavallero de la Tenaza, sino una vida verdadera», y viven aún los testigos, añade, que pueden acreditar su veracidad. A pesar de ello, es seguro que a la autobiografía, si fue tal, se juntó mucho de las novelas picarescas y mucho también de la propia fantasía del autor, pudiéndose notar señales bien claras de la influencia picaresca, en particular de la de *Lazarillo*, de *Guzmán* y del *Buscón*. Al contar su vida, pasa Estevanillo rápidamente sobre su paren-

(1) Nicolás Antonio creía que existieran las ediciones apócrifas de Bruselas 1619, y Madrid 1620, las cuales son generalmente rechazadas. La fecha de 1645 se menciona especialmente en el capítulo III, y el mismo Piccolomini no nació hasta 1599. No hay fundamento para atribuir tampoco esta obra al autor del *Diablo Cojuelo*.

tesco y educación: de su padre dice que estuvo en Italia, y de su madre que murió envenenada por haber comido unas setas; y dice cómo se las ingeniaba en la escuela para fortificar su memoria. Siendo aprendiz de barbero, trabajaba tan torpemente, que tuvo que huir para librarse de la indignación de un parroquiano; y llegado al santuario de Loreto, y luego a Siena, empezó a frecuentar el trato de pícaros, y a jugar con trampas a dados y naipes en combinación con unos mesoneros. En Liorna se embarca en la armada del duque de Toscana, teniendo que padecer harto agravio de parte de los soldados. En Palermo trata de robar al secretario de Doña Juana de Austria, a quien entró a servir, y luego viene a ser pinche en la cocina del arzobispo. En Roma se ajusta con otro barbero, pero al poco tiempo se larga con las herramientas de su amo, y se instala de cirujano en Nápoles; tras de una larga carrera en que despliega toda clase de aptitudes, desde la de alguacil a la de ladrón, se da a la vela para Barcelona. Acompañado de otros dos pícaros, viaja por toda España en hábito de peregrino, viviendo del merodeo y de la limosna y poniendo mano en toda clase de profesiones, siendo ora fraile, ora cabrero, bien aguador o herbolario. Después de haber servido en el ejército de mar y tierra sucesivamente, fue también buhonero, cantor de romances y pescador, y por último, se embarca para Saint-Malo, y viaja por la Normandía y la Bretaña. Se alista en el ejército contra los ingleses, embolsándose adelantada la paga y desertando. Saca dolosamente el dinero a los judíos de Ruan, vendiéndoles las cenizas de su padre, de quien dice falsamente que fue mártir de la Inquisición. Se hace un tumor fingido en una pierna en París, a imitación de lo que hiciera Guzmán en Roma y en Gaeta, y se vuelve, pasando el Rhin, para Italia, vendiendo agujas y repitiendo con éxito la suerte de la Bretaña. De Nápoles vuelve a España, donde se le condena a muerte como autor de una sedición en filas, e indultado torna a Lombardía, y luego a Baviera, donde, como siempre, se hace notar por su ausencia en los sitios de peligro. Hace de

vivandero en los Países Bajos, y cuando el conde Piccolomini le recibe por su paje y bufón, entra en los días de su gloria. Se le concede el honor de permanecer cubierto ante la emperatriz de Austria, y de conversar con el virrey en Praga. Dispone mascaradas satíricas en Carnaval, se le confían despachos importantes del uno al otro cabo de Europa, tiene familiaridad con todos los soberanos, y brilla en toda bufonada que tenga lugar en la corte o en el campamento. En Flandes roba a un comisario, ocultándose bajo su misma cama. En Polonia gana una apuesta entre bebedores, valiéndose de unas esponjas que se pone en las botas. En el Tirol pasa la pena negra al servicio de un capitán, a media ración. A bordo de un falucho italiano, agujerea una barrica de vino; se acuesta al lado de ella, y venida la noche, empieza a gritar que está humeando, que esto le hace imaginar su borrachera. En una fiesta de aldea, otra vez en España, se lleva el premio de un certamen poético, por una poesía cuyo destino es ponerla en la puerta de la iglesia; nadie entiende lo que ha escrito, y se le reputa por un segundo Góngora. En Falmouth (Inglaterra) se dedica a vender limones, y habla en latín con los habitantes de aquel país; y en Bruselas se encuentra con que una querida que él ha dejado se le ha escapado con otro. Descontento, y tomando ejemplo de Carlos V, se decide también a abdicar. Su San Yuste es Nápoles, donde va a hacerse cargo de una casa de postas que le ha concedido el rey de España. Escribe versos a su dama y una elegía a la muerte de la emperatriz María. Después, despídese de su señor el duque de Amalfi, componiendo un poema de despedida sin el uso de la letra O.

Esta relación extraordinaria y apresurada con sus juegos de palabras y giros satíricos, su falta absoluta de plan o desarrollo, era única en algunos sujetos entre las novelas picarescas. Ruda y despreocupada venía a ser una sucesión de burlas prácticas de ínfima calidad, perpetradas sin malicia y sin consideración también. La verdadera comedia no aparece en este escrito sino grosera e irónica, con una devoción al hecho que

no siempre divierte; narración estruendosa y vacía de conciencia íntima, significación y moralidad. La serie de viajes que en ella se emprenden es la más larga que pueda verse en la novela picaresca, y en descripciones de viajes se agota la mayor parte del cuento. Pero en el espíritu burlador del antihéroe predominan las trapacerías y no aparece la observación. Estevanillo en ella se manifiesta pícaro regocijado, cobarde y tragón. Ningún otro pícaro bebió tanto ni tan a menudo como él. En más de una manera se asemeja a Falstaff, que también fue un pícaro amigo de gente de posición elevada, mantenido por sus distinguidos patronos, que gustaban de sus vicios sazonados por el ingenio; y con todo, si se le compara con Falstaff, no pasa de ser un bufón, no es un hombre. Conservada la tradición del servicio a varios amos en el Estevanillo, se utiliza, empero, con tan exagerada rapidez, que arriesga echar a perder las ventajas a que se presta esta disposición de las novelas picarescas. Pocas veces se detiene para mirar a su alrededor, y su historia abocetada no da al por menor sino chanzas y bur-las particulares suyas. Ni posee tampoco los méritos realísticos de otros libros de su clase, y como obra de arte queda claramente muy inferior a ellos.

La traducción inglesa llevada a cabo por el capitán Stevens, en la serie *The Spanish Libertines* de 1707, proclama a Estevanillo como el «más redomado y regocijado de los pillos»; y el mismo Stevens dice en su prólogo: «En opinión de muchos, parece haber eclipsado a Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache y todos los demás pícaros que han salido a luz hasta ahora», añadiendo que «si antes hubiera llegado el libro a sus manos, le hubiera puesto en lugar preferente en su libro; ya que así no ha sido, espera que el lector no dejará de obtener de él el fin para que está escrito, que es la diversión». La traducción se hizo con gran inteligencia y sin omitir nada sustancial; únicamente se suprimieron las composiciones en verso, excepto dos, y se hizo otra distribución de capítulos a partir del séptimo del original. En Francia, 1734, publicó una

obra *Le Sage* con el título de *Histoire d'Estevanille Gonzalés surnommé le garçon de bonne humeur: tirée de l'Espagnol*. El título autoriza a creer que la obra francesa es, en efecto, una traslación de otra, y así se ha afirmado repetidamente, mas no hay nada de esto. Lo único que *Le Sage* ha tomado del español se encuentra en su primer capítulo en que refiere las primeras proezas de Estevanillo en el arte barberil, y su servicio como cirujano en el Hospital de Nápoles, imitados de los capítulos primero y tercero del original; pero fuera de esto, no aparece conexión entre la narración española y la suya. No se menciona a Ottavio Piccolomini en ella, y toda la acción gira históricamente en torno al conde de Lemos, y más especialmente al Duque de Osuna, a quien Estevanillo sirve en su desgracia y al tiempo de su muerte. La filiación más cierta de la novela de *Le Sage* no se ha de buscar en el *Estevanillo*, sino en la *Vida de Don Gregorio Guadaña*, en el *Siglo Pitagórico*. Otros pasajes le sugirió el *Rinconete y Cortadillo*, y el *Alonso moço de muchos amos* y el *Marcos de Obregón*. De este último incorporó enteramente algún capítulo (1); y de la misma fuente tomó la narración del cautiverio de Joachim en Argel. El autor del *Gil Blas*, que mejoró el Guzmán en su traducción francesa al suprimirle muchas cosas superfluas, pensó tal vez que para hacer algo análogo con Estevanillo tendría que rehacer por completo la obra, no reteniendo del original otra cosa que el nombre. Sea cual fuere la razón que tuvo *Le Sage* para cebar al público con una pseudo-traducción, obtuvo éxito seguro. Ya en su *Gil Blas*, en cambio, había incluido en la historia de Escipión el intento de fuga de Estevanillo cuando estaba en Palermo, después de haber robado a su amo, que en la obra francesa era un jugador, y también está tomado del *Estevanillo* aquel suceso en que Escipión representa de rey de León, y se escapa con sus vestiduras reales del secuestro de los moros. *Le Sage* decía también de Escipión: «*On aurait pu le surnom-*

(1) *Estevanillo*, chap. 20; *Marcos*, Relación III, 4.

E. M.—Febrero 1913.

mer à juste titre le garçon de bonne humeur» (1). Si la novela española de Solórzano no puede lisonjearse de haber sido muy imitada, ha tenido, en cambio, alguna influencia; y muy capital entre las que se le asemejan es la ejercida en la titulada *Avantures tragi-comiques du Chevalier de la Gaillardise* del Sieur de Préfontaine, publicada en 1662.

En 1620, publicó en Madrid la viuda del impresor Alonso Martín, el *Lazarillo de Manzanares, con otras cinco novelas*, obra de Juan Cortés de Tolosa. Todas aquellas novelas, menos una, se habían dado a conocer en los *Discursos morales* de Tolosa tres años antes, dos de ellas picarescas, pero el *Lazarillo de Manzanares* era más rigurosamente aún imitación marcada de la primera novela picaresca. El pícaro, al empezar su historia, llega hasta a usar casi de las mismas palabras con que el del Tormes se dirige al lector: *Ansi que sabrá vuesa merced*. Nació en Madrid, de un padre ladrón, encarcelado por haber querido ahorcar a su madre, sospechada de hechicería. Enviado Lazarillo a los estudios de Alcalá, se enamora allí de una pastelera a quien ayuda en la confección de pasteles con carne de caballos muertos, pero le sobrevienen dos infortunios: su amiga se le presenta con una hija y a su madre la prende la Inquisición. Yendo a Guadalajara, entra a servir a un sacristán tuerto, cuya mujer tiene de querido a un barbero. En Madrid, más tarde, va a servir a un chulo que se dedica a explotar a los caballeros que van a visitar a su señora, que es una taimada; mas habiéndose quedado viuda, se consuela prontamente con otro, lo que da lugar a que Lazarillo se vea envuelto en las querellas domésticas que surgen entre la desposada y su nuevo marido, y por jurar en falso, le desnudan y azotan. Todo entristecido, toma el camino de Sigüenza, y encontrándose con un ermitaño impostor y trapacero, conciertan vivir en compañía. Por varios años andan corriendo por toda España hasta que Lazarillo encuentra a su madre en un *auto*

(1) *Gil Blas*, X, 10; X, 5, y *Estevanillo*, 2.

de fe en Toledo, y la oye confesar, con gran satisfacción suya, que no es realmente su hijo. Después de la muerte del ermitaño, Lazarillo lleva a cabo varios enredos desgraciados en servicio de un caballero joven de Sevilla; se hace el mendigo y pasa por tutor de los sobrinos de un canónigo. Estos pupilos son unos pícaros que le hacen creer que está herido y sangrando, llenándole de vino y que roban a su tío valiéndose de pilluelos alquilados a quienes visten con sábanas, introduciéndolos en el aposento donde están sus caudales, de manera que parezcan estatuas. Abandona este empleo Lazarillo pasándose a ser víctima de un portugués que dice ser alquimista; y comiendo, sin darse cuenta, con un ladrón, meten en la cárcel a los dos. Puesto en libertad, establece una escuela en donde le va perfectamente; mas por su mal, un casamentero le arregla una boda con una mujer, muy buena sí, pero que no posee otras cualidades con las que él pudiera contar, al extremo de que decide huir de ella. No pára en esto el asunto, pues el agente de matrimonios le persigue en juicio, quedando condenado Lazarillo a destierro y su mujer a las galeras. Vuelto de su condena, se ajusta con un hidalgo para emprender negocios comerciales en Méjico—«*donde me sucedió lo que a vuessa merced prometo en la segunda parte, prosiguiendo hasta que ya por mi mucha vejez no me pude contar entre los vivos*».—No debió alcanzar favor para publicar esta segunda parte, pues no llegó a aparecer, y la primera parte no se ve que llegara a gozar de una segunda edición ni de ser traducida.

La narración fue escrita en el estilo jocoso acostumbrado, rayano en bufonesco, con inserción de anécdotas y un largo sueño de Lazarillo que debió sugerir la fábula del *Diablo Cojuelo*. Era ruda e informe, y carecía de unidad aún más que ninguna otra de las novelas precursoras sin contar con muchos de sus incidentes, que no merecen ser referidos. No faltan reminiscencias de otras novelas picarescas, y ya el título declara su estrecha relación con el *Lazarillo de Tormes*; pero el prototipo cierto de esta obra insignificante se ha de buscar en el *Buscón*

de Quevedo, que aún estaba en manuscrito. Alguna duda puede haber sobre la conexión de entrambas novelas, y aunque es posible que tomara algo Quevedo para su propia obra, que no se imprimió hasta 1626, pero estaba ya compuesta diez años antes, y alterado un poco el original, es más probable que Tolosa fuera el plagiario. Como Don Pablos, empieza Lazarillo de Manzanares contando su vida de estudiante y termina bruscamente con su viaje a Indias y los pasajes relativos a la hechicería de las madres de los respectivos anti-héroes y el oficio de pastelero, y, en una palabra, la manera de narrar, descubre a cada paso la imitación. El *Marcos de Obregón*, publicado dos años antes, sugirió muy probablemente la aventura amorosa del barbero con la mujer del sacristán; mas en todo caso, no copió *Lazarillo de Manzanares* tan de cerca a sus predecesores que alcanzara con los méritos de éstos a redimirse de su propia mediocridad, y su único interés en el día, aparte del lugar que ocupa en la evolución picaresca, estriba en su rareza.

Escribieron versos encomiásticos para los *Discursos morales* de Tolosa, publicados en Zaragoza en 1617, Lope de Vega, Barbadillo y Vélez de Guevara; pero las *novelas* publicadas en el tercer libro eran, si cabe, peores que el *Lazarillo de Manzanares*. La primera de ellas, la *Novela del licenciado Periquín*, era picaresca, y en ella se refiere la historia del hijo de Pedro de la Oliva y de María la Carga de Segovia. Después de una mocedad picaresca, sirve a un herrador, a un barbero y a un mesonero, hurtando en todos estos oficios, y finalmente, camina tan perdidamente, que de resultas de una mendicidad va a parar a un hospital. Su último recurso es la mendicidad, tras de la cual va a servir a un cura, a un letrado y a un médico. Confíasele una curatela en Ciudad Real, y procura concertar un matrimonio tramposo con la hija de un boticario. Le sale mal este asunto; después se pasa cuatro años en Salamanca, estudiando y escribiendo un libro sobre las propiedades morales de los animales. Obligado a dejar sus estudios a

causa de un susto, se alista como alférez para Sicilia, ascendiendo a la categoría de Don Pedro. Luego tiene intrigas amorosas con dos damas, que le persiguen mientras él procura deshacerse de ellas embarcándose; una de ellas se ahoga, y la otra se casa con él, y viven ambos prósperos y felices, «muriendo lleno de días y no falto de merecimientos». De pícaros como éste pudiera decirse: «Rió con los dichosos, lloró con los tristes y jugó con los pícaros... Fue, en pocas palabras, camaleón que muda de color según el paño en que está colocado.» Más vigorosa, aunque en lo picaresco menos exacta, y de estilo en lo general más apacible y perfeccionado, era la *Novela de la comadre*, o sea la relación de una burla que hace a la comadrona Beatriz y su linda hija Felipa de Jaén, Molino, el lacayo del prometido de Felipa. El verdadero novio se encuentra en Indias, habiendo dejado a Molino la guarda de sus bienes. Mas él se concierta con otro granuja, y fingiendo doble papel, primero como penitentes religiosos y luego como mejicanos ricos, se dan traza para arruinar a Beatriz, a Felipa y a su prima Isabel, escapándose con sus caudales, a quienes persuaden de que son sus herederas. El chiste principal de la historia es cuando se disfrazan al punto de padres confesores y luego de galanes, ayudando y favoreciendo su embuste con el venerable disfraz.

La *Desordenada codicia de los bienes ajenos*, publicada en 1619 por el Dr. Carlos García, si bien difiere de las novelas picarescas de la primera fase, ofrece, al mismo tiempo que una ficción picaresca bien distinta, la observación rudimentaria de este género de vida. Su autor, de quien Nicolás Antonio dice *Nescio quis, doctorem sese nuncupans*, había ya impreso en París, en 1617, una obra más famosa de que el sabio bibliógrafo tuvo noticia, titulada *Antipatía de los franceses y españoles*. Trataba de la alianza entre las dos naciones mediante el matrimonio de Luis XIII con Ana de Austria, lo que explica suficientemente su gran interés y el que se publicara en español y en francés en 1622, y se repitiera posteriormente varias veces

su publicación, traduciéndose al italiano en 1658, al alemán en 1676 y al inglés en 1704 (1). García debió estar refugiado en la capital francesa en aquel tiempo en que las antesalas de los grandes se veían llenos de aventureros castellanos, y en aquella corte, en la imprenta de Adrián Tiffaine, es donde se publicó la *Desordenada codicia*. El libro compara con tono zumbón las miserias de una cárcel a las penas del infierno, y describe la vida de los prisioneros, que viven apostólicamente, sin alforja, báculo ni zapatos y sin superfluidades ni dobleces. Para comer, usan de sus cinco dedos a guisa de cucharas, y se ven obligados a beber en el hueco del sombrero, tragando más grasa que vino. Usan de sus camisas en cuenta de servilletas, y «es su mantel una manta vieja y mezquina, raída y más llena de bichos que el lienzo que vió San Pedro en Damasco». El autor compra con sus dádivas la buena voluntad de aquella ralea, informándose de modo que puede satisfacer a las preguntas de los moradores infernales, enterándole singularmente un ladrón nombrado Andrés, que diserta largamente sobre la antigüedad y nobleza de su profesión. «Con esta profesión—le dice—haréis de la nada algo. Todos los monarcas de la tierra la practican, ni más ni menos que los sacerdotes o los mercaderes.» Refiriendo su misma historia, cuenta Andrés el lastimoso fin de sus padres, Pedro y Esperanza, que fueron ahorcados con otros miembros de la familia por una insignificancia; la ejecución la llevó a cabo el propio hijo, que no vaciló en cumplir con este deber para poner en cobro su propia garganta. Fue aprendiz de zapatero, con el que pasó algún tiempo en aprender a coser, él, que no había aprendido hasta entonces más que a rasgar; mas, sorprendido en un hurto, le azotaron por las calles y le desterraron. Entrando después en las filas de los pícaros profesionales, encomia también el robar como arte liberal,

(1) Se encontraría más amplia noticia de esta versión y del Dr. García en el prólogo de la *Codicia de los bienes ajenos*, publicada en el tomo VII de *Libros de antaño*, Madrid, 1877.

practicada por todos, desde el ciego que roba la mitad de cada romance que le mandan cantar, hasta el médico que pone cataplasmas para alimentar el mal e hinchar la bolsa. Luego se describen los trece órdenes de ladrones y las prácticas de cada uno. Las reminiscencias personales del narrador en unos y otros le conducen, por último, a referir cómo fue empaquetado y transportado así a casa de un platero a quien pretendían robar.

Al querer rasgar el saco para ponerse en salvo, acuchilla a un aprendiz que estaba dormido encima, y en esta guisa le descubren y lo envían a las galeras de Marsella. Mas no le abandonó su industria aquí tampoco, pues haciéndose pasar por nigromante, promete al capitán de la galera y su mayordomo que les dará medio de ablandar los corazones empedernidos de sus damas, valiéndose de sus artes. Persuádeles una noche de luna llena a que vayan con él solo al campo, y allí el crédulo capitán se deja desnudar y encerrar en un saco, y el mayordomo a ser atado desnudo también con un cordel y pelo de su dama, tras de lo cual, desanudando su cadena, y apoderándose de los caballos de los fatuos amantes, que se quedaban temblando de frío, así como de sus ropas y dinero, se marcha a galope. En Lyon hace el amor a una señora no muy virtuosa, prendado, más que de su hermosura, de cierto hilo de perlas que lleva al cuello. Una noche, creyéndola dormida, se levanta, y viéndose a punto de ser descubierto en el robo, se traga las perlas una a una. Los alguaciles descubren el fraude por medio de un vomitivo que le hacen tomar, y Andrés vuelve a probar el corbacho. En París vuelve a usar de la misma estratagema del fardo, y cuando va a entrar su complice embalado de aquella suerte en el almacén de un comerciante, y se dispone a echar por una ventana el fruto de su rapiña a Andrés, que está en la calle, llega la ronda y prende a entrambos. El cómplice sale condenado a galeras, y Andrés en la cárcel espera sentencia parecida. Allí es donde comunica al autor de la obra los estatutos y costumbres de los ladrones, y de esta manera termina este interesante libro.

El único precedente en español de esta obra, en lo que toca a la observación del lenguaje picaresco, fue el libro de Juan Hidalgo, titulado *Romances de germanía de varios autores, con el vocabulario por la orden del a b c*, publicado en 1609. Cristóbal de Chaves al terminar la segunda parte de la *Relación de la cárcel de Sevilla, 1585-1597*, decía: «Parecióme poner aquí un breve discurso de algunos vocablos desta gente», pero no cumplió su promesa. Hidalgo, además de sus versos germanescos, añadió un diccionario de más de doscientas palabras de la jerga de los ladrones que incidentalmente presenta algunas frases de pícaros, aunque sin gradación explícita entre ellos. El *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes, ofrece aún más analogía: en él pinta en conjunto el *hampa* de Sevilla, y se esboza lo que García describió al por menor. Andrés, obligado a confesar su verdadero nombre y patria, da la misma respuesta que dió Rincón, y que fue del gusto de Monipodio, haciendo ver que los ladrones discretos deben callar cosas como éstas, pues si una vez se ven envueltos en un proceso, pueden excusar a sus parientes el disgusto de oír que los han condenado a la horca. También los libros de donaires proporcionaron su fondo a esta historia, y se echan de ver varios pasajes que ofrecen íntima analogía con el *Til Eulenspiegel*. Pero lo que más importa en esta novelita es la influencia que ejerció en obras posteriores. La pretendida hechicería de que Andrés echó mano en las galeras, se encuentra repetida en *La vraye histoire comique de Francion* (1622).

El suceso de las perlas da la materia del décimo cuento del tercer libro en la *Historie générale des larrons* en 1625 (1). Este mismo episodio apareció también en el *English Rogue* (el pícaro inglés), de Ricardo Head y Francisco Kirkman, 1665-

(1) Publicóse el primer libro en París en 1623, por Martin Collet; el segundo y tercero por Rolin Baragues, en 1625; los tres juntos se publicaron por primera vez en Ruan, por M. du Souillet, o J. de la Mare. Fue su autor el Sieur d'Abrincourt o F. D. C., seudónimo de Francisco de Calvi.

1661, así como el robo famoso del botín que llevó a cabo Andrés, y la relación que hace de cuando fue descubierto de debajo de una cama por un perro y un gato que andaban en trifulca. Esto último se recogió en las *Novelas morales* de Agreda y Vargas, y en inglés en la *The Complete History of the Lives and Robberies of the Most Notorious Highwaymen* (Historia completa de las vidas y robos de los salteadores de caminos más famosos), por el capitán Alejandro Smith, publicada de 1714 a 1720. Otras muchas cosas se aprovechan en esta obra, tomadas de la *Desordenada codicia*, como el suceso de las perlas, la descripción puntual de la vida en la cárcel, y el embuste de hacer que un pregonero anunciase el hallazgo de unos objetos robados, para de esta manera, distrayendo la atención de la gente, se hiciera lugar al ladrón para ponerse en salvo.

Con todo, en España no obtuvo la *Desordenada codicia* más que una edición, logrando en el extranjero mejor fortuna. Fijándose en el subtítulo *La antigüedad y nobleza de los ladrones*, hizo una traducción al francés D'Andignier, nombrándola *L'antiquité des larrons*, en 1621, saliendo ediciones posteriores de París en 1623 y de Ruan en 1632. En inglés apareció con el título *The Sonne of the Rogue, or the Politick Theeve; With the Antiquitie of Theeves* (El hijo del pícaro, o el ladrón político; con la antigüedad de los ladrones), vertida del francés por W. M., y en la que se señala el hecho de haberse publicado una redacción holandesa de la misma obra. Otra impresión inglesa de 1650 no hizo sino variar el título, *Lavernae or the Spanish gipsy; the whole Art, Mystery, Antiquity, Company, Noblenesse, and Excellenas of Theeves and Theeving*. Es bien natural que la *Desordenada codicia* fuera bien acogida en Inglaterra, porque seguía más de cerca que ninguna otra obra española el camino iniciado en los folletos picarescos de Harman, Greene y Dekker, y si se exceptúa su humorismo y carácter satírico, poco se diferencia de sus contemporáneas las inglesas, especialmente los *Ensayos y caracteres de una cárcel*

y sus encarcelados, por Geffray Mynshul, en 1618; o más aproximadamente, *The Compter's Commonwealth*, por Guillermo Tennor, en 1617, reimpressa en 1619 con el título de *The miseries of a Jaile*.

En la línea divisoria entre las novelas picarescas rudimentarias y las del género más elaborado, figuran el *Buscón*, de Quevedo, y el *Alonso moço de muchos amos*, del Dr. Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera. La última se asemeja a sus precursoras, en que aún se usa como recurso del plan el servicio a los amos, y se da más espacio en ella a la observación de las distintas condiciones de la vida por el pícaro que a las obras personales de éste; pero en el *Buscón* se acentuaba la sátira del género de *Lazarillo*, y pasando ligeramente por el plan del servicio y observación de las clases sociales, se espacia hablando del pícaro mismo como modelo de su profesión, delineando de este personaje un carácter más definido, en el que radica el interés principal de la narración. Se ha de contar, pues, como la primera de las novelas picarescas perfeccionadas, aunque sigue siendo grosera y virulenta, al paso que el *Alonso*, si está falto en la sátira, conserva el tipo primitivo de novela picaresca, cuyo último representante es. Esta novela fue publicada en dos partes, separadamente: la primera en Madrid, 1624, y la segunda en Valladolid, en 1626. Su autor, que se firmaba *médico y cirujano, vecino y natural de la ciudad de Segovia*, había estudiado Humanidades y Teología en Alcalá, y Medicina en Valencia. El dedicarse al cultivo de la novela a la edad de cincuenta y un años, con más éxito que en otra clase de escritos, logrando una segunda edición del *Alonso moço de muchos amos*, en Barcelona, año de 1625, pudo animarle a componer la continuación, aunque en el prólogo afirma que la tenía escrita de hacía muchos años, pero que había temido imprimirla a causa del tamaño del libro. La historia va en forma dialogada, mas en el fondo es una autobiografía; pues de los dos personajes que hablan en la primera parte, el vicario y Alonso, el papel del vicario es meramente un pre-

texto para que Alonso vaya contando su vida a las preguntas y brevísimas interrupciones que el otro le hace. El pícaro, al comenzar la narración, figura como lego de un convento, y cuenta su historia al vicario durante un paseo vespertino que hacen para tomar el aire. De muy niño se quedó sin padres, pues el padre murió y la madre quedó al cuidado de un su hermano, un cura miserable, por quien fue tan mal tratado Alonso, que tuvo que huir de casa, yéndose a Salamanca. Aburrido y disgustado de la Universidad, se hace soldado, y en compañía de unos foragidos merodea por España, hasta que en reyerta con unos aldeanos se ve obligado a buscar refugio en casa de un sacristán. Por haberse atrevido a reprender a su amo, le despide, y caminando para Toledo, se asienta de criado con un hidalgo pobre, casado con una mujer horrorosa y sin un real. Las miserias que allí sufrió y los furores poetizantes del recién casado y el mal humor de su consorte, fuerzan a Alonso a buscar otro acomodo, que encuentra en Madrid como secretario de un juez nombrado en aquella sazón para Córdoba. En esta población le fué mejor; pero su manía de dar consejos le obliga a marchar a Sevilla. Luego cuenta aventuras que le ocurrieron en un mesón del camino, y cómo un matrimonio le dispensó su entera confianza, cómo sirvió a un médico, lo que le da lugar a emprender una calurosa apología sobre esta profesión; pero nuevamente se encuentra castigado por su irrestañable flujo de palabras. En Valencia entra como escudero al servicio de una viuda pobre. Esta señora mata a un mulato en defensa de su honestidad, y a Alonso, llamado ante las autoridades para declarar, lo prenden como cómplice. Al ser puesto en libertad, se parte a las Indias como criado de un alguacil de Méjico, y allí se hace rico ejerciendo hábilmente el comercio. Un naufragio de un barco que hace el tráfico con China le deja reducido a la más completa ruina, y, en consecuencia, torna a Sevilla, donde se junta con una compañía de comediantes. Por algún tiempo nada tiene que lamentar; pero un día, un chico que trataba de forzar la puerta de entra-

da para ver la representación, cae herido mortalmente de un golpe que le dan con un costal de dinero; todos los comediantes se dispersan, y Alonso entre ellos, encontrando más tarde refugio al servicio de unas monjas. Despedido después de una enfermedad, éntrase en el convento, donde cuenta su vida, y donde lleva pasados ya catorce años en calidad de *donado*, lo que explica el título de *Donado hablador*, con que bautizaron el libro los editores siguientes.

La continuación está conforme en plan y procedimiento con la primera parte, dispuesta también en diálogo; pero Alonso ha pasado a ser ermitaño, y el vicario es ahora un cura de San Zoles. Este es también figura accesoria como el vicario de la primera parte, aunque se le conceden más discursos y licencia para comentar y moralizar por su propia cuenta. Alonso, recobrando el hilo de su narración donde lo había dejado, cuenta cómo tuvo que renunciar a su profesión de donado a causa de su mucho hablar. Después fue asaltado por unos gitanos que le despojaron de su vestidos, y empezó en su compañía una vida de robos, hasta que por fin logró escapar de entre sus manos. Vase después a Zaragoza, donde figura como un caballero, y asiste a funciones de sociedad sin que nadie le invite, y se casa por fin con una viuda rica. Los hijos de ella le dan muchos disgustos, de los que no se ve libre hasta que ella muere después de dos años y medio de purgatorio que ha tenido él que pasar. Pobre otra vez, vase para Lisboa, donde anduvo errante, entrando al servicio luego de un embajador, cuya hija tenía hartos que hacer para defenderse de las procaçidades de un amante frenético.

Búrlale Alonso, si bien él cuenta con el favor de la embajadora, y los demás criados pónense en contra suya, a causa de su charlatanería, con lo que tiene que dejar su empleo; después en Toro sirve a un pintor, en cuyas obras el sol y la luna han menester de un letrado para que se sepa lo que son. En Segovia se hace Alonso cardador de lana, y después va a Alicante, de donde se embarca para Barcelona, empujándoles

una tempestad a él y a sus antiguos amigos los comediantes hacia las costas de Argel, donde son apresados. Rescatados por el Instituto de la Santísima Trinidad, Alonso, por resultas de un voto, se hace al volver a España ermitaño, en cuya condición tiene lugar su plática con el cura de San Zoles.

Ambas partes de la novela están sumamente recargadas de discursos, conteniendo en total unas cincuenta anécdotas, puramente ilustrativas, que embarazan la acción que, sin ellas, resultaría animada e interesante. Además de estas anécdotas, donaires y narraciones populares por todo el curso de la obra predomina constantemente el afán moralizador, sin que se vea compensada la seriedad aquí con la sátira aguzada del *Guzmán de Alfarache* o de la *Pícara Justina*. A veces se la ve envuelta en situaciones picarescas intencionadas; pero el anti-héroe viene a ser menos pícaro que sus cofrades, y las más veces se nos manifiesta como un aventurero que cruza por la sociedad con ojos observadores. Su carácter es inconsistente como lo era el de Guzmán, pues unas veces aparece como pícaro, otras declara piadosos y devotos propósitos, «mostrando un justo celo e intención de aprovechar, sirviendo la causa divina con sus buenos consejos». Esta repartición de consejos, de que se muestra tan pródigo, señalase como rasgo principal del donado y acarréale sinnúmero de dificultades. Quizá el digno autor de la obra pretendió regalarse a su sabor satirizando defecto tan común, del que por su desgracia tampoco estaba él exento. En frecuentes digresiones trata de paso multitud de cosas, nada pertinentes al relato algunas de ellas, haciendo al fin el elogio de su ciudad natal, Segovia, y llamando la atención del lector sobre un folleto que él escribiera sobre los milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla, y emprendiendo discusión extensa, llena de citas de los libros sagrados, para probar que la Virgen era rubia. Fuera de estas digresiones, la fábula era de suyo entretenida, y sus observaciones sobre la vida española, gráficas y exactas. El anti-héroe siempre es súbdito de las circunstancias, como en las novelas anteriores su

carácter fatalista. Cuando se ve arruinado por aquel naufragio que abismó toda su fortuna, exclama: «Ya no tengo nada que hacer ni que perder; pobre era y pobre soy; la suerte ha desvanecido todo; pero si me consideré un príncipe siendo un pícaro, pícaro sigo siendo, venga lo que viniere.»

Aunque el *Alonso* fue reimpresso muchas veces en España, no encontró traductores ni influyó cosa fuera de su país (1). A pesar de esto, no le han faltado admiradores: desde Jorge Felipe Harsdörffer, traductor al alemán, en el siglo xvii, de la *Diana*, de Gil Polo, hasta el contemporáneo Jorge Borrow, que dijo de él: «Quizá, con la única excepción de la grandiosa obra de Cervantes, no hay novela en el universo que pueda competir con ésta en grave y reposado humorismo, sin que su conocimiento del espíritu humano y su perspicaz observación puedan encontrar semejante.» Después de tan exagerado tributo, no parecera ya extraño que el mismo Borrow añada, con más fervor que tino: «*Gil Blas* queda inmensamente por bajo del *Alonso* del Dr. Segoviano» (2).

FRANCK WADLEIGH CHANDLER

(Continuará.)

(1) Con todo, en el *Trutz-Simplex* de Hans Christoph von Gimmelshausen, 1670, cap. XIX, hay alguna analogía entre las artes de las gitanas que figuran en el *Alonso* y la descripción general de la vida de los gitanos. También en el cap. XXVII es muy análogo.

(2) *The Zincoli, o An Account of the Gypsies in Spain*, Londres, 1843, I, pág. 26.

CRÓNICAS DEL TIEMPO DE ISABEL II

PRIMERA SERIE

Diversiones públicas.

Para formar concepto de una época, conviene saber cómo se divertía la gente, el gusto del público que sostenía los teatros y el género de espectáculos que prefería; por esto, el conocimiento de las diversiones que se ofrecieron a los habitantes de Madrid durante el reinado de Isabel II, es factor no despreciable para calificar aquella sociedad que ha pasado oficialmente a la Historia, si bien quedamos todavía algunos testigos de los acontecimientos verificados en la segunda mitad del espacio del tiempo que comprenden estos apuntes.

Dividiremos nuestras crónicas en cuatro períodos: 1.º De 1830 a 1839.—2.º De 1840 a 1849.—3.º De 1850 a 1859.—Y 4.º De 1860 a 1868. En cada ciclo trataremos, con la brevedad que nos sea posible para no cansar al lector, de los teatros de verso, como entonces se decía, de las óperas, zarzuelas y conciertos musicales, de la coreografía teatral y bailes públicos, de los circos, de los toros y de las demás diversiones, a las que, por su difícil clasificación, daremos el nombre de Variedades.

Y basta de preámbulo.

Primer período, 1830 a 1839.

TEATRO DEL PRÍNCIPE

Mucho dejaba que desear la situación del teatro español en 1830; la literatura dramática se hallaba en una decadencia indiscutible, alimentándose los teatros de innumerables traducciones, no todas guiadas con buen acierto.

«Tocaba, pues, a los hombres nuevos—decía nuestro amigo y maestro Mesonero Romanos (1),—a los jóvenes estudiosos, la importante tarea de suplir la ausencia de los ingenios ya conocidos, de alimentar aquel fuego sagrado que a impulsos de la intolerancia parecía apagarse ya.

»D. Antonio Gil y Zárate y D. Manuel Bretón de los Herreros fueron los dos que primeramente osaron dar un paso hacia tan noble objeto, y luchar con los obstáculos, con las censuras, con la ignorancia, y con lo que es peor, hasta con la indiferencia general. El primero de los dos había ya compuesto, en 1822, sus dos piezas tituladas *¡Cuidado con las novias!* y *El entremetido*, ambas al gusto francés y con ciertas reminiscencias de Moratín, las cuales piezas consiguieron llamar la atención del público hacia su modesto e ignorado autor. El nombre del segundo apareció por primera vez en los carteles del teatro el 14 de Octubre de 1824, anunciando su comedia titulada *A la vejez viruelas*, que fue escuchada con interés.

»Ambos continuaron con ahinco la noble tarea que se habían impuesto, y ya trasladando a nuestra escena las más notables producciones contemporáneas del teatro francés, ya produciendo algunas suyas, cultivando siempre los recuerdos clásicos, siguieron por más de diez años trabajando con constancia, para volver a llamar la atención del público hacia el teatro y los autores dramáticos.

(1) *Semanario Pintoresco*: Diciembre, 1842.

»De los trabajos más importantes del Sr. Gil y Zárate en aquella época, fue la comedia en cinco actos, titulada *Un año después de la boda*, interesante y esmerada composición, la más notable de su autor en lo que podremos llamar *su primera manera*, y que, conservando la sencillez del plan y el objeto moral de las de Moratín, aspiraba a cierto grado de elevación en el tono, a pintar una sociedad un tanto más elegante, aunque más reducida y menos original.

»El Sr. Bretón de los Herreros, dando desde luego muestras de esa gran fecundidad de que le ha dotado el cielo, ofreció también por entonces otras dos comedias muy notables: *Los dos sobrinos* y *A Madrid me vuelvo*; la primera le adquirió para los hombres de estudio el título de autor dramático; la segunda hizo que el público le saludase con el no menos grato de autor popular. *La Marcela o ¿a cuál de los tres?*, representada en 1831, comedia ingeniosa y escrita con sujeción a las reglas, aunque siguiendo en el estilo el buen sabor de nuestros antiguos dramáticos, acabó de fundar la reputación de su joven autor.

»Entretanto que estos escritores y algún otro, como don Francisco Flores Arenas, autor de la linda comedia *Coquetismo y presunción*, cultivaban por acá el arte dramático, según las tradiciones recibidas de sus antecesores, una gran revolución literaria se obraba en el vecino reino, cuyos ingenios, rebelados contra el no contradicho decálogo de Horacio y Boileau, acababan de levantar la nueva bandera de lo que apellidaron *romanticismo*, y cambiaron en pocos meses la faz de los teatros de Europa.»

Durante toda esta década se debatió extensamente la cuestión del romanticismo, en la Prensa y en los círculos literarios; siendo notables, entre otros, los discursos que pronunciaron en el *Ateneo*, Martínez de la Rosa y Alcalá Galiano, y en el *Liceo*, Patricio Escosura y Espronceda, sin olvidar los concienzudos artículos que publicó en el periódico *El Tiempo*, de

Cádiz, D. Alberto Lista. Todos convenían en que debía permitirse mayor vuelo a la fantasía, rompiendo los moldes recomendados por Moratín al hacerse defensor de las llamadas *unidades dramáticas*, lugar, tiempo y acción; pero se ponían de parte de aquel maestro en lo de que las obras dramáticas debían perseguir un fin moral, circunstancia que consideraba secundaria la escuela romántica; pues para ésta lo principal era excitar el interés del público, cualquiera que fuese el medio pertinente a conseguir este resultado. Así, pues, el romanticismo descansaba no sólo en lo extrínseco, sino en lo intrínseco, es decir, en el fondo y en la forma de las obras dramáticas. Por eso ponía reparos graves D. Alberto Lista a los dramas de Víctor Hugo.

Los párrafos que de Mesonero hemos transcripto nos dan idea cabal del estado anémico de la literatura dramática española al comenzar la época de Isabel II; estado que fue, aunque paulatinamente, mejorando merced al impulso que diera a las artes y a las letras la Reina Gobernadora D.^a María Cristina. Abolió la censura de los teatros, permitió que estuvieran abiertos durante la Cuaresma, excepción hecha de los viernes y de la Semana Santa, y autorizó la representación de obras prohibidas por disposición de los ministros de Fernando VII, como *El hipócrita*, de Molière, traducida por el famoso don José Marchena.

El primer éxito grande que encontramos en este período es el de *Marcela o ¿a cuál de los tres?*, comedia original de Bretón de los Herreros, interpretada por la Concha Rodríguez, Latorre, José Valero, García Mate y Antonio Guzmán. «El autor—decía *El Diario* de 30 de Diciembre de 1831—se ha propuesto conciliar en esta producción la sencillez y regularidad de la comedia moderna con el lujo poético que caracteriza a la antigua, sin perjuicio de la viveza y naturalidad que reclama un diálogo destinado a hacer reír a expensas de ciertos caracteres que intervienen en la fábula.» Se representó durante una semana, lo cual era mucho para aquellos tiempos, y quedó de

repertorio, de tal manera, que ocho años después seguía poniéndose en escena para cubrir claros.

De 1834 a 1838 se presentaron al público varios principiantes, que luego alcanzaron una justa y merecida fama, y otros abandonaron la carrera de las letras por la política, que, indudablemente, les ofrecía mejor porvenir.

Mariano José de Larra, conocido por el pseudónimo *Figaro*, dió su primera producción dramática (1) en 24 de Setiembre de 1834, poniendo en el anuncio del *Diario* el reclamo siguiente:

«Decidida la empresa a fomentar por cuantos medios están a su alcance, las composiciones originales que tanto escasean en nuestra moderna literatura dramática, no podía menos de acoger con celoso afán un drama que, como el *Macías*, se recomienda, cuando menos, por el notorio interés de su argumento y por la pintura de las costumbres nacionales de la Edad Media. Así es, que nada ha perdonado para favorecer su mejor éxito, a cuyo objeto han coadyuvado, con no menor anhelo, los actores. ¡Ojalá que todos esos esfuerzos, unidos a los del autor, encuentren la deseada recompensa en el juicio que del *Macías* forme este ilustrado público.»

Interpretaron el drama la Concha Rodríguez, la Jerónima Llorente, Carlos Latorre y García Mate, y aunque los cuatro eran de primer orden, y la obra fue aplaudida, no duró en el cartel más que cuatro noches.

El 1.º de Marzo de 1836 se estrenó *El Trovador*, a beneficio del gracioso D. Antonio Guzmán, quien «tenía una complacencia, aprovechando la ocasión que se le presentaba, de ofrecer al público de Madrid la primera composición original de un joven patriota, que voluntariamente acababa de alistarse en las filas de los defensores de la libertad». Guzmán no

(1) Había escrito en 1832 el libreto de la ópera *El rapto*, de que hablaremos en su lugar; pero el buen nombre del autor merece que pasemos por alto este ensayo que tuvo un éxito poco halagüeño.

tomó parte en la representación del drama, y sí sólo en la de una pieza que se hizo después. La ejecución de *El Trovador* estuvo a cargo de la Concha Rodríguez, de Bárbara Llamadrid, de Latorre y de Julián Romea. El éxito fue espontáneo, general, sin distingos, y el joven *voluntario* Antonio García Gutiérrez adquirió aquella noche la categoría de autor dramático. La obra se hizo diez noches, casi seguidas.

En 23 de Mayo del mismo año 1836 presentó su primer obra dramática D. Ramón Navarrete y Landa, con *Elvira de Albornoz*. El autor escribió poco para el teatro, se dedicó más bien a las revistas de salones, trabajos que firmaba con el pseudónimo de *Asmodeo*.

En 3 de Junio de 1837 se estrenó *La corte del Buen Retiro*, primera producción de Patricio Escosura, que fue de los que abandonaron la literatura, aunque no del todo, por la política.

En 24 de Julio de 1837, estreno de *Doña María de Molina*, primera producción dramática de D. Mariano Roca de Togores, luego Marqués de Molins. «El autor—decía el *Diario*,—al presentar en nuestro teatro una de las heroínas más célebres de nuestra Historia, no se ha propuesto observar servilmente los preceptos clásicos, ni seguir a ciegas el rumbo adoptado por los románticos.» Se representó nueve días seguidos, por la Baus, Latorre, Romea, García Luna y González Mate.

D. José de Castro y Orozco dió al público su primera, y quizás única producción, pues no recordamos otra suya, en 15 de Agosto de 1837; titúlase *Fray Luis de León o El siglo y el claustro*. Se representó cuatro noches consecutivas, por la Llorente, Matilde Díez, García Luna, Julián Romea y Perico Sobrado. El autor se dedicó por completo a la política, donde le vemos figurar años adelante.

D. Gaspar Fernando Coll dió su primera producción, en 28 de Agosto de 1838, con *Adel el Zegri*: lo representó Matilde Díez, la Baus, Latorre y Romea. Dos noches de cartel.

D. Luis González Brabo, aquel ministro de Isabel II que,

por la intransigencia de su carácter, fue causa, en gran parte, de la revolución de 1868, demostraba ya en su juventud los bríos con que se aprestaba a la lucha, anunciando en el *Diario* el estreno de su primera producción dramática, titulada *Intrigar para morir*, con el siguiente aviso:

«El asunto, de pura invención, no se apoya en la Historia, ni se ha recurrido al auxilio de aparato escénico, en decoraciones y trajes, para producir el efecto a que también se puede aspirar por otros medios. En esta ingenua manifestación no se envuelve, sin embargo, pretensión alguna, pero sí se desea interesar con ella la ilustrada benignidad de un público que tantas pruebas de benevolencia tiene dadas a los ingenios que se esfuerzan por sacar nuestro abandonado teatro de la vergonzosa dependencia en que se ha visto.»

Le representaron la obra *Matilde Díez*, García Luna y *Romea*, y no resistió más que tres noches.

Ni los tratados de literatura, ni la crítica, ni las revistas de periódicos, ni las gacetillas, suelen a veces poner en claro el éxito de una obra dramática; resulta más seguro consultar la taquilla del despacho de billetes, es decir, el anuncio diario de la sección de espectáculos de la Prensa, pues allí podremos apreciar que dramas como *Angelo, tirano de Padua*, y *Hernani*, de Víctor Hugo, con *Marino Faliero*, de Casimiro Delavigné, precedidos de pomposos reclamos por parte de la empresa, y francamente aplaudidos en la noche de la primera representación por el público selecto que concurre a los estrenos, no se pudieron sostener muchos días en el cartel, prueba de que no producían los rendimientos esperados.

Hagamos historia.

El día en que se estrenó *Lucrecia Borgia*, drama del que habían hecho desmedidos elogios los periódicos franceses, y que la empresa esperaba causase asombro general a los habitantes de Madrid, se puso como preámbulo al anuncio del *Diario de Avisos* lo siguiente:

«Es indudable que el gusto general en punto a literatura

dramática ha variado notablemente de algunos años a esta parte. Las producciones de nuestro teatro antiguo han ido perdiendo su prestigio, hasta el extremo de ejecutarse ya en estos últimos años casi siempre para tan reducido número de espectadores, que podían contarse de una ojeada, y esto a pesar de ser representadas por los mismos actores que en ellas han adquirido justa celebridad. En vano se ha procurado reanimar a este género en su agonía con refundiciones encargadas a los mejores ingenios, y con reproducir sobre la escena comedias ya olvidadas, de los más célebres autores del siglo xvii, ejecutándolas tales como las escribieron, y procurando escoger aquellas en que más libremente campeó su lozana imaginación. Preciso ha sido, pues, el renunciar casi del todo a un género que formaba antes la base del repertorio de nuestros teatros.

»La comedia clásica, introducida a fines del siglo pasado, es poco más feliz: raro es el día en que se logra reunir más de cien personas en la representación de una obra maestra de Moratín; cortísimo es el número de comedias de esta clase que en la actualidad se escriben; efímero el triunfo de las pocas que se aplauden; y como los escritores nacionales no bastan a satisfacer el general afán de novedades, hay que recurrir a traducciones que, en punto a comedias de costumbres, se adaptan difícilmente a la escena española.

»El drama llamado *sentimental* por unos, y *llorón* por otros, que tan afortunado fue a principios de este siglo, hace ahora bostezar o reír. La llamada *comedia de espectáculo* por el estilo de *El perro de Montargis*, ya no se tolera sino en las tardes de los días festivos; el género de dramas que ha reemplazado a este último en los teatros subalternos de París, y que impropriamente se ha denominado *romántico*, porque se aparta, muchas veces gratuitamente, de todas las reglas, también ha caducado ya entre nosotros, aunque pareció anunciarle mayor aceptación y más larga vida la gran boga que tuvo *La vida de un jugador*. Por manera que se hace cada día más difícil el acertar con los medios de satisfacer las exigencias del público.

»Se ha dicho, y acaso no sin fundamento, que esta dificultad nace principalmente de la inestabilidad de gustos y opiniones que lleva consigo la época de transición en que nos hallamos; que ya es forzosa una verdadera revolución literaria, y que, en materia de espectáculos teatrales, nada puede convenir tanto al severo carácter de las ideas modernas como el drama grave, profundo, filosófico, de la novísima escuela francesa, a cuya cabeza brillan Víctor Hugo y Alejandro Dumas, y que no habiendo hecho conocer aún al público de Madrid nada de esta escuela, en medio del cúmulo de traducciones que por desgracia invaden todavía nuestro teatros, faltaba hacer la prueba más esencial para conocer el rumbo que puede darse a la moderna escena española» (1).

Pues a pesar de este bombo, *Lucrecia Borgia*, que se estrenó el 18 de Junio de 1835, no duró en el cartel más que hasta el día 23, poniéndose otra vez una sola noche, el 1.º de Agosto, con el aliciente, para el público, de un nuevo y sorprendente efecto de luna, merced a cierta combinación de luces que hasta entonces no se había podido conseguir.

En cambio, *Muérete y verás*, de Bretón, un jugueteillo que se anunció sencillamente y sin reclamos, se ejecutó dos días más y quedó de repertorio. No era mucho dos días, pero ya hemos visto la rapidez con que pasaban por el cartel las obras que alcanzaban buen éxito. Madrid tenía escasamente unos 230.000 habitantes, y dígame lo que se quiera, no estaba tan generalizada como hoy la afición al teatro. Sin embargo, *La redoma encantada* se estrenó el 28 de Octubre de 1839, y duró en los carteles cerca de un mes, indicio de que producía entradas por haberle gustado al público (2). La hicieron Teodora,

(1) Aquí hay una equivocación, quizá a sabiendas, porque *Lucrecia Borgia*, como todos los dramas de Víctor Hugo, no representaba ya una escuela nueva, sino que era un ejemplar del romanticismo, un modelo, y de gran relieve, dentro del género.

(2) Francisco Lucini, pintor escenógrafo y director de la maquinaria, tenía pintadas once decoraciones a su capricho, y con esta base encargó la

María Vierge, Francisca Casanova, García Luna, Lombía, Fabiani, Antonio Campos, Lumbreras, Alverá y otros.

«*La redoma encantada*—decía un crítico—es una obra maestra, considerada tal como es en sí: como comedia de magia. La originalidad del pensamiento capital sobre el que está fundado su argumento, la finura y buen tino con que está desenvuelto y el modo ingenioso y dramático con que se presentan los accesorios, colocan a esta composición en primera línea entre las de su género.»

Vaya otro ejemplo: hallábase de paso en esta corte, por Agosto de 1839, un actor de provincias, llamado Joaquín González, que no llegaba a tener cinco pies de estatura y pesaba 18 arrobas; éste había representado con aplauso en Barcelona, Valencia, Murcia, Granada, Málaga y Cádiz, una pieza en un acto, de Bretón, titulada *El hombre gordo*, y como recurso por ver si se conseguía animar el teatro, se contrató por una noche a González, a fin de que representase su obra favorita, para la que tenía condiciones adecuadas como ningún actor. Cayó bien la idea, y *El hombre gordo* se hizo en el Príncipe once noches, aunque no seguidas, repitiéndose tres veces la función de despedida. Lo que no había podido conseguir Víctor Hugo con un *chef d'œuvre*, lo consiguió Bretón con un juguete literario y un actor de segundo orden, por más que era indudablemente artista de peso.

González había sido cajista de imprenta. Siéndole luego imposible continuar en la escena, por su gordura, aunque tenía relativamente mucha agilidad, se hizo apuntador; pero también tuvo que abandonar su nueva profesión, porque no había *concha* donde cupiese.

empresa a D. Juan Eugenio Hartzenbusch que escribiese una comedia de magia, como lo ejecutó con gran acierto, y dió al público *La redoma encantada*. Resulta, pues, que la comedia se escribió para las decoraciones. Siguiendo la costumbre de representar comedias de magia en tiempo de ferias, se quiso poner en escena *La redoma* a mediados de Setiembre, pero las dificultades que ofrece siempre el estreno de este linaje de obras lo retrasó hasta fines de Octubre.

Para que el lector se forme idea del gusto del público durante esta época, vamos a hacer relación de algunas obras que se representaron en el teatro del Príncipe, durante el período de 1830 a 1839, sin mencionar el repertorio del siglo xvii y el de la época anterior inmediata a la que relatamos:

Gonzalo de Córdoba, por D. Manuel Hernando Pizarro, con decoraciones nuevas y gran aparato.

El gastrónomo sin dinero, por Ventura de la Vega.

La expiación, traducida por el mismo (1).

Oros son triunfos y *El tutor inglés*, traducciones de D. José María Carnerero.

Astucia contra la fuerza, traducción de Bretón de los Herreros.

El mante jorobado, por D. Manuel Eduardo Gorostiza.

Shakspeare enamorado, *Miguel y Cristina*, *El testamento* y *Acertar errando* o *El cambio de diligencia*, traducciones de Vega.

La familia del boticario, por Bretón.

El Cid, de Corneille, traducido por D. T. G. S. A. (¿D. Tomás García Suelto?)

Las bodas de Fígaro, de Beaumarchais, traducida por Bretón.

Don Alvaro o *La fuerza del sino* (22 Mayo 1835), por el Duque de Rivas.

Blanca de Borbón, por D. Antonio Gil y Zárate.

Angelo, tirano de Padua, de Víctor Hugo, traducción anónima.

Los hijos de Eduardo (4 Octubre 1835), de Casimiro Delawigné, traducida por Bretón.

El marido ambicioso, traducción de Carnerero.

(1) Hallándose D. Ventura en cama, retenido por una dolencia que no le impedía dedicarse a trabajos mentales, dictó la traducción a nuestro padre, de quien era amicísimo, con cuyo auxilio pudo terminarla en un plazo breve, por exigirlo así la empresa con apremiantes avisos.

Luis Onceno, traducción de Carnerero. Se había estrenado en 1825.

Aben-Humeya (8 Junio 1836). La traducción del *Cid*, de Corneille, resultaba un caso peregrino para los españoles; pero el estreno de *Aben-Humeya* es más peregrino todavía, porque el autor, Martínez de la Rosa, lo escribió en francés para que se lo representasen en París, como se realizó, y después hizo una traducción española, a fin de que la obra, aun siendo original, resultase traducida.

La redacción de un periódico, por Bretón.

Hernani, de Víctor Hugo (25 Agosto 1836). No gustó el acto quinto, y se suprimió en las demás representaciones.

El compositor y la extranjera, traducción de D. Juan del Peral.

Incertidumbre y amor, por D. Eugenio de Ochoa.

Las capas, traducción de Vega.

Carlos II el Hechizado, por Gil y Zárate (2 Noviembre de 1837).

El Rey monje, por García Gutiérrez.

Don Jaime el Conquistador, por Patricio de la Escosura.

La mujer de un artista (10 Agosto 1848), de Scribe y de Vanderbuch (autor de *El pilluelo de París* y *El sargento Federico*). La tradujo Vega y la representaron Matilde, Romea, Sobrado y Guzmán. Dicen que fue un primor de ejecución.

Macbeth, de Shakspeare, traducción de García Villalta, para el beneficio de Matilde Díez, con objeto de dar a conocer al gran dramaturgo inglés, pues aquí no se había representado más que *Otello*. No hizo gran efecto.

No ganamos para sustos, por Bretón, imitación afortunada del teatro del siglo xvii.

El Conde Don Julián, drama escrito en variedad de metros por D. Miguel Agustín Príncipe. Lo desempeñaron la Baus, Teodora, Luna, Lombía, Pedro López y doce personajes más, con acompañamiento de condes, duques, esclavos, moros, go-

dos, judíos y fantasmas. De este drama es aquella frase tan conocida, que el autor pone en boca del protagonista:

Miente la tradición; miente la Historia.

Cada cual con su razón, drama en tres actos, de Zorrilla, por Bárbara, la Llorente, Luna, Lombía y López: las tres *eles*, como les llamaban. Luna salió vestido con la propiedad que le distinguía, según dijo la prensa.

El ramillete y la carta, comedia en dos actos, traducida por D. Juan Lombía. Es modelo de argumentos enrevesados, y, por lo tanto, difíciles de entender en una primera audición; pero el público se rió grandemente, y cuando la graciosa Teodorita pidió un aplauso al final de la obra, el público colmó con creces los deseos de la actriz. «¿Cómo negar—decía *El Entreacto*—cosa tan merecida, y más pidiéndolo una niña con unos ojos tan gachones?»

La degollación de los inocentes, drama traducido del francés por D. Gaspar Fernando Coll y D. Isidoro Gil. Se recibió de París el 11 de Diciembre de 1839 (1), y se representó el 24 de aquel mes; de modo que en trece días se tradujo, se copiaron los papeles, se ensayó y se pintaron las decoraciones; ejemplo notable de actividad.

En resumen: según noticia publicada por *El Entreacto*, desde el 26 de Marzo de 1837 hasta fin de Octubre de 1839, se estrenaron en el teatro del Príncipe quince obras originales, número escaso para lo que debía esperarse en una población donde existía un núcleo importante de buenos escritores dramáticos.

De actrices y actores marchábamos bien durante esta época: teníamos a Concepción Samaniego; las tres hermanas Antera, Teresa y Joaquina Baus; la Concha Rodríguez, la Jerónima Llorente, la Lorenza Campos, la Josefa Virg, la Bárbara Lamadrid, su hermana Teodora, Juana Pérez, Matilde

(1) Se había estrenado allí un mes antes.

Díez y Josefa Palma. De ellos se puede citar a D. José García Luna, Carlos Latorre (1), José Valero, Joaquín Caprara, Antonio Guzmán, Agustín Azcona, Pedro Mate (2), Pedro Cubas, Julián Romea, Juan Lombía, Calixto Boldún, Pedro Sobrado y Mariano Fernández.

Bárbara Lamadrid, procedente del teatro de Cádiz, debutó en Madrid con *La huérfana de Bruselas*, el 18 de Mayo de 1832, y su hermana, la niña Teodora (así la llama el *Diario*) el 23 de Julio siguiente, con *La hermanita o La lección indiscreta*, de Scribe (3).

Matilde Díez vino contratada de Sevilla para la temporada de 1833-34, y comenzó a hacer segundos papeles, sin que el público se fijase en el mérito de su trabajo, hasta que su talento se impuso, y apareció ya como primera dama del teatro de la Cruz, en 1837.

Para la salida de Julián Romea se echaron las campanas a vuelo, poniendo el *Diario* el siguiente reclamo, el 21 de Abril de 1833, al anunciar la representación del drama *El testamento*: «En el cual desempeñará el Sr. Julián Romea el pa-

(1) El Ayuntamiento acordó en 1833 que en la formación de la lista de los individuos de las compañías cómicas se pusiera el *Don* a los actores Latorre y García Luna.

(2) D. Pedro González Mate, según dicen, fue años después el mejor intérprete del *Tenorio*. En 5 de Julio de 1838 leyó un discurso sobre la historia del teatro, con motivo de la apertura de la cátedra de Declamación en el Liceo filarmónico barcelonés. No consiguió añadir noticias ni conceptos nuevos a los conocidos entonces.

(3) Jerónimo Lamadrid, barba, y sus hijas Bárbara y Teodora estaban contratados para el teatro de Granada, por el empresario José Máiquez, en 70 reales para los tres. El Corregidor Barrafón y la Comisión de teatros tuvieron empeño en que viniera Bárbara de primera dama al Príncipe, como se consiguió *embargándola*, y teniendo que abonar el Ayuntamiento un préstamo que había tomado la familia, y los gastos de viaje, que importó todo en conjunto 7.000 reales. Aquí les daban 84 reales; pero muerto el padre en 16 de Enero de 1833, quedó reducido el sueldo de las dos mujeres a 64 reales.

pel de Roberto, que anteriormente lo ha ejecutado su maestro el Sr. Latorre, confiado aquél en la indulgencia de un público tan bondadoso, y que mirará este ensayo como una prueba de los buenos deseos que le animan emprendiendo tan árida carrera en el difícil arte de la declamación.»

D. Juan Grimaldi tuvo necesidad de sacar una Real orden para contratar a Romea en el teatro del Príncipe, pues sin este requisito no se permitía salir del Conservatorio a aquel alumno sobresaliente. Por eso decían que Julián Romea era un cómico de Real orden. Poco después cayó enfermo Carlos Latorre, y se encargó Romea de desempeñar el papel principal de *El colegio de Tonnington*, (1) indudablemente por influencias de su maestro. Así, pues, entró en el teatro sentando plaza de primer actor.

Calixto Boldún, alumno también del Conservatorio, se presentó como gracioso en 28 de Enero de 1835.

Fue notable la función que se hizo en el Príncipe el 31 de Enero de 1835, a beneficio de la Concepción Rodríguez, ejecutándose el drama en cinco actos, de Chenier, titulado *Fenelón o Las religiosas de Cambray*, prohibido durante el reinado de Fernando VII. Joaquín Caprara, profesor de Declamación del Conservatorio de María Cristina, estaba retirado de la escena, y en atención a la Rodríguez, accedió gustoso a tomar parte, ejecutando el protagonista del drama.

Cuenta Ferrer del Río que aquella noche se reunió en el Príncipe lo más escogido de la sociedad intelectual madrileña, y que tributó a Caprara una ovación entusiasta.

«Distingúase en la escena—dice el escritor citado—por su grave y majestuoso continente, por la naturalidad de su acción, por la flexibilidad de su fisonomía y por la admirable expresión de sus ojos. Aún se advertía su origen extranjero (2) cuando articulaba ciertas palabras, pues no siempre pronun-

(1) De Bretón de los Herreros.

(2) Había nacido en Boloña, hacia 1770.

ciaba con soltura; mas estos breves lunares hasta adquirirían cierto encanto para los que tenían la costumbre de oírle. Si consideramos al hombre privado, difícilmente se encontraría quien le superase en lo metódico y austero de sus costumbres, en su constancia como amigo, en su proceder como caballero. Solícito y laborioso, él mismo se disponía los trajes y pelucas que usaba en la escena, y sabido es que nadie vestía las funciones con más propiedad y con mayor gusto.»

Censuraban a la Concepción Rodríguez porque tenía resabios de la escuela francesa, esto es, «aquella cadencia acompasada, aquella especie de sonsonete que proviene de apoyarse constantemente sobre un mismo tono en los finales de los períodos. Máiquez evitó este escollo: conoció que el verso alejandrino que recitan los franceses, en razón del mecanismo de su construcción, no puede correr con la rapidez y soltura de nuestros versos, y antes bien, la cisura y continuo martilleo de sus rimas es natural que arrastre a la afectación.»

Las actrices solían cantar para amenizar las funciones. Concha Samaniego cantó un romance de Mercadante, acompañada al arpa por el maestro Rosi, en la comedia *La Expiación*, el 10 de Febrero de 1831; Joaquina Baus cantó otro romance de Carnicer, en *Acertar errando*, el 16 de Diciembre del año citado; y Matilde Díez cantó un aria de la ópera *La rosa blanca*, en 1.º de Enero de 1835.

La disposición externa del teatro, es decir, la parte donde se situaba el público, seguía en esta época casi como en tiempo de Carlos IV; la platea, dividida en lunetas para las primeras filas y bancos para las posteriores; palcos en las laterales, tertulia donde hoy los llamados anfiteatros, y la *Cazuela*, ocupada única y exclusivamente por las mujeres. Un revistero nos describe con gran realce esta localidad, en 17 de Julio de 1839, y vamos a transcribir algunos párrafos:

«*Cazuela*, es una cueva practicada frente a frente del escenario para albergar hacinados unos cuantos centenares de mujeres. Desde la boca de esta cueva hacia el fondo, va bajando el

techo y el precio de los asientos, pero también va subiendo el piso y la incomodidad. En la delantera se oye casi todo lo que se habla en el foro; en la trasera, se oye casi todo lo que se habla en la *cazuela*.

»La *cazuela* presenta en su vanguardia, en la que llaman delantera, una fila de mujeres, que son las que arrastran, por decirlo así, las miradas del público; de aquí viene que se ha puesto en uso el que sólo ocupen la delantera personas que no tienen por qué temer al público, mujeres que pueden ir por todas partes con su cara descubierta, señoras que no deben nada a nadie, y que son tan buenas como la más pintada.

»La segunda fila es la *primera fila*, y la fila tercera es la *segunda*. Esto no lo entenderán algunos; como de esas cosas hay en la *cazuela* que no las entendería el mismo demonio. A estas dos filas y a las inmediatas siguientes concurren las elegantes que van a ver más que a ser vistas; a las filas posteriores, concurren las personas de más modesto bolsillo y de más acendrada afición.

»En el fondo de la *cazuela* hay a cada lado una puerta que da paso a diferente escalera. Desde estas puertas para dentro, no tienen ya entrada los hombres, pero sí los chismes; no puede pasar un hermano a buscar a su hermana, pero sí un billete a que se encuentre una amante; no puede introducirse un marido que quiere cerciorarse de si su mujer está en el asiento número 19, pero sí un cartucho de dulces que va derecho al asiento que está antes del número 20.

»En las puertas de la *cazuela* hay un centinela macho que despide a los hombres, y otro centinela hembra que recibe a las mujeres; ésta se llama con mucha propiedad *acomodadora*. Una vez introducida cualquiera mujer en la *cazuela*, joven o vieja, soltera, casada o viuda, recibe una verdadera emancipación; el billete de su asiento es una especie de carta de libertad. Tal hay que entra por la una puerta soltando la mano del propietario, y se sale por la otra tomando la del arrendatario.

»La *cazuela* en su interior es el paraje más animado de todo el teatro. Antes de empezar la comedia, se habla, se disputa, se grita, se alborota, se mueven pendencias y hasta batallas campales. A veces es tal el estruendo, que el pueblo varón empieza a gritar desde el patio y las lunetas: *¡Callad cotorras! ¡Silencio el gallinero!*

.....

»Las de atrás llaman a las de delante usías y señoronas; las delanteras llaman a las de atrás groseras y canallas; aquéllas se quejan de que éstas apestan a almizcle; éstas se lamentan de que aquéllas apestan a vino. Las de la parte baja, soltando la corriente de su enojo, lanzan a las otras miradas insolentes; las de la parte alta se vengan soltando otras corrientes que se deslizan por el piso bajo de la *cazuela*.

»Las personas discretas están clamando, hace muchos años, por que las mujeres puedan ir en nuestros teatros indistintamente a los mismos asientos de los hombres; sin embargo, a despecho de la razón, mil rancias preocupaciones sostienen la *cazuela* con sus incomodidades, sus vicios y sus faltas de decoro. La civilización de un pueblo se conoce, entre otras cosas, por el estado de sus teatros.»

En 1836 la tertulia de hombres y la de mujeres se hicieron de uso común para los dos sexos; pero la innovación, sin que sepamos el motivo, no produjo los resultados satisfactorios que de ella se esperaban, y se volvió al antiguo sistema de separación: en cambio, se dividieron en asientos aislados, para despacharlos separadamente, los palcos laterales, con el nombre de *palcos por asientos*, reforma que gustó a los señores.

En el año citado de 1836 se aumentó el número de quinqués de la platea, y en 1839, la lucerna, que estaba colocada en el centro del teatro, a corta elevación, molestando a gran número de espectadores, se elevó a mayor altura, aumentando la luz por medio de reverberos.

Las funciones comenzaban en verano a las siete y media, y desde 1.º de Noviembre una hora más temprano.

Durante una grave enfermedad que tuvo Fernando VII no hubo funciones de teatro, desde 18 de Setiembre a 11 de Octubre de 1832, en que se cantó el *Te Deum*. Se volvieron a suspender en los días 12, 13 y 14 de Julio de 1833, con motivo de unas rogativas que se verificaron a fin de que desapareciera el cólera de Huelva y Ayamonte; pero no dió resultado, y, una vez en España, el cólera hizo de las suyas por toda la Península: en igual fecha del año siguiente se produjo en Madrid una terrible mortandad. Los cómicos no se atemorizaron y siguieron con el teatro abierto los días en que hubo mayor número de defunciones, consiguiendo así distraer el abatido espíritu de los habitantes de Madrid.

El luto por la muerte de Fernando VII tuvo cerrados los teatros los meses de Octubre y Noviembre de 1833.

Las representaciones de ópera alternaban con las de dramas y comedias en ambos coliseos del Príncipe y de la Cruz; pero de este espectáculo no podemos hablar aquí, porque tiene su lugar correspondiente.

Por Real orden de 26 de Enero de 1834 se mandó que la presidencia de los espectáculos públicos, que había correspondido hasta entonces a los Alcaldes de Casa y Corte, la desempeñaran en lo sucesivo los individuos del Ayuntamiento.

Nos lamentamos hoy de la situación económica en que se halla el *Teatro Español*, es decir, el que sirve, o pretendemos que sirva, de guía y modelo de nuestra literatura dramática; pero puede consolarnos el estado en que se encontraba a la fecha del comienzo de estas crónicas. La información de la Prensa, los críticos y los documentos que se custodian en el Archivo municipal de Madrid, demuestran, sin dejar resquicio a la duda, la decadencia de ambos coliseos, del Príncipe y de la Cruz, únicos con que contaba la villa para rendir culto al arte en este linaje de diversiones públicas.

A más de que los rendimientos eran escasos, las cargas que tenían los teatros citados, y que se pagaban por cuenta de las empresas, hacía ilusoria toda ganancia, al punto que, según

se decía, en el arrendamiento que había terminado en 1829, el arrendatario perdió cerca de 20.000 duros. Las cargas a que nos hemos referido eran las siguientes:

| | |
|--|-----------------|
| Al Colegio de niñas de la Paz..... | 22.000 reales. |
| Al Hospicio..... | 22.725 |
| Al Hospital de San Juan de Dios..... | 10.440 |
| Al del Buen Suceso..... | 10.440 |
| Al de los cómicos..... | 1.800 |
| A la Casa Galera..... | 70.000 |
| Jubilados, huérfanos y viudas..... | 237.303 |
| Obras y reparos de los edificios en que estaban los dos teatros..... | 3.000 |
| Gratificaciones a la Guardia que acudía durante las horas de función..... | 34.610 |
| Al Censor político, por su sueldo..... | 3.000 |
| Dos Alcaldes, uno para cada teatro..... | 11.680 |
| Cuatro Alguaciles..... | 11.916 |
| TOTAL..... | 427.814 reales. |

Cantidad que, dividida entre dos, venía a resultar de carga para cada coliseo, 213.907 reales.

La entrada del teatro del Príncipe, en un lleno completo, el año 1831, importaba 9.634 reales y 18 maravedís.

En vista de que no había empresa que se atreviese con la explotación de los teatros del Príncipe y de la Cruz, el Conde de Puñonrostro quiso abordar el negocio; pero convencido de que las cargas se llevaban la ganancia, pidió una compensación, que consistía en permitirle dar bailes de máscara, de Diciembre a Carnaval, conciertos, y, lo que es más grave, imponer un arbitrio para cobrar 6 maravedís por cada cuartillo de cerveza. El Ayuntamiento, con acertado acuerdo, desechólo del nuevo arbitrio, agradeciendo al Conde sus buenos deseos; éste se quedó sin ser empresario de teatros, y eso que estaba apoyado por el Ministro Calomarde.

A pesar de los escasos rendimientos que producía el negocio, no faltaron empresarios que se atreviesen con él, espe-

ranzados de tener buena suerte, y al fin de esta década, en 1839, solicitaron los dos teatros, porque iban unidos para el arrendamiento, una empresa formada por Carlos Latorre y Antonio Guzmán, y otra que se constituyó con Elías Noren, *barba* jubilado, Francisco Salas, Julián Romea y el pintor escenógrafo Francisco Lucini. Estos hicieron mejores proposiciones al Ayuntamiento, y se les concedió el arriendo, logrando defenderse, como veremos más adelante.

TEATRO DE LA CRUZ

Era reflejo del *Príncipe*, y no ofrece su historia antecedentes de la importancia de su compañero (1). En él se estrenó, con un anuncio precedido de un preámbulo muy modesto, la primer producción de Mariano José de Larra *No más mostrador*, que se hizo ocho noches, con alguna interrupción, comenzando el 29 de Abril de 1831; y allí también dió su primera producción dramática al público el joven D. Francisco Flores Arenas, con la obra *Coquetismo y presunción*, el 13 de Mayo del mismo año.

Los espectadores del teatro de la Cruz demostraban cierta simpatía hacia el melodrama y las comedias sentimentales como las siguientes: *Rodolfo o el asesino del bosque*, traducción de D. Juan de la Puerta; *Los asesinos del correo de Nápoles*, *Eduardo en Escocia o la terrible noche de un proscrito*, traducida por Enciso Castrillón; *El molino de Keber o aventuras del Conde Tequeli* y *El Duque de Braganza o la revolución de Portugal*.

En este teatro hicieron su primera salida la Concha Samaniego, el 13 de Mayo de 1831, con la comedia *Coquetismo y presunción*; Florencio Romea, que era muy inferior a su hermano, con la comedia de Ventura de la Vega, compuesta ex-

(1) Se hallaba situado en la calle del mismo nombre, en lo que hoy es prolongación de la de Espoz y Mina, con accesorias a la plaza del Angel.

presamente para el objeto, *Quiero ser cómico* (10 Octubre 1834); y Mariáno Fernández, discípulo del Conservatorio, el 22 de Noviembre del mismo año 1834, haciendo el papel de gracioso en las comedias *La mogigata* y *Un paseo a Bedlan*; trabajaron con él, aquella noche, Matilde Diez y García Luna.

Un acontecimiento teatral fue la representación, en 28 de Junio de 1831, de *Jokó o El orangután*. «Este melodrama—decía el *Diario*,—tan extraordinariamente aplaudido en los primeros teatros de Europa, presentará al público de Madrid un espectáculo absolutamente nuevo, no sólo por reunir en sí los tres géneros cultivados en la escena, declamación, música y baile, sino por la circunstancia de ser un mono de los conocidos con el nombre de orangutanes el personaje principal de la pieza. Se ha contratado al primer bailarín francés Mateo Alard, que a su natural habilidad para el intento, reúne la circunstancia de haber observado en la misma Naturaleza, con particular estudio, los gestos, los movimientos, la índole del animal que se propone imitar. La música es del Maestro Pichini; las decoraciones, de Angel Palmerani, y los bailes, por Alard.» No necesita más el lector para formarse idea de lo que es el melodrama en cuestión. Se representó durante todo el mes de Julio, alternando con otras obras y algunas óperas.

En 24 de Diciembre de 1832 se hizo en la Cruz la comedia de Ventura de la Vega, *Don Quijote de la Mancha en Sierra Morena*, con éxito regular.

Nuestro público ha demostrado desde antiguo cierta tendencia por lo que hoy se llama *género chico*, pues en aquella época se daban frecuentemente funciones compuestas de tres piezas en un acto, intermediadas de baile, canto, y a veces hasta de volatines. Dice el *Diario* de 22 de Febrero de 1832: «Habiendo acreditado la experiencia lo gratas que son al público las funciones variadas, se ejecutará una extraordinaria», que consistió en lo siguiente: *Un abrazo al portador*, comedia en un acto; Bolero, por la Pando y Pacheco; *La despedida o El amante a dieta*, comedia en un acto; cuarteto polonés, baile;

La vieja o los dos calaveras, otra pieza en un acto, traducida, como las anteriores, dando fin con unas seguidillas manchegas. En las tres comedias trabajó García Luna.

Menudearon otras funciones variadas; como muestra citaremos una que se verificó en el Príncipe, el 15 de Mayo de 1838. Sinfonía de *La Muta di Portici*.—*El pro y el contra*, comedia en un acto, de Bretón.—Cavatina de la ópera *Il nuovo Figaro*, cantada por D. Francisco Salas, con decoraciones y trajes.—*Pas-de-deux* portugués, por la Pepita Díez y el Sr. Casas.—Sinfonía de *Semiramis*, con la magnífica decoración del templo de Vesta, pintada por D. Francisco Lucini para el teatro de la Cruz.—*Ella es él*, comedia en un acto, de Bretón.—Sinfonía de *Guillermo Tell*.—Aria de la ópera *Il fanático per la música*, cantada por Salas, con decoraciones y trajes.—*Adrasto y Lircano*, baile compuesto y dirigido por D. Antonio Cairón. No se podía exigir más variedad en el espectáculo, atendida la época.

Durante este período se hicieron, tanto en la Cruz como en el Príncipe, funciones patrióticas con motivo de la guerra carlista que asolaba al país. El 14 de Diciembre de 1835 se puso en escena, en el Príncipe, el apropósito en dos actos, titulado *1835 y 1836 o Lo que es y lo que será*, bosquejo político-profético sobre la guerra civil, por D. Juan Grimaldi, Bretón de los Herreros y Ventura de la Vega. En 26 de Marzo de 1836 se representó en la Cruz, desempeñada por los milicianos nacionales, una pieza en un acto, debida a la pluma de D. Pedro Sobrado, subteniente de la 2.^a compañía de Cazadores y actor de aquel teatro. El 26 de Octubre de 1835, en otra función patriótica del Príncipe, cantaron Bárbara Lamadrid y Matilde Díez; aquélla unas coplas alusivas a la guerra, y ésta una aria llamada de las *Cuatro naciones*, y a más una canción de Manuel García titulada *El bajelito* (1).

(1) Julián Romea, Salas y una cómica llamada Monreal cantaron en el Príncipe, el 24 de Diciembre de 1837, la tonadilla *El Tripili*, con un *duo bufo* que se había añadido, música de Carnicer y letra de Azcona.

Fue muy celebrada la función que se dió en la Cruz, el 16 de Junio de 1838, a beneficio de los heroicos defensores de Gandesa: se hizo *El suplicio en el delito o Los espectros* (de Bretón) y la pieza *¡Un ministro!* (de Vega), ésta desempeñada por milicianos, terminando con un *himno patriótico*, compuesto por el subteniente de Granaderos del 5.º batallón, D. Manuel Bretón de los Herreros, con música de Carnicer.

En la Cruz trabajaron como principales actores Antera y Teresa Baus, Concepción Samaniego, Bárbara Lamadrid, Concepción Rodríguez, Matilde Díez, José García Luna, Pedro Montaña, Pedro González Mate, Juan Antonio Campos y Pedro Cubas.

Este teatro, huyendo de la seriedad artística, que era el lema de su compañero el del Príncipe, no desperdició ocasión de dar variedad al espectáculo, utilizando muchas veces los cantantes de la compañía de ópera para amenizar las funciones *de verso*, consecuente al propósito de halagar al público por cualquier medio que viniese a mano, lo mismo disponiendo un concierto que intercalando unos volatines.

El atractivo principal del teatro de la Cruz, durante este período, puede decirse que consistió en la ópera, pues desde 1830 a 1839, ni un año dejó de ofrecerse este espectáculo al público de Madrid. Como el Ayuntamiento arrendaba al mismo empresario ambos coliseos, las compañías *de verso* solían alternar en uno y otro, y también las de ópera, aunque siempre era preferido el coliseo de la Cruz para las representaciones líricas.

TEATROS DE SEGUNDO ORDEN

Teatro de la calle de la Sartén. — Este era el más antiguo de los que hemos calificado de segundo orden, pues aparece ya funcionando al ocurrir el nacimiento de Isabel II. Actuaba aquí una compañía, cuyo primordial objeto era dar funciones en los Sitios Reales, Aranjuez y La Granja, durante la estancia en ellos de los Reyes en primavera y verano, y aprovechaba el

invierno para trabajar en Madrid y Toledo. Estaba formada por gente joven y actores de *poco cartel*. Allí figuraban Angel López, Antonio Pallardo, M. Escobar y Antonio Argüelles; María Chiquero, Josefa Galindo, María Alvarez y Josefa Palma, característica, parienta indudablemente de otra Josefa Palma que debutó en aquel teatro en 1835 y que, casada con Florencio Romea, trabajó en el Príncipe con gran aceptación: era una actriz de arrogante presencia, muy estudiosa, y que gozaba de simpatías generales entre el público.

En la *Sartén* no se estrenaba: hacían las comedias que habían tenido aceptación durante el año anterior en el Príncipe o en la Cruz, y cubrían claros con las obras del siglo xvii, mostrando cierta predilección por Tirso de Molina. Este teatrillo fue el último en que se cantaron tonadillas casi a diario: *La vuelta del arriero*, *Los hidalgos de Medellín*, *El Trípoli*, *El totero y la maja*, *La vieja burlada*, *La venida del soldado*, y tantas otras que forman la rica colección que guarda cuidadosamente la Biblioteca municipal de Madrid.

Teatro de Buenavista, situado en la calle de la Luna, casa que fue del Banco de San Carlos, esquina a la de Silva: el piso bajo, hoy dedicado a almacenes de comercio, a lo largo de la fachada de la calle de Silva indicada, tenía un gran salón, que se inauguró como teatro de figuras mecánicas en 14 de Noviembre de 1830; y en 26 de Junio de 1837 comenzó a trabajar en él una compañía de jóvenes, en su mayoría discípulos del Conservatorio, lo mismo que la orquesta, dirigida por un tal D. Juan Gil. Lo inauguraron con *La Expiación*, traducción de Ventura de la Vega, estrenada en el Príncipe el 10 de Febrero de 1831, y la desempeñaron Manuela Pérez, Valentina Muñoz, Trinidad Parra, Francisco Val, Ceferino Hernández, Pedro Rojas, Juan Berzosa y José Banovio, que fue un buen actor, pero por su genio díscolo no llegó nunca a formar parte de compañías principales.

El año 1839 se quiso poner en escena algunas óperas, y hasta se contrató una modesta compañía lírica; pero no se rea-

lizó el proyecto, y todo se redujo a que en los intermedios se cantase un dúo, un aria, una cavatina, dando a la función aquel carácter de variedad que tanto gustaba al público, según declaración de la empresa de la Cruz.

Las lunetas (butacas) costaban dos pesetas.

Teatro de las Tres Musas.—Se hallaba en la Plaza de la Cebada, donde hoy Novedades. Se inauguró en 29 de Mayo de 1838, haciendo la competencia al de *Buenvista*, con tan buena suerte, que consiguió desbancarle, por cuanto el otro cesó de dar funciones al año siguiente. Figuraban en la compañía las Sras. Martín, Martínez, Corona, García, Bañuelos y Castillo, y los Sres. Pacheco, Porcar, Edo, Hernández, Rojas, Martínez, Bousellas y Moreno. Las lunetas costaban 8 rs., los palcos 9, las gradas 4 y el patio 2. En todas las localidades se admitían personas de ambos sexos, menos en el *patio*, donde sólo entraban hombres.

Hacían, como en *Buenvista*, obras del repertorio contemporáneo y del teatro de los siglos xvii y xviii. Abrieron la temporada con *La villana de la Sagra*, de Tirso, y más adelante hicieron *Indulgencia para todos*, de Gorostiza; *Lo que son mujeres*, de Rojas; *El parecido en la corte*, de Moreto; *El diablo predicador*; *El hombre de la selva negra*, melodrama antiguo, traducido por D. Bernardo Gil; *El imperio de las costumbres*, de Le Mière, traducida por D. Gaspar Zavala y Zamora, y *El triunfo del amor o La discípula de Cambray*, un melodrama que se anunciaba como *romántico*, y para demostrarlo insertaba el *Diario* los títulos de los cuadros en que se dividía: 1.º Declaración de amor por Orlán a su discípula Carolina. 2.º Robo de Carolina por los salteadores. 3.º Entrevista de ambos amantes en París. 4.º Demanda del Duque de Nancy pidiendo la mano de Carolina. 5.º Castigo de Carolina y muerte del Duque por su rival Orlán. 6.º Delirio de Carolina por el suplicio de su amante, y encuentro de ambos en el calabozo, donde proyectan el suicidio. No cabe duda de que era un drama romántico.

El periódico *El Panorama* hablaba mal del teatro de las *Tres Musas*.

De las funciones que se celebraban en el teatro del *Liceo* (1) no debemos hablar, porque una vez las dedicó D. Juan del Peral un artículo en la prensa (Agosto de 1839), más bien de alabanzas que de censuras, y protestaron los socios, manifestando que el *Liceo* no era un establecimiento público, y no debía, por lo tanto, hacerse la crítica de sus veladas literarias y musicales. Ciertamente que hoy no nos dirigirían protestas los socios, si es que queda alguno para muestra; pero la prudencia nos aconseja respetar la voluntad de aquellos escritores y artistas memorables, dignos de toda consideración,

Óperas.

El público de Madrid era ya en aquella época aficionado a la ópera, y, a decir verdad, las empresas procuraban tenerle contento, pues en 1835 se cantaron nueve óperas de repertorio y siete nuevas, lo que supone cierto trabajo por parte de los cantantes, de la orquesta y del director, D. Ramón Carnicer, de cuyas especiales condiciones se hacían lenguas los periódicos de entonces.

He aquí la relación de las obras estrenadas en el período que vamos señalando de 1830 a 1839:

EN EL PRÍNCIPE:

Cristóforo Colón, de Carnicer, 12 Enero 1831.

La Vestale, de Pacini, 9 Mayo 1831.

Il Contestable di Chester, de Pacini, 26 Julio 1831.

I crociati a Tolemaida, de Pacini, 10 Setiembre 1831.

Bianca di Mesina, de Vaccaj, 11 Febrero 1832.

(1) Sociedad fundada en 1837 por D. José Hernández de la Vega, en unión de Zorrilla, Escosura, Pastor Díaz, Salas Quiroga, Ramón Navarrete, Jenaro Villamil, Esquivel y otros. Daban funciones dramáticas, bailes, conciertos y conferencias: el domicilio social estaba en la casa-palacio de Vista Hermosa, Plaza de las Cortes, núm. 7.

- L'esule di Roma*, de Donizetti, 21 Mayo 1832.
L'eroína di Messico, de Ricci, 14 Julio 1832.
Chiara di Rosemberg, de Rossi, 3 Diciembre 1832.
Eufemio de Messina, de Carnicer, 14 Diciembre 1832.
Il diluvio Universale, de Donizetti, 2 Marzo 1834.
La sonámbula, de Bellini, 21 Julio 1834.
Parisina d'Este, de Donizetti, 27 Agosto 1834.
Guglielmo Tell, de Rossini, 19 Noviembre 1834.
I due Figaro, de Mercadante, 26 Enero 1835.
Caterina de Guisa, de Coccia, 3 Mayo 1835.
La muta di Portici, de Auber, 19 Setiembre 1835.
Torcuato Tasso, de Donizetti, 9 Junio 1835.
Inés de Castro, de Persiani, 3 Mayo 1837.
Monsieur de Chalumeaux, de Ricci, 30 Octubre 1837.

EN LA CRUZ:

- La represaglia*, de Mercadante, 4 Noviembre 1830.
Bianca e Fernando, de Bellini, 18 Abril 1831.
L'orfano della selva, de Coccia, 6 Junio 1831.
Enrico e Clotilde o La rosa bianca, de Genovés, 17 Agosto 1831.
Gabriela di Vergy, de Carafa, 3 Diciembre 1831.
I Capuleti ed i Montecchi, de Bellini, 18 Junio 1832.
Ana Bolena, de Donizetti, 21 Agosto 1832.
Fausta, de Donizetti, 23 Enero 1833.
I normanni a Parigi, de Mercadante, 20 Julio 1833.
L'elixir d'Amore, de Donizetti, 10 Diciembre 1833.
Il nuovo Figaro, de Ricci, 3 Abril 1834.
Il furioso, de Donizetti, 31 Mayo 1834.
Norma, de Bellini, 1.º Julio 1834.
Don Giovanni, de Mozart, 15 Diciembre 1834.
La casa desabitata, de Rossi, 20 Junio 1835.
Olivo e Pasquale, de Donizetti, 16 Agosto 1835.
Il castello di Kenilworth, de Donizetti, 17 Octubre 1835.
Gemma di Vergy, de Donizetti, 4 Agosto 1836.
Erano due or sono tre, de Ricci, 26 Agosto 1836.
I Puritani, de Bellini, 26 Setiembre 1836.
Belisario, de Donizetti, 22 Noviembre 1836.

- La nina pazza per amore*, de Coppola, 13 Diciembre 1836.
Un'avventura di scaramuccia, de Ricci, 18 Febrero 1837.
Lucia di Lammermoor, de Donizetti, 2 Agosto 1837.
Beatrice di Tenda, de Bellini, 12 Diciembre 1837.
Ipermestra, de Saldoni, 20 Enero 1838.
Ismalia o Morte ed amore, de Carnicer, 12 Marzo 1838.
Le convenienze teatrali (1), de Donizetti, 13 Enero 1839.
Lucrecia Borgia, de Donizetti, 4 Julio 1839.
Ugo, Conte di Parigi, de Donizetti, 11 Setiembre 1839.
Marino Faliero, de Donizetti, 25 Setiembre 1839.
Il carrozzino da vendere, de Basili, 5 Octubre 1839.
Il Conte Ory, de Rossini, 16 Noviembre 1839.
I Briganti, de Mercadante, 12 Diciembre 1839.

Las compañías de ópera estuvieron formadas, principalmente, por los cantantes que a continuación se expresan, de los que tenemos escasas noticias.

Tiples: Adelaida Tosi, Enriqueta Meric-Lalande, Clelia Pastori, Matilde Palazzesi, Emma Albertazi, Almerinda Manzochi, que gustó mucho (1835) y salió tan caprichosamente vestida en *La casa desabitata*, que su traje se hizo célebre en Madrid; Telestris Fontana, poca voz; Mariana Brighenti, Judit Grissi, de la cual recordamos haber oído grandes elogios; Cristina Villó, que tenía exquisita sensibilidad y cantaba admirablemente *La sonámbula*, pero necesitaba más estudio en 1839; Manuela Oreiro de Lema (2), Concepción Lleó, Antonieta Marini, guapa y de buena voz, como su compañera la Concepción Ridaura, y por fin, la famosa Antonia Campos; en 1831 figura entre las segundas tiples, y en 1839 hizo Salas, por encargo de la empresa, un viaje a París para contratarla, porque estaba allí nuestra compatriota dando conciertos y recibiendo, al

(1) Se desempeñó por artistas españoles. Salas hizo papel de mujer, cantando en falsete la parte de Ágata.

(2) De ella decía Rubini que «no había encontrado compañera que tuviese el alma, la voz, la acción y el canto tan enérgico.» Casó esta cantante en 1.º de Abril de 1838 con Ventura de la Vega.

propio tiempo, lecciones de canto, del maestro Donizzetti (1). Se presentó en la Cruz el 14 de Junio de 1839, con *Un'avventura di Scaramuccia*, obteniendo una verdadera ovación: poseía gracia, *gachonería*, frescura, lozanía, voz clara y de extensión, y era *atrevidamente* hermosa.

Contraltos: Fanny Eckerlin, Brígida Lorenzani y María Carrasco.

Tenores: Ignacio Pasini, Antonic Ronzi, Carlos Trezzini, Lorenzo Viacchi, Antonio Arigotti, Juan Bautista Guerrero y Pedro Unanue.

Bajos: Juan Inchandi, Juan Bautista Rossi, profesor de arpa, además; Felice Botelli, José Rossi Gallierno (bufo), Pedro Lej, Juan Cavaceppi y Francisco Salas. Este aparece en 1831 formando parte del coro; en 1832, como *partiquino*, y en 1834, haciendo la parte del Doctor Dulcamara en *L'elixir d'amore*, donde conquistó su reputación. Durante los últimos días del reinado de Isabel II, nosotros llegamos a oírle en esta obra, y, aunque había ya perdido mucha voz, pudimos formar idea de lo que Salas sería en sus buenos tiempos; no hemos conocido cantante que interprete mejor el tipo de Dulcamara.

Las representaciones de ópera alternaban indistintamente en ambos teatros con las de comedias y dramas.

En el teatro de Buenavista, ya citado, se formó, el año 1838, una compañía de ópera, dirigida por el maestro don Francisco de la Cámara, y compuesta de las Sras. Damiana Feijas, Margarita Antunes y Josefa Andújar, y los Sres. Jerónimo Cámara, tenor; Laureano Aguilón, bajo, y José Cisneros, caricato; pero se contentaron los cantantes con dar algunos conciertos, según se ha indicado en el artículo *Teatros de segundo orden*.

(1) Por cierto que a Salas le cogieron los carlistas cerca de la frontera, y le hicieron pasar un susto de marca mayor; gracias a que un titulado coronel Polo, al saber quién era, le dió un salvoconducto, y con esto pudo el ya célebre cantante continuar su viaje.

Merece especial mención el estreno de *El rapto*, en la Cruz, el 17 de Junio de 1832, ópera española, en dos actos, música de D. Tomás Genovés. «Este profesor—decía *El Diario*,—cuya primera producción fue *Enrique y Clotilde* (1), presentará a los filarmónicos madrileños su segundo ensayo, esperando que una ópera en que el argumento, el idioma, el compositor y las partes que lo ejecutan, todo es español, podrá merecer algún interés e indulgencia, a pesar de la extrañeza que puede causarles este género fuera de uso.»

Fue interpretada por la Antonia Campos, que todavía no era *prima donna*; la Leonor Serrano, Pablo Galdón, Salas, Rodríguez y Ceyanes, todos ellos, entonces, cantantes de segunda fila.

No hemos incluido esta obra en la relación de óperas que antecede, porque realmente era una zarzuela. El anuncio del *Diario* decía: «Los versos que no están destinados al canto serán representados, según costumbre, de la que no ha querido apartarse el compositor», y esto indica que tenía escenas para ser declamadas, como en las zarzuelas.

En efecto; anteriormente se habían representado en castellano, con el nombre de óperas, algunas obras musicales que tenían escenas habladas, y en este sentido, Genovés llamó ópera a *El rapto*, siendo así que para nosotros no rebasa la categoría de zarzuela.

En defecto del libreto, que conceptuamos perdido, hemos revisado la partitura, que se custodia en la Biblioteca municipal, y podemos asegurar que, a más de los diez números musicales de la obra, tenía ésta algunos diálogos intermedios, cuya extensión no es factible determinar, pero de indudable importancia para el desarrollo del argumento.

Lo curioso es que el libreto había salido de la pluma de Mariano José de Larra (Fígaro), y resultó una equivocación de

(1) Estrenada en la Cruz el 17 de Agosto de 1831.

aquel autor insigne. Veamos cómo se le juzga en las *Cartas españolas*, de 21 de Junio de 1832:

«El poema de esta composición es de lo más sublimemente detestable que puede ponerse en escena: no concebimos cómo el Sr. Genovés ha elegido tan mal, ejercitando su ingenio y su paciencia sobre una *parola* tan macarrónica y absurda. Las piezas de música están colocadas sin el menor discernimiento; se han desaprovechado muchas ocasiones de ingerirlas oportunamente; así es que suele hallarse un aria colocada sin motivo perentorio después de otra, y reina en todo el conjunto un desconcierto nocivo a los resultados musicales, al efecto teatral y a los intereses del compositor. Por otra parte, dicho *libretto* tiene traza de ser un cajón de sastre, hecho a remiendos, y cosido, y añadido, y recortado por manos diversas, cada una a cual más inhábil. El murmullo desaprobador del público lo ha hecho sentir en varios pasajes, mucho mejor que pudiera hacerlo el artículo de un periódico.

»En la música hay centellas de genio, viveza en algunos temas, no desnudos muchos de ellos de reminiscencias; pero que, hasta ahora, sólo indican disposiciones en el autor. No creemos, sin embargo, que esta nueva producción contribuya en nada al aumento de su crédito.

»La ejecución ha sido cual debiera ser: en todos los actores competía la inexperiencia de la escena; pero, en fin, hicieron lo que pudieron, y la cosa salió menos mal de lo que hubiera podido suceder.»

El éxito, por lo que se ve, fue muy dudoso; pero constituye un paso más en el género lírico español, y esto es lo que deseamos hacer constar.

Opera o zarzuela, *El rapto* es una prueba de la afición que el público demostraba por el género lírico, que tenía también sus adversarios. Don Manuel Montes de Oca, Alférez de navío de la Real Armada, escribió y publicó en Palma, el año 1831, una *Sátira contra las óperas del día*, en que las llamaba *fatal recreo*,

que afemina al varón, y en las mujeres
despierta de lascivia las torpezas.

Pedía, en nombre de la moral, del arte, del buen gusto y de otra porción de cosas más, que desaparecieran las óperas, y confiando en la razón que le asistía, y hasta en la galanura de su *Sátira*, cuya versificación es ramplona y chabacana, decía al terminar:

Y plegue al cielo que al sentir mi tunda
recobre su vigor la gran Castilla,
y caiga a silbos la función inmunda.

Pero la función no cayó, como ha tenido ocasión de ver el lector en los párrafos anteriores, y verá, con más curiosas noticias, en la década siguiente.

Conciertos.

Como durante la Cuaresma no se consentía la representación de comedias, dramas ni óperas, las empresas, para resarcirse de la falta de entrada de fondos, idearon dar conciertos, y esto lo permitieron las autoridades; pero lo gracioso era que en estas fiestas musicales se cantaban arias, romanzas y dúos de óperas, cuya representación estaba prohibida en el período cuaresmal, con la diferencia de que los cantantes salían a escena de frac, ellos, y luciendo las *divas* elegantes *toilettes* de la época. Careciendo el público de otra diversión, acudía al llamamiento, y hubo año que se dieron en el Príncipe catorce conciertos.

Vista la aceptación que éstos tenían, se repitieron fuera de Cuaresma, intermediando piezas dramáticas; los cantantes salían vestidos con el traje que les correspondía, según la ópera, y se exhibía la decoración consiguiente. Además de esto, podemos reseñar que en Marzo de 1831 el profesor Brunetti tocó en el *violoncello* un capricho y variaciones sobre el tema del *zapateado*; el violinista Juan Wanski, en Agosto de 1833,

tocó en el Príncipe unas variaciones de Beriot con acompañamiento de orquesta, y D. Luis Vicente Arche, en el mismo teatro, en Marzo de 1836, unas variaciones de violín, con motivo del beneficio de Bárbara Lamadrid. La Villó dió un concierto en la Cruz (Octubre de 1834), cantando varios números de óperas.

Fue un acontecimiento musical la ejecución en el Príncipe (23 Agosto de 1839) de una sinfonía compuesta por el niño de once años Ignacio Ovejero, a quien en nuestra juventud llegamos a conocer; la interpretó magistralmente la orquesta, acompañada al piano por el autor.

Estaba de moda Strauss; en uno de estos conciertos se tocaron cinco tandas de vales suyos (19 Agosto 1839): *La hermosa Gabriela*, *La Filomela*, *Los cohetes voladores*, *Los homenajes* y *Los encajes de Bruselas*. Aquella noche se saturaron bien de vales los concurrentes al teatro del Príncipe.

Inútil parece añadir que en los días de la guerra civil se cantaron y tocaron himnos patrióticos; Carnicer compuso un par de ellos para cantarse en el teatro, y no dejaron de rendir su tributo musical al patriotismo Basilio Basili, esposo, más adelante, de Teodora Lamadrid; el popular Iradier, el niño Ignacio Ovejero y el maestro Sobejano, que escribió un *zorzico patriótico*.

En algunos salones de baile, como el de *Vensano*, o *Las Delicias*, de que hablamos más adelante, solían darse conciertos de piano, arpa o guitarra, en el cual instrumento gozaba entonces fama de maestro D. Trinitario Huerta.

El primer café que introdujo la moda de obsequiar con música a los concurrentes, sin abonar más estipendio que el del consumo, fué el llamado de *San Vicente*, que estaba situado en la calle de Barrionuevo, hoy Conde de Romanones. El 17 de Julio de 1834 dió comienzo el agasajo a los consumidores, y es fecha doblemente memorable, porque ese día fue uno de los más señalados por la mortandad con que el cólera assolaba a la población.

Coreografía.

Era un recurso que servía de atracción en las funciones teatrales, por la música y por las bailarinas, que habían de ser guapas y de buena figura, aliciente no desprovisto de valor en los espectáculos públicos.

No parece que había en esta época estrella refulgente que cautivara la atención, ni que despertase entusiasmos, a excepción de Pepita Díaz, quien con su arte y hermosura logró conquistar unánimes aplausos al finalizar el período cuya crónica hacemos.

Figuraron en este tiempo Josefina Volet, María Vives (a quien tratamos ya retirada de las tablas), Mariana Castillo, Dolores Lamadrid (quizá parienta de Bárbara y Teodora), Gertrudis Fontanellas y Matilde Saavedra. De ellos, mencionaremos a Mateo Alard, Juan Bautista Cozzer, Mariano Camprubi, Antonio Cairón (pariente sin duda de una Antonia Cairón, actriz más adelante y esposa del actor D. José Valero), Ginés Fontanella, y el célebre Manolito Casas, ya también en las postrimerías de este período. Gastaba patillas, bigote y pelo rizado, y así había de salir siempre a escena, cualquiera que fuese el baile en que tomara parte, por lo que la Prensa le dedicó algunas chanzas.

Generalmente se representaban bailes españoles, sobre todo las *boleras*, que las había *de la matraca, del charandel, intermedias, del serení, de las fraguas, del Bartolito, de la Marica, del Chinorri, del Trípoli, de la Caleta y del escondite*. Para completar las funciones patrióticas del tiempo de la guerra civil, se inventaron también las *boleras de la libertad*.

En el Príncipe se ejecutó, el 15 de Mayo de 1838, un gran baile compuesto y dirigido por Cairón, y que se titulaba *Adrasto y Lircano*. He aquí el argumento, tal como lo describe un periódico de aquellos días: «Olmira, princesa de belleza extremada, viuda del soberano de una de las islas del Archipiélago

griego, era solicitada a porfía en matrimonio por Adrasto y por Lircano; éste, jefe del ejército, propone que el más diestro en los ejercicios gimnásticos sea favorecido con la mano de la princesa, y Olmira, confiando en el valor y destreza de su amado Adrasto, consiente a pesar suyo. Lircano muere víctima de una traición que había premeditado, y Adrasto se presenta a su amante con el laurel de la victoria.»

En el mismo teatro se representó el 21 de Julio de 1838, el baile pantomímico titulado *La espada del mago*. Se dividía en siete cuadros, y cada uno tenía su título particular: *El campamento de los cruzados*, *El triunfo del Soldán*, *Enrique y Margarita*, *Martín Gull*, *El asalto* y *El triunfo de la Cruz*. No se le había compuesto música á propósito, sino que para obtenerla buena a poco precio, se le adaptaron trozos de Gluk, de Mehul, de Gretry, de Mozart, de Haynd, de Herold y de Rossini, con una gran *sinfonía oriental* compuesta por Carnicer.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)

MAS HÁBIL QUE SHERLOCK HOLMES

SEGUNDA PARTE

I

Sherlock Holmes entra en escena.

Al día siguiente circuló por el poblado un rumor sensacional. Un extranjero de gran nombradía, de aspecto grave e imponente, de porte distinguidísimo, acababa de llegar a la hospedería. Había inscrito en el registro el nombre mágico de:

SHERLOCK HOLMES

La noticia corrió de cabaña en cabaña, de boca en boca en la mina; todos dejaron el trabajo para correr e informarse bien. Un minero que pasaba por la parte Sur del pueblo, comunicó la nueva a Pat Riley cuya pertenencia lindaba con la de Flint Bucker. Fletock Jones se mostró muy impresionado ante semejante acontecimiento, y llegó a murmurar:

—¡El tío Sherlock! ¡Qué contrariedad! Precisamente se presenta cuando...

Luego se puso a reaccionar, y se dijo a sí mismo:

—Después de todo, ¿por qué he de tenerle miedo? Todos los que le conocen como yo, saben perfectamente que no es capaz

de descubrir un crimen, sino en cuanto haya podido preparar su plan por adelantado, clasificar sus argumentos y acumular sus pruebas.

«En caso de necesidad, incluso se procura (mediante dinero) un cómplice de buena voluntad que ejecute el crimen punto por punto como él lo ha previsto... Pues bien; esta vez Sherlock se verá muy perplejo; carecerá de pruebas y no habrá podido preparar nada. En cuanto a mí, todo está dispuesto. Me guardaré muy bien de diferir mi venganza... ciertamente que no. Flint Buckner abandonará el mundo terreno esta misma noche y no más tarde, es cosa decidida.

Después reflexionó:

—El tío Sherlock va a querer esta noche hablar conmigo de nuestra familia; ¿cómo haré para esquivarle? Es preciso absolutamente que yo esté en mi choza, a eso de las ocho, por lo menos unos instantes.

Este punto era dificultoso y le preocupaba mucho. Pero un minuto de reflexión le dió el medio de vencer la dificultad.

—Iremos a pasearnos juntos, y le dejaré solo en el camino durante un segundo en el que no verá lo que yo he de hacer; el mejor medio de burlar a un policía, es tenerle al lado cuando se prepara un golpe. Sí, esto es lo más seguro, le llevaré conmigo.

Mientras tanto, los alrededores de la hospedería estaban interceptados por una muchedumbre ansiosa de ver al gran hombre. Pero Holmes se obstinaba en permanecer encerrado en su cuarto, y no se mostraba con gran descontento de los curiosos. Solamente Ferguson, Jake Parker el herrero y Ham Sandwich tuvieron mejor suerte. Estos fanáticos admiradores del hábil policía tomaron la habitación que servía para guardar los equipajes, y que daba a un estrecho pasillo frente al cuarto que ocupaba Sherlock Holmes; escondiéronse allí y practicaron unas mirillas en las persianas.

Las de Holmes estaban todavía cerradas, pero no tardó en abrirlas. Sus espías se estremecieron de alegría y de emoción,

cuando se encontraron frente a frente con el hombre célebre que asombraba al mundo por su genio verdaderamente sobrenatural. Allí estaba, sentado ante ellos, en persona, en carne y huesos, bien vivo. Ya no era un mito para ellos y casi podían tocarle alargando el brazo.

—Mira esa cabeza—dijo Ferguson con voz temblona de emoción.—¡Dios mío! ¡Qué fisonomía!

—¡Oh, sí!—contestó el herrero con acento convencido.—Mira esos ojos, esa nariz. ¡Qué cara tan inteligente y tan despierta tiene!

—Y esa palidez, que es la característica de su poderoso cerebro y la imagen de su claro pensamiento—replicó Ham Sandwich.

—Es verdad: lo que tomamos por pensamiento no es a menudo más que un dédalo de ideas informes.

—Tienes razón, Wall-Fargo; observa un poco ese pliegue acentuado en medio de su frente; es el surco del pensamiento, lo ha labrado a fuerza de descender a lo más profundo de las cosas. Apuesto a que en este momento rumía alguna idea en su cerebro infatigable.

—Diríase que sí, cierto es; pero mira ese aire grave, esa solemnidad que impresiona. Diríase que en él está el cuerpo absorbido por el espíritu. No te equivocas mucho al prestarle las facultades de un espíritu puro; porque ya ha muerto cuatro veces, es cosa averiguada: ha muerto tres veces naturalmente y una vez accidentalmente. He oído decir que exhala un olor de humedad glacial, que huele a tumba; dicese también que...

—Cállate y observa. Mira cómo se toma la frente entre el pulgar y el índice; apuesto que en este momento está elaborando una idea.

—Es más que probable. Y ahora alza los ojos al cielo, acariciándose distraídamente el bigote. Se ha puesto de pie; ordena sus argumentos, contándolos por los dedos de su mano izquierda con el índice derecho; ¿lo ves? Se toca primeramente el índice izquierdo, luego el medio, después el anular.

—Cállate.

—Mira su expresión de enojo. No encuentra la clave de su último argumento, entonces él...

—Mírale cómo sonrío ahora con sonrisa felina; cuenta rápidamente por los dedos sin la menor nerviosidad. Está seguro de su asunto; tiene todos los cabos. Así lo parece. De todos modos, me alegro de no ser yo el que trate de despistar.

Holmes acercó la mesa a la ventana, sentóse de espaldas a sus observadores y se puso a escribir. Estos dejaron de observarlo, encendieron las pipas y se instalaron cómodamente para hablar. Ferguson empezó, convencido:

—No hay para qué hablar. Ese hombre es un prodigio, todo lo revela en él.

—Nunca has hablado mejor, Well-Fargo —replico Parquer.— ¡Qué lástima que no estuviera aquí ayer noche con nosotros!

—Verdad que sí —asintió Ferguson.— Hubiéramos asistido a una sesión científica, a una exhibición de «purísima intelectualidad», la más elevada que se pueda soñar. Archy es ya bastante asombroso, y haríamos muy mal en tratar de rebajar su talento; pero la facultad que posee no es más que un dón visual. Es un dón natural, un instinto innato, en el que la ciencia no entra en juego. El carácter sorprendente del dón de Archy no puede en modo alguno compararse con el genio de Sherlock Holmes, como tampoco... Mira, déjame decirte lo que hubiera hecho Holmes en tales circunstancias. Hubiera ido en derecha a casa de los Hogan y hubiera sencillamente mirado en rededor. Una sola ojeada le basta para verlo todo, hasta el menor detalle; en cinco minutos sabría más que los Hogan en siete años. Después de su breve inspección, se habría sentado con calma y habría hecho preguntas a la señora Hogan... Mira, Ham, imagínate que tú eres la señora Hogan; yo te interrogaré, y tú me contestarás.

—Entendido, empieza.

—Permítame, señora, haga el favor. Sírvase prestar gran

atención a lo que voy a preguntarla: ¿A qué sexo pertenece la criatura?

—Al sexo femenino, señor.

—¡Ah! Al femenino; muy bien, muy bien. La edad.

—Seis años cumplidos.

—¡Ah! pequeña... débil... dos leguas. Ha tenido que sentirse cansada. Se habrá sentado, dormido luego. La encontraremos al cabo de dos leguas. ¿Cuántos dientes?

—Cinco, señor, y el sexto a punto de brotar.

—Muy bien, muy bien, perfectamente.—Ya veis que no deja pasar ningún detalle, y se fija hasta en los que parecen más insignificantes.—¿Lleva medias y zapatos?

—Sí, señor, las dos cosas.

—¿De qué clase las medias y los zapatos?

—De algodón las primeras, de cuero los segundos.

—¡Ah! ¿Cuero? Esto complica la cuestión. Sin embargo, sigamos; ya la resolveremos. ¿Qué religión?

—Católica, señor.

—Muy bien, córteme un pedacito de la manta de su cama, le ruego; gracias. Mezcla de lana, y de fabricación extranjera. Muy bien; un pedacito del vestido de la niña, si me hace el favor; gracias; de algodón y ya en bastante uso. Este es un excelente indicio. Deme, tenga la bondad, un poco de polvo recogido en el cuarto; gracias, muchas gracias. ¡Admirable, admirable! Ya estamos en el buen camino, a lo que creo.

Ya lo veis. Tiene en su mano todos los hilos, y se declara plenamente satisfecho. ¿Qué hará, después de esto, este hombre prodigioso? Pondrá los pedazos de tela y el polvo en la mesa, comparará estos objetos tan diferentes, y los examinará hablándose en voz baja y palpándolos delicadamente:

«Niña, seis años, cinco dientes, otro en brote; católica. Algodón, cuero. ¡Váyase al diablo este cuero.» Después lo ordena todo, levanta los ojos al cielo, se pasa la mano por el pelo, la vuelve a pasar nerviosamente repitiendo: «¡Al diablo el cuero!» Levántase entonces, frunce las cejas y recapitula sus

argumentos contando por los dedos; se detiene en el anular, un minuto solamente; luego se ilumina su rostro con una sonrisa de satisfacción, levantándose entonces, resuelto y majestuoso, y dice a la multitud: «Que dos de ustedes tomen una linterna y vayan a casa de Injin Billy, para buscar allí a la niña; los demás pueden ir a acostarse. Buenas noches, señores.» Y diciendo esto, habría saludado a la concurrencia con aire solemne, y se habría marchado.

—He aquí su manera de proceder. Es única en su género, científica e inteligente; un cuarto de hora le basta, y no necesita registrar las malezas y los caminos durante horas enteras en medio de una multitud azorada y tumultuosa. ¿Qué decís? ¿Habéis comprendido su procedimiento?

—Es prodigioso, en verdad—contestó Ham Sandwich.—Has comprendido maravillosamente el carácter de ese hombre, Well-Fargo; tu descripción vale por un libro, por el libro mejor hecho del mundo. Me parece verle y oírle. ¿No es así?

—Así es. Esa descripción de Holmes es un estupendo retrato.

Ferguson estaba satisfechísimo con su triunfo; la aprobación general de sus compañeros le entusiasmaba. Permanecía sentado, tranquilo y silencioso para saborear su contento.

Murmuró, sin embargo, con voz alterada:

—Es cosa de preguntarse cómo Dios ha podido crear semejante fenómeno.

Al cabo de un momento contestó Ham Sandwich.

—Si lo ha creado, me imagino que ha tenido que hacer varios ensayos.

II

Al finalizar aquel mismo día, a eso de las ocho de una noche brumosa, dos personas caminaban a tientas por las cercanías de la cabaña de Flint Buckner. Eran Sherlock Holmes y su sobrino.

—Haga el favor de esperarme aquí un instante, tío—dijo Fletock;—voy a mi choza, es cosa de dos minutos.

Pidió algo a su tío, que se lo dió, y desapareció en la oscuridad; pero en seguida estuvo de vuelta, y reanudaron, charlando, su paseo. A las nueve, su marcha errante les llevó a la hospedería. Abriéronse paso hasta la sala de billar, en donde se había agrupado una multitud compacta, con la esperanza de ver al «Hombre ilustre». Acogióle con frenéticos vivas; Holmes dió las gracias saludando amablemente, y cuando salió su sobrino se dirigió a la reunión, diciendo:

—Señores, mi tío Sherlock tiene que hacer un trabajo urgente que le retendrá hasta las doce o la una, pero volverá en cuanto pueda, y espero que todavía estarán aquí algunos de ustedes para beber con él.

—¡Por San Jorge! ¡Qué señor tan generoso!

—Amigos míos: tres vivas a Sherlock Holmes, el hombre más eminente que haya vivido nunca—exclamó Ferguson.— ¡Hip, hip, hip! ¡Hurra, hurra, hurra!

Todos los circunstantes contestaron a estos clamores con tal entusiasmo, que hicieron trepidar la casa. Al llegar a su cuarto, Sherlock dijo a su sobrino, sin enfado:

—¡Qué demontre! ¿Por qué me has endilgado esa invitación?

—No creo que quiera usted hacerse impopular, tío. Sería enojoso que no se granjease usted las simpatías de todo este campamento de mineros. Esos muchachos le admiran; pero si se fuera usted sin beber con ellos, tomarían su abstención por «snobismo». Y, además, nos ha dicho usted que tenía que contarnos muchas cosas, capaces de tenernos despiertos una parte de la noche.

El joven tenía razón, y daba pruebas de buen sentido. Su tío lo reconoció. Servía, al mismo tiempo, a sus propios intereses, y se hizo esta práctica reflexión en su fuero interno:

—Mi tío y los mineros van a tener la bondad de proporcionarme una coartada que no podrá ser discutida.

El tío y el sobrino hablaron en su cuarto durante tres horas. Luego, a las doce, Fletock bajó solo, se apostó en la obscuridad, a una docena de pasos de la taberna, y esperó. A los cinco minutos, Flint Buckner salía contoneándose de la sala del billar, le rozó casi con el hombro al pasar.

—Ya le tengo—pensó el joven;—y añadió para sí, siguiendo la sombra con los ojos: —Adiós, amigo mío; adiós para siempre, Flint Buckner. Has tratado a mi madre de... Está muy bien; pero acuérdate de que hoy das tu último paseo.

Entró en la taberna sin apresurarse, haciéndose esta reflexión:

—Es algo más de las doce; todavía hay que esperar una hora; la pasaremos con los amigos...; será magnífico para la coartada.

Introdujo a Sherlock Holmes en la sala de billar, que estaba atestada de mineros, todos impacientes por verle llegar. Sherlock encargó las bebidas, y empezó la fiesta. Todo el mundo estaba contento y de buen humor; pronto se rompió el hielo. Sucediéronse canciones, anécdotas, bebidas (también los minutos transcurrían.)

A la una menos seis, la alegría estaba en su colmo.

De repente oyóse una explosión seguida de una conmoción terrible.

Todos se callaron instantáneamente. Un sordo redoble llegaba del lado de la colina; el eco repercutió en las sinuosidades del desfiladero, y fué a morir cerca de la taberna. Los hombres se precipitaron a la puerta, diciendo:

—Algo acaba de volar.

Afuera gritaba una voz en la obscuridad:

—Ha sido hacia abajo del desfiladero; he visto el resplandor.

La muchedumbre corrió hacia allí, incluso Holmes, Fletock y Archy Sillmann. salvaron la distancia, que era de una milla, en unos cuantos minutos. A la luz de una linterna reconocieron el lugar en que se alzara la cabaña de Flint Buckner; no

quedaba de ella ni el menor rastro. Tampoco lo había de Flint. Buscáronle alrededor; de pronto gritó alguien:

—¡Aquí está!

Era verdad. A cincuenta metros más abajo habíanle encontrado, o, más bien, habían descubierto una masa informe e inerte que le representaba. Fletock Jones acudió con los demás, y miró.

El sumario fue asunto de un cuarto de hora. Ham Sandwich, jefe de los jurados, dió el veredicto, bajo una forma bastante primitiva, que no carecía de cierto estilo literario, y su conclusión fue que el difunto se había suicidado, o bien que había que atribuir su muerte a una o varias personas desconocidas del jurado; no dejaba ni familia ni herencia; por todo inventario, una cabaña que había volado. Descanse en paz. Tal era el deseo de todos.

Después de esta breve oración fúnebre, el jurado se apresuró a reunirse con la masa de circunstantes en donde se encontraba la atracción general personificada en Sherlock Holmes. Los mineros formaban círculo y guardaban un silencio respetuoso; en el centro del círculo estaba el lugar de la cabaña destruída. En aquel espacio vacío agitábase Holmes, el hombre prodigioso, ayudado por su sobrino, que empuñaba una linterna. Tomó con una cinta métrica la distancia de los cimientos de la cabaña al camino, la altura de la maleza próxima y otras medidas.

Recogió un trapo, una madera, un poco de tierra, los examinó atentamente y los dejó cuidadosamente a un lado. Determinó la longitud del lugar por medio de una brújula de bolsillo, corrigiendo hasta una diferencia de dos segundos las variaciones magnéticas. Tomó la hora del Pacífico en su reloj, y le hizo sufrir la corrección de la hora local. Midió a grandes pasos la distancia desde el lugar en que estuvo la cabaña hasta el cadáver, teniendo en cuenta la diferencia de la marea. Anotó la altura, la temperatura, con un aneroide y un termó-

metro de bolsillo. Por fin, declaró magistralmente, saludando con la cabeza:

—He terminado; podemos marcharnos, señores.

Y echó a andar para volver a la hospedería, seguido de la multitud, que comentaba el acontecimiento y consagraba al «Hombre prodigioso» un verdadero culto de admiración, haciendo cábalas sobre el origen y el autor de aquel drama.

—¿Sabéis, amigos, que podemos considerarnos dichosos de tener a Sherlock entre nosotros?—dijo Ferguson.

—Así es; he aquí tal vez el mayor acontecimiento del siglo—replicó Ham Sandwich.—Dará la vuelta al mundo, acordaos de lo que os digo.

—Apostemos—dijo Jake Parker el herrero—a que va a dar un gran renombre al campamento. ¿No opinas lo mismo, Well Fargo?

—Pues bien, ya que queréis mi opinión sobre el asunto, puedo deciros esto: Ayer, hubiera vendido mi pertenencia, sin vacilar, a dos dólares el pie cuadrado; hoy, os respondo de que ninguno de vosotros la vendería a diez y seis dólares.

—Tienes razón, Well-Fargo. No podíamos soñar con una suerte mayor para el campamento. Dí, ¿le has visto coleccionar esos trapos, esa tierra y lo demás? ¡Qué vista tiene! No deja escapar ningún detalle; quiere verlo todo, es mucho hombre.

—Es verdad. Y esos detalles, que parecen insignificancias al común de los mortales, representan para él un libro abierto, impreso en caracteres gruesos. Estad convencidos de que esas nonadas ocultan misteriosos secretos; en vano creen que nadie se los podrá arrancar; cuando Sherlock pone la mano, preciso es que hablen, que se rindan.

—Amigos, ya no lamento que no se encontrara cuando la busca de la niña; lo que acaba de ocurrir aquí es mucho más interesante y más complejo; Sherlock va a poder mostrar ante nosotros su arte y su ciencia en todo su esplendor. Es inútil decir que todos estamos contentos del giro que ha tomado la investigación.

—Contentos es poco decir, ¡por San Jorge! Más le hubiera valido a Archy quedarse con nosotros e instruirse mirando cómo procede Sherlock. Pero, en vez de hacerlo, ha perdido el tiempo registrando las malezas, y no ha visto nada.

—Opino como tú; pero, ¿qué quieres? Archy es joven. Ya llegará, más adelante, a tener más experiencia.

—Decid, ¿quién, según vosotros, ha dado el golpe?

La pregunta era embarazosa; provocaba una serie de suposiciones más o menos plausibles. Designóse a varios individuos considerados como capaces de cometer aquel acto, pero fueron eliminados uno a uno. Nadie, excepto el joven Hillyer, había vivido en la intimidad de Flint Buckner; nadie en realidad había disputado con él; había tenido, sí, diferencias con los que trataban de corregirle el carácter; pero nunca habían degenerado en riñas que pudieran acarrear una efusión de sangre. Un nombre estaba en todos los labios desde el principio de la conversación, pero no fue pronunciado sino en último resorte: era el de Fellock Jones; Pat Riley lo lanzó.

—¡Ah, sí!—dijeron los demás.—Claro está que todos habíamos ya pensado en él, porque tenía un millón de razones para matar a Flint Buckner; hasta añadido que constituía un deber para él; pero, bien considerado todo, dos cosas nos sorprenden: en primer lugar, no había de heredar el terreno; en segundo, que estaba lejos del lugar en donde se produjo la explosión.

—Perfectamente—dijo Pat.—Estaba en el billar en el momento de la explosión. Estaba allí incluso desde hacía una hora.

—Es una suerte para él; de otro modo, se le hubiera inmediatamente sospechado.

III

Habían quitado todos los muebles del comedor en la hospedería, a excepción de una larga mesa de pino y una silla. Habíase puesto la mesa en un extremo y colocado la silla misma.

Sherlock Holmes estaba sentado en aquella silla, con aire grave, imponente y casi impresionante. El público estaba en pie y llenaba la sala. El humo del tabaco oscurecía el aire, y la concurrencia guardaba un religioso silencio.

Sherlock Holmes levantó la mano para concentrar en él la atención del público; después, en términos breves, cortados, formuló una serie de preguntas, subrayando las respuestas con «hums» significativos y movimientos de cabeza; su interrogatorio fue muy minucioso, y recayó sobre cuanto concernía a Flint Buckner: su carácter, su conducta, sus costumbres y la opinión que de él tenían las gentes. Pronto comprendió que su propio sobrino era el único en el campamento que hubiera podido cobrar a Flint Buckner un odio mortal. Holmes acogió estos testimonios con una sonrisa de piedad, y preguntó en tono indiferente:

—¿Hay alguno de ustedes, señores, que pueda decir dónde se encontraba su compañero Fellock Jones en el momento de la explosión?

Todos respondieron a coro:

—Aquí mismo.

—¿Desde cuándo estaba aquí?—preguntó Holmes.

—Desde cosa de una hora.

—Bien, cosa de una hora. ¿Qué distancia hay desde este lugar al teatro de la explosión?

—Una buena legua.

—Es una coartada, cierto es, pero mediana.

Una inmensa carcajada acogió esta reflexión. Todos se pusieron a gritar: ¡Buena salida! Debes sentir ahora, Sandy, lo que acabas de decir.

El testigo, confuso, bajó la cabeza, enrojeciendo, y pareció consternado del resultado de su declaración.

—Una vez examinada la conexión algo dudosa entre el llamado Jones y este asunto (risas)—siguió Holmes,—llamemos ahora a los testigos oculares de la tragedia e interroguémosles.

Exhibió sus fragmentos reveladores y los alineó en un car-

tón puesto sobre sus rodillas. Toda la sala contenía la respiración y escuchaba.

—Poseemos la longitud y la latitud con la corrección de las variaciones magnéticas, y conocemos también el lugar exacto del drama. Tenemos la altura, la temperatura y el estado higrométrico del lugar; estos datos son para nosotros preciosísimos, puesto que nos permiten apreciar con precisión el grado de la influencia que estas condiciones especiales han podido ejercer sobre el humor y la disposición de espíritu del asesino en aquella hora de la noche. (Rumor de admiración, reflexiones murmuradas. ¡Por San Jorge, qué profundidad de espíritu!)

Holmes tomó entre sus dedos las piezas de convicción.

—Y ahora, pidamos a estos testigos que nos digan lo que sepan:

He aquí un saco de tela vacío. ¿Qué nos revela? Que el móvil del crimen ha sido el robo y no la venganza. ¿Qué indica también? Que el asesino era de mediana inteligencia o, si lo preferís, de un espíritu ligero y poco reflexivo. ¿Cómo lo sabemos? Porque una persona verdaderamente inteligente no se hubiera entretenido en volar a Buckner, un hombre que no llevaba nunca mucho dinero encima. Pero el asesino hubiera podido ser un extranjero. Dejad que vuelva a hablar el saco. Tomo de él este objeto: es un trozo de cuarzo argentífero. Es singular. Examinadle, os lo ruego, uno por uno.

Ahora hacedme el favor de devolvérmelo.

No hay en este distrito más que un sólo filón que produzca cuarzo exactamente de esta especie y de este color. Este filón se extiende en unas dos millas de longitud y está llamado, según opino, a conferir a este lugar en un tiempo muy próximo una celebridad que dará la vuelta al mundo; los doscientos propietarios que se reparten su explotación, adquirirán riquezas que sobrepasen todos los sueños de la avaricia. Hacedme el favor de designarme este filón por su nombre.

—La ciencia cristiana consolidada y Mary-Ann—le contestará sin vacilar.

Al punto repercutió una salva frenética de *hurrahs*; cada cual tomó el fragmento de manos de su vecino, y lo estrechó con lágrimas de enternecimiento en los ojos; Well-Fargo y Ferguson exclamaron:

—El «Flush» está sobre el filón, y la cotización sube a ciento cincuenta dólares el pie. ¿Oís?

Cuando volvió la calma, Holmes continuó:

—Vemos, pues, que hay tres hechos claramente probados, a saber: que el asesino era de un espíritu ligero, que no era extranjero; que su móvil era el robo y no la venganza. Continuemos. Tengo en mi mano un pedacito de mecha que conserva todavía el reciente olor a quemado. ¿Qué prueba? Si relaciono este pedacito de mecha con la evidencia del cuarzo, deduzco que el asesino es un minero. Digo más, señores: afirmo que el asesinato se ha cometido recurriendo a la explosión. Creo poder aventurar que la máquina explosiva fue puesta en el lado de la cabaña que bordea el camino aproximadamente en medio, porque la he encontrado a seis pies de ese punto.

Tengo entre mis manos una cerilla sueca, como las que se encienden en las cajas de seguridad. La he hallado en el camino, a seiscientos veintidós pies de la cabaña destruída; ¿qué prueba? Que la mecha se prendió en ese mismo lugar. Añado que el asesino era zurdo. Vais a preguntarme en qué me fundo. Imposible me sería explicároslo, señores, porque estos indicios son tan sutiles, que solamente una larga experiencia y un estudio profundo pueden llegar a hacer que se perciban. Pero los hechos están ahí; se hallan además robustecidos por un hecho que habéis debido observar a menudo en los grandes relatos policíacos: es que todos los asesinos son zurdos.

—A fe que es verdad—dijo Ham Sandwich, golpeándose ruidosamente el muslo con su manaza;—que me aspen si me había fijado antes.

—Ni yo tampoco—exclamaron los otros;—decididamente nada se puede escapar a esa mirada de águila.

—Señores, a pesar de la distancia que separaba al asesino

de la víctima, el primero no ha resultado enteramente sano y salvo. Este pedazo de madera que os presento ahora ha alcanzado al asesino, arañándole hasta producirle sangre. Lleva seguramente en su cuerpo la señal reveladora del golpe que ha recibido. Lo he recogido en el sitio en que aquél debía de estar cuando encendió la mecha fatal.

Miró al auditorio desde lo alto de su asiento, y su actitud se ensombreció inmediatamente: alzando lentamente la mano, designó con el dedo a un asistente diciendo:

—¡He ahí el asesino!

Ante esta revelación, la concurrencia quedó estupefacta; luego más de veinte voces se alzaron gritando a la vez:

—¿Sammy Hillger? ¡Ah, no! ¿El? Eso es una locura.

—Fijaos, señores, no os arrebatéis; miradle: lleva en la frente la señal de la sangre.

Hillger se puso lívido de miedo. Pronto a estallar en sollozos, se volvió a la concurrencia, buscando en cada cara ayuda y simpatías; tendió sus manos suplicantes a Holmes, e imploró su piedad diciendo:

—Escúcheme, ¡oh!, escúcheme; no soy yo, le doy mi palabra de honor. Esta herida que tengo en la frente procede de...

—Préndale, agente de policía—gritó Holmes.—Se lo ordeno formalmente.

El agente avanzó a su pesar, vaciló y se detuvo.

Hillger requirió una nueva ayuda.

—¡Oh, Archy! No los dejes hacer; mi madre se moriría. Tú sabes de qué procede esta herida. Díselo y sálvame, Archy, sálvame.

Stillman se abrió paso entre la multitud, y dijo:

—Sí, te salvaré. No tengas cuidado.

Y añadió dirigiéndose a los demás:

—No deis ninguna importancia a esa cicatriz, que no tiene nada que ver con el asunto que nos ocupa.

—Dios te bendiga, Archy, mi querido amigo.

—¡Hurrah por Archy, compañeros!—gritó la asamblea.

E. M.—*Febrero 1913.*

Todos anhelaban ver exculpado a su compatriota Sammy; este leal sentimiento era, por lo demás, muy excusable en sus corazones.

El joven Stillmann esperó a que se hubiese restablecido el silencio; luego continuó:

—Rogaré a Tom Jeffries que se ponga en esa puerta y al agente Harris que permanezca en la otra de enfrente; no dejarán salir a nadie.

Se hizo así.

—El criminal se encuentra entre nosotros, estoy persuadido de ello. Os lo probaré antes de poco, si, como creo, son exactas mis conjeturas. Ahora, dejadme describiros el drama desde el principio hasta el fin:

—El móvil no ha sido el robo, sino la venganza; el asesino no es un espíritu ligero. No estaba a seiscientos veintidós pies. No ha sido alcanzado por una astilla. No ha puesto el explosivo contra la cabaña. No ha llevado un saco. Afirmo incluso que no es zurdo. Aparte esto, el informe de nuestro distinguido huésped sobre el asunto es perfectamente exacto.

Una risa de satisfacción corrió por la asamblea; cada cual hacía signos con la cabeza, y parecía decir a su vecino: «He aquí el cogollo de la historia; Archy Stillmann es un buen muchacho, un buen compañero. No ha arriado el pabellón ante Sherlock Holmes.» La serenidad de este último no parecía en modo alguno perturbada. Stillman continuó:

—Yo también tengo testigos oculares, y en seguida os diré dónde podéis encontrar otros.

Exhibió un trozo de alambre grueso. La multitud tendió el cuello para ver.

—Está recubierto de una capa de sebo fundido. Y aquí hay una vela que ha ardido hasta la mitad. La otra mitad lleva señales de incisión en una longitud de tres centímetros. Dentro de un instante os diré en dónde he encontrado estos objetos. Por el momento, dejaré a un lado los razonamientos, los argumentos, las conjeturas, en una palabra, todo el tin-

glado que constituye el bagaje del policía, y os diré, en términos sencillísimos y sin rodeos, cómo ha ocurrido este lamentable acontecimiento.

Hizo una pausa para juzgar del efecto producido y para permitir que la concurrencia concentrase en él toda su atención.

—Al asesino—siguió diciendo—le ha costado mucho trabajo concebir su plan, que estaba bien entendido y era muy ingenioso; denota una inteligencia verdadera y nada de espíritu débil. Es un plan perfectamente combinado para apartar toda sospecha de su autor. Empezó por señalar puntos en una vela de tres en tres centímetros, y la encendió, anotando el tiempo que tardaba en arder. Halló así que se necesitaban tres horas para arder doce centímetros. Yo mismo lo he probado allí arriba durante media hora, mientras que el Sr. Holmes procedía a la información sobre el carácter y las costumbres de Flint Buckner. He podido, pues, apreciar el tiempo que tarda una vela en consumirse cuando está al amparo del viento. Después de su experimento, el asesino apagó la vela, ya creo habéroslo dicho, y preparó otra.

Puso esta última en una palmatoria de hojadelata. Después, en la división correspondiente a la quinta hora, hizo un agujero con un alambre al rojo. Ya os he mostrado ese alambre revestido de una delgada capa de sebo; este sebo procede de la fusión de la vela.

Con trabajo, con gran trabajo, trepó por las malezas que cubren el talud situado a espaldas de la casa de Flint Buckner; llevaba arrastras un barril vacío que había contenido harina. Le ocultó en aquel lugar perfectamente seguro, y puso la palmatoria en el interior. Después midió unos treinta y cinco pies de mecha, que es la distancia del barril a la cabaña. Practicó un agujero en el barril, y aquí tenéis hasta la barrena de que se sirvió para ello. Terminó su preparación macabra, y cuando todo estuvo dispuesto, un extremo de la mecha llegaba a la cabaña de Buckner, el otro cabo, que tenía una cavidad

destinada a recibir la pólvora, estaba colocado en el agujero de la vela; la disposición de este agujero estaba calculada de manera que hiciera volar la cabaña a la una de la mañana, admitiendo que la vela se encendiera a las ocho de ayer noche, y que un explosivo unido a este cabo de la mecha fuese depositado en la cabaña. Aunque no pueda probarlo, apuesto a que así se realizó todo.

El barril está en el talud, el resto de la vela se ha encontrado en la palmatoria; la mecha quemada, la hemos reconocido en el agujero abierto con la barrena; el otro cabo está en el lugar de la cabaña destruída. He encontrado todos estos objetos hace apenas una hora, mientras que el maestro Sherlock Holmes se entregaba a cálculos más o menos fantásticos, y coleccionaba reliquias que nada tenían que ver con el asunto.

Calló. El auditorio lo aprovechó para respirar y descansar sus nervios fatigados por una atención sostenida.

—¡Qué diablo!—dijo Hom Sandwich, echándose a reír.— Por eso se paseaba solo por los matorrales, en vez de tomar puntos y temperaturas con el profesor. Os digo, compañeros, que Archy no es un imbécil.

—¡Ah, no! Ciertamente...

Pero Stillmann continuó:

—Mientras que estábamos allí, hace una hora o dos, el propietario de la barrena y de la vela de prueba, las quitó del sitio en que primeramente las puso, por no parecerle bueno el escondite; las llevó a otro lugar que le parecía mejor, a doscientos metros en el pinar, y los tapó con agujas de pino. Allí las he encontrado. La barrena es justamente del tamaño del agujero del barril. En cuanto a la...

Holmes le interrumpió, diciendo con cierta ironía:

—Acabamos de oír un bonito cuento de hadas, señores, ciertamente muy bonito; pero quisiera hacer una o dos preguntas a este joven.

La concurrencia pareció impresionada.

Ferguson murmuró:

—Temo que Archy quede derrotado esta vez.

Los otros no reían ya, y parecían ansiosos. Holmes tomó la palabra a su vez:

—Penetremos en este cuento de hadas con paso seguro y metódico, con progresión geométrica, si puedo expresarme así; enlacemos los detalles y subamos al asalto de esa ciudadela de error (pobre juguete de relumbrón), sosteniendo un impulso firme, vivo y resuelto. No encontramos ante nosotros sino la lucubración fantástica de una imaginación apenas formada. Para empezar, joven, deseo no haceros más que tres preguntas. Si he comprendido bien, esa vela, según usted, se encendió anoche a eso de las ocho.

—Sí, señor; a esa hora.

—¿Puede usted decirme a las ocho en punto?

—Eso, no; no puedo precisar tanto.

—¡Hum! Luego si una persona hubiera pasado por allí a las ocho, hubiese infaliblemente encontrado al asesino. ¿Qué le parece a usted?

—Supongo que sí.

—Gracias. Por el momento, me basta con esto; sí, es todo lo que pido por ahora.

—¡Diantre! Da de firme sobre Archy—observó Ferguson.

—Así es—dijo Ham Sandwich.—Esta discusión no promete cosa que valga.

Stillman añadió, mirando a Holmes:

—Yo mismo estaba por allí a las ocho y media, o más bien cerca de las nueve.

—¿De veras? Eso es interesante; muy interesante. Tal vez encontró usted al asesino.

—No, no encontré a nadie.

—¡Ah! Entonces, perdóneme que le haga observar que no veo bien el valor de su dato.

—No tiene ninguno por ahora. Digo, nótele usted bien, por ahora.—Y Stillman añadió:—No encontré al asesino, pero estoy sobre su rastro, respondo de ello; hasta creo que se

encuentra en esta habitación. Os ruego a todos que paséis uno a uno ante mí, aquí, a la luz para que os pueda ver los pies.

Un murmullo de agitación recorrió la sala y empezó el desfile.

Sherlock miraba con el firme deseo de conservar la seriedad. Stillmann se agachó, se tapó la frente con la mano y examinó atentamente cada par de pies que pasaba. Cincuenta hombres desfilaron lentamente sin resultado. Sesenta, setenta. La ceremonia empezaba a ser ridícula, y Holmes observó con dulce ironía:

—Los asesinos escasean esta noche.

La sala comprendió la sorna y lanzó una carcajada. Otros diez o doce candidatos pasaron o más bien [desfilaron danzando trenzados cómicos que excitaron la hilaridad de los espectadores.

De repente, Stillmann alargó el brazo y exclamó:

—¡He aquí el asesino!

—¡Fetlock Jones!—surgió la multitud, acompañando la explosión de asombro con observaciones y gritos confusos que denotaban bien el estado de alma del auditorio.

En lo más fuerte del tumulto, Holmes extendió el brazo para imponer silencio. La autoridad de su gran nombre y el prestigio de su personalidad electrizaron a los asistentes, que obedecieron en el acto. Y en medio del completo silencio que siguió, Sherlock tomó la palabra, diciendo con unción:

—Esto es demasiado grave. Se trata de la vida de un inocente, de un hombre cuya conducta desafía toda sospecha. Escuchadme, voy a daros la prueba completa y reducir al silencio esa acusación tan falsa como culpable. Amigos míos, ese muchacho no se apartó de mí en toda la tarde de ayer.

Estas palabras causaron una profunda impresión en el auditorio; todos se dirigieron a Stillmann con miradas inquisidoras.

Este, con aire radiante, se contentó con responder:

—¡Bien sabía yo que había otro asesino!

Y diciendo esto, se acercó prontamente a la mesa y examinó los pies de Holmes; luego, mirándole fijamente le dijo:

—Estaba usted con él. Se encontraba usted apenas a cincuenta pasos de él cuando encendió la vela que prendió fuego a la mecha (sensación). Y, lo que es más, usted mismo proporcionó las cerillas.

Esta revelación dejó estupefacto a Holmes; el público pudo advertirlo, porque cuando abrió la boca para hablar, apenas pudo pronunciar estas palabras entrecortadas:

—Esto... ¡ah!... Pero es una locura... Es...

Stillmann sintió que ganaba terreno y adquirió confianza. Enseñó una cerilla quemada.

—Aquí hay una, la encontré en el barril; mirad, aquí hay otra.

Holmes recobró inmediatamente el uso de la palabra.

—Sí. Usted mismo las ha puesto.

La respuesta estaba bien hallada todos lo reconocieron, pero Stillmann replicó:

—Son cerillas de cera, un artículo desconocido en este campamento. Estoy pronto a dejarme registrar a ver si se me encuentra la caja.

Sherlock permanecía estupefacto. Todos lo veían. Movié los dedos; una o dos veces se entreabrieron sus labios, pero las palabras no salían. La concurrencia no podía más y quería a toda costa ver el desenlace de aquella situación. Stillmann dijo sencillamente:

—Esperamos su decisión, señor Holmes.

Tras un silencio de unos minutos, Sherlock contestó en voz baja:

—Prohibo que me registren.

No hubo ninguna demostración ruidosa, pero en la sala cada cual dijo a su vecino:

—Esta vez la cuestión está resuelta. Holmes está vencido por Archy.

¿Qué hacer ahora? Nadie parecía saberlo. La situación

era embarazosa, porque los acontecimientos habían tomado un giro tan inesperado y tan repentino, que los espíritus se habían dejado sorprender, y desvariaban como un reloj descompuesto. Pero, poco á poco, el mecanismo se restableció, y las conversaciones reanudaron su curso; formando grupos de dos ó tres, los hombres se reunieron y trataron de emitir su parecer en forma de proposiciones. La mayoría opinaba que se dirigiese al asesino un voto de gracias por haber desembarazado a la comunidad de Flint Buckner: esta acción bien merecía que se le dejase en libertad. Pero los más reflexivos protestaron, alegando que los cerebros mal equilibrados de los Estados del Este se escandalizarían y meterían un ruido espantoso si se absolvía al asesino.

Esta última consideración prevaleció y obtuvo la aprobación general.

Decidióse que Fletlock Jones sería preso y juzgado.

La cuestión parecía, pues resuelta, y las discusiones no tenían ya razón de ser. En el fondo, todos se alegraban de esto, porque todos en su fuero interno tenían ganas de salir y trasladarse a los lugares del drama para ver si el barril y los otros objetos estaban allí realmente. Pero un incidente imprevisto prolongó la sesión, y produjo nuevas sorpresas.

Fletlock Jones, que había llorado silenciosamente, inadvertido casi en medio de la excitación general y de las emocionantes escenas que se sucedían desde hacía un momento, salió de su estado cuando oyó hablar de su prisión y de su juicio; su desesperación estalló y exclamó:

—¡No! No vale la pena. No tengo necesidad de prisión ni de juicio, mi castigo es bastante duro ya; no aumentéis mi desgracia, mis sufrimientos. Colgadme y que se acabe todo. Mi crimen tenía que ser descubierto, era fatal; nada puede salvarme ahora. Él os lo ha contado todo, absolutamente como si hubiera estado conmigo, y me hubiera visto. ¿Cómo lo sabe? Es para mí un prodigio, pero encontraréis el barril y los otros objetos. La suerte está echada; no tengo ni una probabilidad de

salvación. Le maté, y vosotros hubierais hecho lo mismo en mi lugar, si, como a mí, os hubiesen tratado como a un perro; no olvidéis que yo era un pobre muchacho débil, sin amparo, sin un amigo para defenderme.

-Y lo ha merecido en grande—exclamó Ham Sandwich.

Voces.—Escuchad compañeros.

El agente de policía.—¡Orden, orden, señores!

Una voz.—¿Sabía tu tío lo que hacías?

—No, no sabía nada.

—¿Estás seguro de que te dió los fósforos?

—Sí, pero no sabía el uso que yo iba a hacer de ellos.

—Cuando te ocupabas en preparar el golpe, ¿cómo te atreviste a llevarle contigo, a él, un policía? Es inexplicable.

El joven vaciló, dió vueltas a los botones de su blusa con aire perplejo, y contesto tímidamente:

—Conozco a los policías, porque los tengo en mi familia, y sé que el medio más seguro de ocultarles un delito, es tenerles junto a uno en el momento psicológico.

La explosión de risas que acogió esta confesión ingenua no hizo más que aumentar el azoramiento del pobre acusado.

IV

Fletoek Jones ha sido encerrado bajo cerrojo en una habitación desocupada, en espera del juicio. El agente Harris le ha dado su ración para dos días, recomendándole que no haga ascos al alimento; le ha prometido volver pronto para renovarle las provisiones.

Al día siguiente por la mañana fuimos unos cuantos con nuestro amigo Hillger, para ayudarle a enterrar a su pariente difunto y poco sentido, Flint Buckner; yo desempeñaba las funciones de primer oficiante y llevaba los cordones del paño mortuorio; Hillger presidía el cortejo. Cuando terminábamos nuestra triste tarea, un extranjero harapiento, con aire extraviado, pasó junto a nosotros; llevaba en la mano una maleta

vieja; iba con la cabeza baja y cojeaba. En el mismo instante percibí el olor en cuya busca había recorrido la mitad del globo. Para mi esperanza desfalleciente, era un perfume paradisiaco.

En un segundo me acerqué á él y le puse suavemente una mano en el hombro. Se desplomó en el suelo como si acabara de herirle el rayo en su camino. Cuando mis compañeros llegaron corriendo, hizo grandes esfuerzos para ponerse de rodillas, alzó hacia mí sus manos suplicantes, y con labios temblorosos me pidió que no le persiguiera más.

—Me ha perseguido usted por todo el universo, Sherlock Holmes, y, sin embargo, Dios me es testigo de que nunca he hecho daño a nadie.

Al ver sus ojos extraviados, era fácil comprender que estaba loco. ¡He aquí mi obra, madre! Solamente la noticia de la muerte de usted podrá un día renovar la tristeza que experimenté en aquel momento; será mi segunda emoción.

Los muchachos levantaron al viejo, y le colmaron de atenciones y cuidados; prodigáronle las palabras más tiernas y trataron de consolarle, diciéndole que no tuviera ya miedo, que estaba entre amigos, que le cuidarían, le protegerían y ahorcarían al primero que le pusiera la mano encima.

Son como los demás hombres, estos rudos mineros, cuando se reanima el calor de su corazón; podría creérseles niños descuidados e irreflexivos, hasta el momento en que alguien hace vibrar las fibras de su corazón. Ensayaron todos los medios de reconfortarle, pero todo fracasó, hasta el momento en que el hábil estratega, que es Well-Fargo, tomó la palabra y dijo:

—Si es únicamente Sherlock Holmes el que le inquieta, es inútil que se preocupe usted más.

—¿Por qué?—preguntó vivamente el desgraciado loco.

—Porque ha muerto.

—¿Muerto, muerto? ¡Oh! No bromea usted con un pobre náufrago como yo. ¿Ha muerto? ¿Me dais todos vuestra palabra de que dice la verdad?

—Tan cierto como que está usted ahí—dijo Ham Sandwich; y los demás sostuvieron la afirmación de sus compañeros como un solo hombre.

—Le ahorcaron en San Bernardino la semana última—añadió Ferguson,—mientras que estaba en busca de usted. Se equivocaron y le tomaron por otro. Lo sienten, pero no pueden ya remediarlo.

—Le van a elevar un monumento—apuntó Ham Sandwich con el tono del que ha contribuído a la suscripción y está bien informado.

James Walker lanzó un gran suspiro, evidentemente un suspiro de alivio; no dijo nada, pero sus ojos perdieron la expresión de espanto; su actitud pareció más tranquila, y sus facciones dejaron de contraerse.

Volvimos todos a nuestras viviendas, y los jóvenes le prepararon la mejor comida que podían proporcionar nuestras provisiones; mientras que cocinaban, Hillger y yo le vestimos de pies a cabeza; nuestras prendas nuevas le daban un aspecto de viejecito cuidadoso y respetable. «Viejo» es la verdadera palabra, porque lo parecía con su abatimiento, la blancura de su cabeza y los estragos que las penas habían hecho en su cara; y, sin embargo, estaba en la fuerza de la edad. Mientras que él comía, fumábamos y hablábamos; cuando concluyó, encontró por fin el uso de la palabra y, voluntariamente, nos contó su historia. No pretendo reproducir sus propios términos, pero lo procuraré todo lo posible en mi relato.

Historia de un inocente.

«He aquí lo que me sucedió:

• Yo estaba en Denver, en donde vivía desde hacía mucho tiempo; a veces me acuerdo del número de estos años, otras los olvido; pero poco importa. Un día me significaron que me marchase, bajo pena de ser acusado de un horrible delito cometido hacía mucho tiempo en el Este. Yo conocía aquel deli-

to, pero no lo había cometido; el culpable era un primo mío, que llevaba el mismo nombre que yo.

»¿Qué hacer? No lo sabía. Me daban muy poco tiempo, veinticuatro horas, creo. Estaba perdido, si se llegaba a conocer mi nombre. La población me hubiera linchado sin admitir explicaciones. Esto es siempre lo que ocurre con los linchamientos; cuando se descubre la equivocación, se lamenta, pero es demasiado tarde... (Ya sabéis que lo mismo le ha sucedido a Holmes.) Entonces, resolví venderlo todo, hacer dinero de todo, y huir hasta que hubiera pasado la tempestad; más adelante volvería con la prueba de mi inocencia. Salí, pues de noche, y me marché muy lejos, a la montaña, en donde viví disfrazado bajo un falso nombre.

»Cada vez me encontraba más inquieto y ansioso; en mi turbación veía espíritus, oía voces y me era imposible razonar cuerdamente sobre el menor asunto; mis ideas se oscurecieron de tal manera, que hube de renunciar a pensar, por lo que me dolía la cabeza. Este estado no hizo más que empeorar. Siempre voces, siempre espíritus que me rodeaban. Al principio, no me perseguían sino de noche, pronto fue también de día. Murmuraban a mi oído alrededor de mi cama, y maquinaban contra mí; ya no podía dormir y me sentía rendido de cansancio.

»Una noche, las voces me dijeron al oído: «Jamás lograremos nuestro fin, porque no podemos ni verte, ni, por consiguiente, designarte al público.»

»Suspiraron; después dijo uno: «Es preciso que traigamos a Sherlock Holmes; puede estar aquí dentro de doce días.» Aprobaron, cuchichearon entre sí, y saltaron de alegría.

»Mi corazón latía a punto de romperse, porque yo había leído relaciones sobre Holmes, y presentía la caza que iba a darme aquel hombre con su tenacidad sobrehumana y su actividad infatigable.

»Los espíritus marcharon a buscarle; me levanté en medio de la noche y huí, sin llevarme más que la maleta que conte-

nía mi dinero: treinta mil dólares. Las dos terceras partes están todavía en mi maleta. Necesitó cuarenta días aquel demonio para encontrar mis huellas. Le escapé. Por costumbre, había empezado por inscribir su verdadero nombre en el registro del hotel, luego lo había borrado para poner en su lugar el de «Dagget Barclay». Pero el miedo le hace a uno perspicaz. Habiendo leído el verdadero nombre, a pesar de los borrones, escapé como un ciervo.

»Desde hace tres años y medio, me persigue por los Estados del Pacífico, por Australia y las Indias, por todos los países imaginables, de Méjico a California, dándome apenas tiempo de descansar; felizmente, el nombre de los registros me ha guiado siempre, y he podido salvar mi pobre persona.

»Estoy muerto de fatiga. Me ha hecho pasar un tiempo bien cruel, y sin embargo, os lo juro, yo no he hecho nunca daño ni a él ni a ninguno de los suyos.»

Así terminó el relato de esta lamentable historia que trastornó a todos los jóvenes; en cuanto a mí, cada una de aquellas palabras me quemó el corazón como un hierro candente. Decidimos adoptar al viejo, que sería mi huésped y el de Hillger. Mi resolución está bien decidida ahora; le instalaré en Denver y le rehabilitaré.

Mis compañeros le dieron el vigoroso apretón de manos de los mineros, y se dispersaron para propagar la noticia.

Al amanecer del día siguiente, Wen-Fargo, Ferguson y Ham Sandwich nos llamaron en voz baja, y nos dijeron confidencialmente:

—La noticia de los malos tratos sufridos por ese extranjero ha corrido por los alrededores, y todos los campamentos mineros se sublevan. Llegan en masa de todas partes, y van a lynchar al profesor. El agente Harry tiene un pánico formidable, y ha telefoneado al sheriff.

—¡Vamos, venid!

Fuimos corriendo. Los demás podían interpretar la aventura como quisieran. Pero en mi fuero interno, deseaba yo vi-

vamente que el sheriff pudiese llegar a tiempo, porque no tenía ninguna gana de asistir con sangre fría a la ejecución de Sherlock Holmes. Había oído hablar mucho del sheriff; pero experimenté, no obstante, la necesidad de preguntarme: «¿Será verdaderamente capaz de contener a la muchedumbre?»

—¿Contener a la muchedumbre? ¿El, Jack Fairfak, contener a la muchedumbre? Te olvidas de que ese energúmeno tiene diez y nueve escalpelos a su cuenta, sí, diez y nueve.

Al acercarnos oímos claramente gritos, gemidos, rugidos que se acentuaron a medida que avanzábamos; los gritos redoblaban cada vez más, y cuando llegamos a la multitud amontonada en la plaza, a la puerta de la taberna, el ruido nos ensordeció por completo.

Varios mocetones de «Dalys Gorge» se habían apoderado brutalmente de Holmes, quien, sin embargo, afectaba una calma imperturbable.

Una sonrisa de desprecio se dibujaba en sus labios, y, aun admitiendo que su corazón de bretón hubiera podido conocer por un instante el miedo de la muerte, su energía de hierro se había prontamente sobrepuesto, y dominaba a todo otro sentimiento.

—Venid pronto a votar, vosotros—gritó Shabelly Higgins, un compañero de la banda de Daly;—tenéis la elección entre ahorcado o fusilado.

—Ni una cosa ni otra—rugió uno de sus compañeros.—Resucitaría la semana próxima. La hoguera, ese es el único medio de que no vuelva.

Los mineros, en todos los grupos, contestaron con una tempestad de aplausos, y se dirigieron en masa al prisionero; rodeáronle gritando: «¡A la hoguera, a la hoguera!» Luego le llevaron a un poste, le encadenaron en él, y le rodearon hasta la cintura de leña y piñas. En medio de estos preparativos, su rostro enérgico no hacía la menor contracción, y la misma sonrisa desdeñosa seguía esbozada en sus labios finos.

—¡Una cerilla! Traed una cerilla.

Schadbelly la encendió, protegió la llama con su mano, se agachó y prendió las piñas. Me pareció oír un ruido lejano de galope de caballo. El ruido se acercaba y se hacía cada vez más claro; pero la multitud absorta parecía no oír nada.

El fósforo se apagó. El hombre encendió otro, se agachó y volvió a brotar la llama. Esta vez corrió rápidamente por las astillas. Algunos de los presentes volvieron la cabeza. El verdugo tenía en la mano el fósforo apagado y vigilaba la marcha del fuego. En aquel instante, un caballo desembocó a pleno galope por la esquina de las rocas en nuestra dirección.

Se oyó un grito:

—¡El sheriff!

A través de la multitud, el jinete se abrió un paso hasta la hoguera; al llegar allí, paró su caballo en seco, y gritó:

—¡Atrás, colección de canallas!

Todos obedecieron, excepto el jefe, que se plantó resueltamente y empuñó el revólver. El sheriff cayó sobre él, gritando:

—¿Me oyes, bandido? Apaga el fuego y quita las cadenas al prisionero.

Concluyó por obedecer. El sheriff tomó la palabra, poniendo a su caballo en actitud marcial; no se arrebató y habló sin vehemencia, en tono mesurado y preciso, bien adecuados para no infundirles ningún temor.

—¡Bonita cosa hacéis! Sois dignos de igualaros a ese tunante de Shadbelly Higgins, ese infame... reptil que ataca a las gentes por la espalda y se cree un héroe. Lo que yo desprecio sobre todas las cosas es una muchedumbre que se entrega al lynchamiento. Nunca he encontrado en ella un hombre de carácter. Es preciso eliminar ciento antes de encontrar uno que tenga suficiente corazón para atreverse a atacar solo a un hombre, por débil que sea. La muchedumbre no es sino un montón de mandrias, y de cien veces, noventa y nueve el mismo sheriff es el rey de los cobardes.

Calló, evidentemente, para saborear estas últimas palabras y juzgar del efecto producido; luego añadió:

—El sheriff que abandona un prisionero al furor ciego de la muchedumbre, es el último de los cobardes. Las estadísticas demuestran que hubo ciento ochenta y dos sheriffs, el año último, que cobraron honorarios injustamente ganados. Por el camino que van las cosas, se verá pronto figurar una nueva enfermedad en los libros de Medicina. con el nombre de «mal de los sheriffs». Las gentes preguntarán: «¿Continúa enfermo el sheriff?» Sí, sufre siempre la misma enfermedad incurable. No se dirá ya: «Fulano ha ido a buscar al sheriff de Rapalso», sino: Fulano ha ido a buscar al «mandria» de Rapalso. ¡Dios mío! ¡qué cobarde hay que ser para tener miedo de una multitud que va a linchar a un hombre!

Miró al prisionero de reojo, y le preguntó:

—¿Quién es usted y qué ha hecho?

—Me llamo Sherlock Holmes; no tengo nada de qué censurarme.

Este nombre produjo en el sheriff una impresión prodigiosa. Volvió a arengar a la multitud, diciendo que era una vergüenza para el país ultrajar tan ignominiosamente a un hombre, cuyas hazañas eran conocidas del mundo entero por su carácter maravilloso, y cuyas aventuras se habían granjeado las simpatías de todos los lectores por el encanto y el atractivo de su exposición literaria. Presentó a Holmes las excusas de toda la nación, le saludo muy cortésmente y ordenó al agente Harris que le llevase a su casa, significándole que le haría personalmente responsable si Holmes era de nuevo maltratado. Volviéndose en seguida a la multitud, exclamó:

—Volved a vuestras guaridas, alimañas.

Obedecieron; luego se dirigió a Shadbelly:

—Tú sígueme, quiero yo mismo saldar tu cuenta. No, guárdate ese juguete que te sirve de arma; el día que yo tenga miedo de sentirte detrás de mí con tu revolver, será tiempo para mí de ir a juntarme con los ciento ochenta y dos cobardes del año último.

Y diciendo esto, puso su caballo al paso, seguido por Shad-belly.

Al ir a nuestra cabaña a la hora de almorzar, supimos que Feltock Jones se había escapado. Nadie lo sintió en el fondo. Que su tío le persiga, si quiere; es cosa suya; todo el campamento se lava las manos en este asunto.

V

Vuelve el diario.

Diez días después.

«James Walker» va bien físicamente, y su cerebro está en vías de curación. Salgo con él para Denver mañana por la mañana.

A la noche siguiente.

Escribo a escape unas cuantas palabras desde una estación. Al despedirme esta mañana, Hillger me ha murmurado al oído: —No hables de esto a Walker sino cuando estés seguro de no perjudicarlo deteniendo los progresos de su restablecimiento. El delito al que alude ante nosotros fue efectivamente perpetrado, como dice él, por su primo.

La otra tarde hemos enterrado al verdadero culpable, al hombre más desdichado del siglo, a Flind Buckner. Su verdadero nombre era «Jacobó Fuller».

Así, pues, mi querida madre, mi misión ha terminado. Acabo de cumplir mi mandato. Sin sospecharlo, he conducido a su última morada al marido de usted, a mi padre. ¡Que descanse en paz!

MARCK TWAIN

FIN

BEATRIZ DE ARAGON, REINA DE HUNGRIA

(1457-1508)

IV

El año 1487 fue señalado por una victoria de Beatriz, que tuvo al fin la alegría de tener a su lado a su sobrino Hipólito como arzobispo de Esztergom y favorito del rey; pero sufrió al mismo tiempo la contrariedad de que se realizara por poderes el matrimonio del hijo natural de Matías, el príncipe Juan, con María Blanca Sforza, lo que debía tener por consecuencia interesar a una poderosa casa italiana en los derechos de Juan Corvino a la sucesión del trono.

Está claro que el rey no había accedido tan fácilmente a la atrevida petición de su mujer respecto al dón del arzobispado sino a título de indemnización por la resolución que había tomado en el asunto del matrimonio de Milán.

Pero fue concesión perdida; Beatriz no cejó, y continuó intrigando, lo mismo contra aquella boda que contra el reconocimiento del príncipe como heredero del trono; y lo que favorecía estas cábalas era que el rey aplazaba sin cesar la consumación del matrimonio, tal vez a causa de lo muy joven que era el príncipe Juan—no tenía más que catorce años,—y también por otras razones.

Durante el verano de 1487, Beatriz estuvo constantemente

apremiando a Matías para que abandonara este proyecto de matrimonio, y abogando por un antiguo proyecto de unión de Juan Corvino con la hija del príncipe Federico de Nápoles. Hacía espejear a los ojos de su marido la extravagante esperanza de que la princesita, cuya madre era pariente del rey de Francia, obtendría de éste como regalo de boda la libertad del príncipe Djem (1).

La boda se celebró en Milán el 25 de Noviembre (2); Juan Corvino estaba representado por el enviado favorito del rey, Juan Filipecz, obispo de Nagyvarad, que había ya recibido en Enero las credenciales para hacer un tratado con el duque de Milán y el duque de Bari, Ludovico Sforza, nombrado separadamente, así como para fijar el dote, recibirlo y dar recibo. No lo recibió, sin embargo, entonces, porque los prudentes milaneses esperaban a que se hubiese consumado el matrimonio (3).

Beatriz supo pronto la condición del matrimonio, porque cuando su hermana la informó del acontecimiento (4), no era ya nuevo para ella; su contestación no revela irritación alguna, y no hace a este respecto sino la enigmática observación siguiente: «Cuando venga la novia—quiera Dios que sea pronto,—me encontrará aquí, y podrá convencerse de que mi consejo era bueno y de que lo que yo he hecho ha sido con buena intención» (5).

Reinó calma en apariencia durante algún tiempo en lo relativo a este matrimonio; por lo menos Matías no tuvo, a lo que parece, nuevos motivos de queja; de otra parte, su ternura

(1) Informes de Jac. Trotti, emb. de Ferrara en Milán, del 30 de Agosto y 3 de Setiembre de 1487. Archivos de Estado de Módena. (Cart. d. Amb. Est. in Mil. B.^a 4 y 5.)

(2) Donati Bossii Candifrei, etc.: *Gestorum dictorumque memorabilium*, etc. Liber. 1492. (Mediol.)

(3) Véase, para el dote y los regalos de boda, el texto del contrato de boda en los *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 360.

(4) *Ibid*, pág. 371.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 422, fechada por error en 20 de Junio.

por su esposa no se desmintió nunca, y las relaciones entre los dos esposos continuaron ofreciendo un cuadro de paz y de concordia perfecta. El rey fué varias veces con su mujer a pasar temporadas con el niño primado de Esztergom, en donde los reyes eran festejados brillantemente.

Mientras tanto, las cortes de Ferrara y de Buda cambiaron una correspondencia activa respecto a las rentas del joven arzobispo; los administradores se acusaban recíprocamente; los empleados, mal retribuidos, se habían quejado a Ferrara (1), y Beatriz hubo al fin de justificarse de la sospecha de apropiarse las rentas de Hipólito, lo que le valió excusas y explicaciones de la corte de Ferrara (2).

Aparte estas cuestiones de dinero, la correspondencia de esta época está llena de elogios al arzobispito, y de la explosión de la gratitud de sus padres. Hipólito es «hermoso como una flor», escribe Beatriz.

Hasta le ha favorecido la ligera fiebre sufrida, porque ha crecido durante la enfermedad (3). Su madre le da a veces encargos para el rey y la reina, que cumple con mucha gentileza (4); tenía, por lo demás, bastantes ocasiones para ver a su tía, porque Beatriz, enferma a menudo por aquella época, mandaba venir a Hipólito para que la consolara en cuanto se sentía indispuesta; así fue como le hizo ir a Viena en la primavera de 1488; luego a Baden en el otoño del mismo año. Los reyes quieren ya proveer al porvenir del niño; preparan el camino a fin de hacer que obtenga un día el capelo cardenalicio por mediación del rey de Nápoles y de algunos de sus

(1) Carta de Gregorio de Pannonia a la duquesa Leonor, del 24 de Octubre de 1487. Archivos de Módena. (Arch. Duc. Secr. Casa.)

(2) Véanse las cartas, págs. 18, 20, 41, 404, 406 y 417 del tomo IV de los *Mon. Hung.* (D. E.).

(3) Cartas de Beatriz, Costabili, Beltrami e Hipólito en los *Mon. Hung.* (D. E.), tomo III, págs. 368, 378, 385 y 424, y tomo IV, págs. 105, 336 y 394.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 8.

amigos de Roma; pero Beatriz, en razón de la tirantez de las relaciones entre la Santa Sede y su esposo, de una parte, y el rey de Nápoles, de otra, se esfuerza en calmar la impaciencia de Ferrara, y recomienda a Hércules que obre con prudencia en este asunto (1).

No le bastaba a Beatriz un solo hijo adoptivo, y vuelve al antiguo proyecto de hacer que venga Fernando de Este, su otro sobrino, y Matías lo apoya con todas sus fuerzas. Las gestiones sobre este asunto duran sin interrupción desde la primavera de 1488 hasta la muerte del rey: no hay sino invitaciones y ruegos insistentes de parte de Beatriz, de Matías y de Hipólito; promesas alternando con excusas de parte de los padres. Como el proyecto había fracasado una primera vez, porque el príncipe heredero de Nápoles había llevado a Fernando a su corte, Beatriz explica a su hermano que Matías, que desearía atraerse por completo a ese niño y darle una perfecta educación militar, podría asegurarle mayores ventajas y un porvenir más brillante que sus padres de Nápoles (2).

Los duques, al ver a Beatriz inquebrantable en su proyecto, concluyeron por ceder muy agradecidos. Tratábase ya del acompañamiento del príncipe y de los detalles relativos al tren de casa que tendría en Hungría, cuando el viaje hubo de aplazarse bruscamente, hecho que se repitió varias veces. Convínose al fin que el duque enviaría a su hijo en la primavera de 1490 (3), pero en esta primavera ocurrió la muerte de Matías.

Beatriz, tan afecta a su familia, hubo de experimentar, en otoño de 1487, una viva satisfacción por el segundo matrimonio de su hermano Federico; este príncipe se casó el 18 de No-

(1) Carta de Beatriz a Hércules, del 13 de Enero de 1490. *Mon. Hung.* (D. E.) IV, pág. 127. Informe de Beltr. Costabili a Hércules del 3 del mismo mes y el mismo año. *Ibid*, págs. 410-418.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 412.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) III, págs. 102 y 107.

viembre con su prima Isabel del Balzo, que fue la prometida del hermano menor de aquél, Francisco, muerto prematuramente, y cuyo padre fue encarcelado por Fernando cuando la conjuración de los barones. Isabel no sospechaba, al dar su mano al hijo segundo del rey, que había de ser un día reina de Nápoles, la última de la dinastía de los Aragón (1). Apenas hubo contraído Federico estas segundas nupcias, cuando su hermano mayor, Alfonso, el príncipe heredero, quedó viudo de su espiritual esposa Hipólita Sforza, cuñada de Beatriz, muerta a la edad de cuarenta y dos años, en el verano de 1488. Al morir tenía un hijo ya adolescente, Ferrandino, príncipe de Capua, al que Beatriz hubiera querido casar con María Blanca Sforza, en vez de Juan Corvino, y una hija, crecida también, Isabel, prometida desde su infancia de Juan Galeas, duque de Milán. No se esperó a que terminase el año de luto para concluir el matrimonio entre la hija de la difunta reina y el duque de Milán. La encantadora Isabel salió de Nápoles a fines del mismo año, y a su cortejo se unió Fernando de Este, que volvía de Nápoles, y se disponía a ir a Hungría (2). Pero la fatalidad pareció pesar sobre este matrimonio consumado en año de duelo, porque «Isabel fue desgraciada como hija, esposa, princesa y madre» (3), y ninguna de las esperanzas puestas en esta unión se realizó.

Fuera de las alianzas de familia, otros asuntos solicitaban grandemente por entonces la atención de Beatriz, y sobre todo de Matías, en Italia.

La ciudad de Ancona veía desde hacía tiempo con mirada celosa la hegemonía de Venecia en el Adriático, y, descontenta, además, del gobierno papal aliado de Venecia, se puso, en la primavera de 1488, bajo la protección de Matías; negó la

(1) Passero, o. c. pág. 51. Notar Giacomo, o. c., pág. 152. Ben. Croce: *Isabella del Balzo, regina di Nap.*, págs. 3 y 4.

(2) *Antichità Estensi*, pág. 255.

(3) Litta, o. c., libro 15 y cuadro genealógico.

obediencia al Papa, su soberano, y enarboló el pabellón húngaro. El asunto terminó, sin embargo, con la renuncia de Matías a sus pretensiones sobre Ancona y su reconciliación con el Papa y hasta con Venecia. Durante esta querrela, Beatriz—con anuencia de Matías, ciertamente,—escribió varias cartas al Papa para calmar su cólera, explicarle las razones de su marido, suplicarle que hiciera la paz y ofrecerle su mediación (1). Estas cartas demuestran que Beatriz recibió también breves del Papa, y que el nuncio acudió más de una vez en audiencia y enviaba a Roma comunicaciones sobre lo que aquélla decía (2). La reina, que se daba el título de «la hija más obediente del Papa», se esforzaba por todos los medios en hacer que el Santo Padre entregase al príncipe Djem a Matías, quien, en este caso, se declara dispuesto a atender todas las demandas de la Curia, porque, teniendo a Djem en su poder, encontrará ayuda por todas partes, y «en tres años echará a los turcos de Constantinopla; Venecia no es capaz de esto; solamente el rey de Hungría está en condiciones de hacerlo, tanto por sus cualidades personales como por la situación de su reino, y quiere y puede hacer contra ellos una guerra victoriosa». Por esto es por lo que, «arrojándome a los pies de Vuestra Santidad—escribe ella,—os ruego que peséis bien lo que vais a decidir... Yo sé lo que digo, Santísimo Padre... Por amor de Dios, reflexionad, os ruego, entre las consecuencias posibles del asunto del príncipe turco, y que vuestra resolución se inspire en la sabiduría divina».

Sabido es que Djem no fue entregado nunca a Matías, ni tampoco a Venecia; lo que demuestra que el rey estaba más bien solamente celoso de la ciudad de las lagunas, es que algunos meses después declaró que nada tenía que hacer con el

(1) Cartas de Juan Vitez, obispo de Szerem de los años 1488 y 1490, en los archivos de Venecia. (Bolle y Atti della Curia Rom. B.^a VIII.) Carta del Papa, de 26 de Marzo de 1489, conservada en los dichos Archivos.

(2) Fraknoi: *Pecchinoli Aug.*, págs. 33, 53 y 74.

príncipe turco. Beatriz, por su parte, se alegró mucho de la amnistía concedida a los de Ancona, la cual puso fin a la querrela (1).

En general, Matías se encuentra, en los últimos años de su vida, visiblemente hastiado de guerras, y aspira a la paz. Esto se explica por el quebrantamiento de su salud, y también porque las querellas domésticas hubieron de paralizar una energía que empleó en adelante casi exclusivamente en asegurar la sucesión a su hijo. Por esta razón se inclina a la paz en los asuntos de Alemania, en donde se encuentra frente a Maximiliano, rey de Roma, personalidad mucho más simpática de lo que fue la de su padre, y en lo que Matías estaba perfectamente de acuerdo con Beatriz, a la que su parentesco impulsaba siempre a hacer la paz con los alemanes. En la primavera de 1486, la duquesa Leonor envía ya, con una carta de recomendación, a un familiar del emperador a Beatriz, para que trate con ella de la paz con Maximiliano, y dice en su carta que él es «partidario de una paz honrosa» (2). El rey de Nápoles escribe, el 7 de Agosto de 1487, a su embajador en Buda, que importa a la cristiandad que Matías y Federico hagan cuanto antes la paz; que influya, pues, en este sentido, de acuerdo con la reina, que será el más firme sostén de esta causa (3). A fines de Noviembre, Beatriz puede ya anunciar a Hércules que su marido desea avistarse con el duque de Sajonia para tratar de la paz (4), y en Enero siguiente (1488) le hace saber que se ha pactado una tregua (5).

Entonces empezó en la primavera un activo cambio de notas entre las dos cortes, porque Maximiliano había tomado con calor la idea de que su padre y Matías debían no sola-

(1) Fraknoi: o. c., págs. 74 y 85.

(2) Archivos de Estado de Módena, min. de lett. a Princ. Est. Ungh.

(3) Biblioteca Nacional de Nápoles, carta del 20 de Mayo. (Cod. manoser, XIX. A. 15. 1.186.)

(4) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 266.

(5) *Ibid.*, pág. 425.

mente hacer la paz, sino formar una sólida alianza, cuyo fin proyectaba una entrevista de los dos soberanos, y la reunión de un Congreso, en el que estarían también representadas las cortes italianas amigas (1). Matías, al renunciar a sus miras sobre la corona imperial, reconoció la elección de Maximiliano como rey de Roma, y mandó publicar el 18 de Junio, con gran solemnidad la prolongación de la tregua. En medio de estos acuerdos, Beatriz no perdía de vista los intereses de su familia; así recomendó por mujer a su cuñada la infanta Juana, que apenas contaba diez años, a Maximiliano, viudo desde hacía siete años, o al hijo de éste, Felipe; pero semejante proyecto fracasó más pronto todavía que los otros.

Matías se vió obligado, por su enfermedad, a confiar a Juan Filipecz, obispo de Nagyvarad, la dirección de las negociaciones que se celebraron en Linz en el otoño de 1489; pero los enviados de Maximiliano fueron en Diciembre a presentar sus homenajes a los reyes en Buda. En esta ocasión ofrecieron separadamente a la reina los «saludos de pariente y hasta de hermano» de Maximiliano, y la suplicaron que pusiera su influencia al servicio de una causa tan importante para la cristiandad (2), a lo que Beatriz contestó que anhelaba la paz y la alianza (3).

Ya hemos dicho que Beatriz estuvo frecuentemente enferma por estos años. Su reuma había empezado antes de la llegada de Hipólito, y parece que la enfermedad ofreció el carácter más agudo en el invierno de 1487 a 1488. Hipólito escribe en Noviembre de 1487 que la reina está curada—según se dice—y que trata de recobrar sus fuerzas. Leonor, a principios de Diciembre, la ruega que se cuide y le dé noticias de

(1) Correspondencia relativa a las misiones diplomáticas ferrarenses. *Mon. Hung.* (D. E.), tomo IV, págs. 90, 94, 106 y 398.

(2) Despachos de los embajadores de Ferrara: *Mon. Hung.* (D. E.) IV, páginas 390-393.

(3) Carta de Maximiliano, del 8 de Enero de 1490, citada antes. Archivos de Estado de Viena.

su salud. Beatriz contesta desde Viena que no va peor, pero tampoco mejor; que los médicos le afirman que su caso no es grave y que la buena estación la devolverá la salud. Sin embargo, se ve obligada a escribir a principios de Abril que no está todavía restablecida, por lo que sigue en Viena y conserva a su lado a Hipólito; su hermana hace votos por su restablecimiento y la anima; aprueba todo lo que pueda curarla (1). Estos estímulos contribuyeron, en parte, a la decisión que tomó en Setiembre de 1488, por consejo de su médico de Viena, a ir a los baños de Baden, cerca de Viena, localidad situada en un delicioso paraje, en donde tomó una quincena de baños, acompañada por Matías e Hipólito (2). Las aguas le probaron bien; su cuñado Hércules la felicita por su restablecimiento (3), y, desde entonces, ya no se vuelve a hablar del reuma. Sin embargo, desde su primera enfermedad, y probablemente también a causa del estado de salud de su esposo, que declinaba cada vez más, la reina viaja y cambia de lugar mucho menos. Ya no va de caza, y ésta es probablemente una de las causas por la que Beatriz empieza por este tiempo a engordar considerablemente, como lo muestran los retratos de la época.

También, en atención a este estado de salud, usa Matías de los mayores miramientos al rechazar los repetidos asaltos de Beatriz contra los proyectos de aquél, relativos a Juan Corvino. Matías no parece haberse enterado entonces de las intrigas por medio de las cuales trataba Beatriz, probablemente con ayuda de su hermana, de indisponer a Milán contra semejante matrimonio. Aprovechándose de un ligerísimo defecto que el príncipe Juan tenía, a lo que se dice, desde la infancia,

(1) *Mon. Hung.* (D. E.) III, págs. 367, 371, 395, 423.

(2) Carta de Beatriz: «Datum in balneis Poden prope Vienna». *Ibid.*, página 431.

(3) Archivos de Estado de Módena (Arch. Propr. Miner. Crondo, 1485-88.)

describíale como un monstruo de fealdad a su prometida, hasta el punto que ésta quiso un día, desesperada, entrar en un convento (1). Es un hecho que las cortes de Buda y de Milán dieron prueba, en el transcurso de 1488, de cierta desconfianza recíproca—o más bien de una gran circunspección—en todo lo referente al matrimonio, sin que éste se pusiera, no obstante, en tela de juicio de una manera seria. Ludovico Sforza, al quejarse al rey de Nápoles de la actitud hostil de su hija Beatriz, expresa a su vez dudas sobre la exactitud de las noticias propaladas a este propósito, y ruega al rey que envíe alguien a la corte de Hungría para expresarle su satisfacción por esta boda (2). El duque de Milán, hermano de la prometida, refiere en varias de sus cartas cómo su hermana crece y embellece, y, queriendo inmediatamente aprovechar la coyuntura, pide un obispado de Hungría para su tío el cardenal Ascanio.

Los enviados de Milán dejaron tranquilos, a lo que parece, la ciudad de Viena, en la que los reyes habían pasado casi todo el año de 1488, y se convino en que la boda se celebrara, no en el otoño del mismo año, como se decidió al principio, sino en la primavera de 1489, y el rey mandó incluso hacer los preparativos necesarios.

Mientras tanto, el rey de Nápoles había seguido el consejo de Ludovico Sforza, y enviado como embajador a Viena, en el verano de 1488, al obispo de Lucera, Pietro Ranzano, bien conocido en la corte de Hungría, para felicitar a Matías por la boda de Juan Corvino. Pero esto no fue más que un pretexto para enviar alguien; el obispo hizo en la audiencia pública un pomposo elogio de Matías, de Beatriz y del príncipe Juan, asegurando incluso a este último y a su prometida los sentimientos maternales de la reina (3); pero en audiencia privada,

(1) Véase, a este propósito, Schönherr, o. c., págs. 71 y sig.

(2) *Mon. Hung.*, (D. E.) III, págs. 404 y 405.

(3) El texto del discurso se encuentra en las *Fontrs domestici*, de Florianus, Index I, pág. 122.

Ranzano empleó toda su elocuencia en apartar al rey de su proyecto relativo a la sucesión al trono de Juan Corvino, proyecto ofensivo para la reina, que está todavía en la flor de su edad, y en ganarle a la idea de designar a Beatriz para sucederle (1). Es tal vez el mismo enviado que llevó a Matías una carta de Fernando fechada el 27 de Julio, que le exhorta a que profese a su mujer un afecto inalterable y atienda a su porvenir. Esta carta estaba evidentemente destinada a apoyar las pretensiones de Beatriz, y es una de las recomendaciones á las que se refiere Matías en unas instrucciones que da más adelante a su embajador (2).

En apoyo de estas pretensiones, Beatriz había imaginado—sin duda con el consejo de sus familiares italianos (3)—una teoría de derecho público completamente nueva, que su padre hizo suya y desarrolló más adelante ante el embajador de Milán (4). Según él, la reina, una vez coronada, queda reina para toda la vida y no puede ser privada de sus derechos; si su esposo muere sin posteridad, toma ella el gobierno al frente de un Consejo compuesto de unos magnates, pero está obligada a volverse a casar, y su esposo se convierte en rey por el solo hecho de la boda.

Es evidente que Beatriz y su círculo sacaban conclusiones erróneas, o más bien arbitrarias y falsas, de algunos precedentes muy distintos, con ayuda de los cuales exponían su tesis de derecho público.

Es probable que Ranzano se adhiriera también a esta ab-

(1) Relación de Jac. Trotti del 27 de Setiembre de 1488, Archivos de Módena, división citada.

(2) El original está en los Archivos del Capítulo de la catedral de Esztergom.

(3) F. Nunciante: *Castel Capuano sede dei Tribunali*, Napoli Nobil. II, página 116.

(4) Despacho del embajador Giac. Trotti del 11 de Marzo 1489. Archivos de Módena.

surda teoría, lo que desagradó vivamente al rey (1). Ignórase si logró convencer de su error al enviado; con Beatriz, es cierto que llegó a los últimos límites de la paciencia y la delicadeza, como lo veremos, por la declaración que hizo, más adelante, y de la que daremos un extracto.

Mientras tanto, Matías juzgó todavía oportuno aplazar hasta la primavera de 1490 la boda fijada primeramente para la primavera, después para el mes de Setiembre del año anterior. Puso por razón que el camino que había de recorrer el cortejo imperial, y en particular la travesía del Friul, estaba sembrada de peligros, a consecuencia de la hostilidad de Venecia y del emperador, y que antes quería asegurar el viaje de su futura nuera con la conquista o la adquisición por las buenas de aquellos territorios. La cosa pareció sospechosa, hasta el punto de que la corte de Milán juzgó necesario hacerse representar en adelante, en Hungría, por un agente perpetuo, y envió a Maffeo del Naso Trivillense con misión de inquirir la verdadera causa de tales aplazamientos. No creemos equivocarnos buscándola en las negociaciones entabladas entonces con Maximiliano, las cuales, como se sabe, hacían entrever la posibilidad de un matrimonio entre el príncipe Juan y la hija del rey de Roma.

No fue esto por mucho tiempo un secreto para la diplomacia milanesa, que, siguiendo las tradiciones de la política italiana contemporánea, trató inmediatamente de sacar partido de una defección pasible de Matías, y empezó a ocuparse en un proyecto de matrimonio entre María Blanca y Maximiliano, el rey de Roma y futuro emperador (2).

Naturalmente, estas vacilaciones de Matías animaron a Beatriz a continuar sus intrigas. No poseemos más que datos defectuosos y vagos referentes a cierta carta cifrada que escri-

(1) Despacho del embajador citado, de 27 de Setiembre de 1488. Archivos de Módena.

(2) Shönherr, o. c., págs. 83, 91, 92, 99 y 100.

bió a la duquesa de Milán, y que iba a parar a manos de Ludovico, le encolerizó enormemente (1). No sin buenas razones, tampoco hizo el rey que se interceptara la carta en la que el obispo de Lucera refería la escena lamentable desarrollada entre el rey y la reina, y retuvo al obispo en Buda para que ni siquiera pudiese relatarla verbalmente (2). Lo que se quería ocultar, era probablemente la violenta disputa cuya relación enviaron a Ferrara las personas del círculo de Hipólito. La causa primera de esto fue la acusación que formulaba Beatriz, aconsejada por sus italianos, contra la madre de Juan Corvino, de haberla hecho estéril con maleficios. Por este motivo, hubo un violento altercado, en presencia del rey, entre la reina y el príncipe Juan; llegaron a los insultos, y, finalmente, Matías levantó, según se dijo, la mano sobre su hijo (3). No hay que decir que semejantes escenas no hacían sino estimular a Beatriz a continuar la lucha contra la elevación al trono del príncipe Juan.

El rey, que, de otra parte, se sentía cada vez más enfermo, perdió al fin la paciencia y se decidió a revelar a la familia de Beatriz la conducta intolerable de su mujer, advirtiéndole los peligros que podían acarrearle los manejos de la reina. Lo más natural hubiera sido dirigirse directamente a su suegro; pero, por graves razones, había perdido toda confianza en el viejo Fernando. Hemos visto la solicitud con que Matías acudió en ayuda del rey de Nápoles, cuando la conjuración de los barones o cuando los turcos penetraron en sus Estados, y esa solicitud en servirle no se había entibiado nunca. Su querrela con el Papa no se hubiera agriado tanto, si la Santa Sede no hubiese atribuido la actitud provocadora de Fernando

(1) Despacho de Trotti, de 20 de Mayo de 1489. Archivos de Módena, div. citada.

(2) Así lo escribió el rey de Nápoles a Leonor el 1.º de Noviembre de 1489. *Mon. Hung.* (D. E.), pág. 101.

(3) Despacho de Ant. Contabili, citado antes, de Setiembre de 1489. Archivos de Módena.

a los alientos de su yerno (1). Matías declaró terminantemente al legado del Papa que «el honor no le permitía abandonar a su suegro y a sus aliados» (2). Y en recompensa de todos estos servicios, su suegro contrarrestaba sus proyectos en Milán, apoyaba clandestinamente las absurdas pretensiones de Beatriz a la sucesión al trono y le importunaba con sus solicitudes para que triunfaran aquéllas. En los últimos tiempos, Matías no ocultaba ya su irritación con su suegro; declaraba al legado del Papa que el rey de Nápoles no cumplía nunca su palabra, que todo lo que se hacía por él era trabajo perdido, y que le había causado tantos disgustos, que «toda la vitela que pueda proporcionar un buey no podría contener la descripción de los mismos (3)». Por fin, estalló, en presencia del embajador de Milán, contra la codicia y la perfidia de su suegro, y dijo que él era quien excitaba a la reina contra sus proyectos; que tenía la prueba por cartas interceptadas (4).

En tales circunstancias, es muy natural que Matías, buscando en la familia misma de su mujer remedio a los enojos que le causaban las cizañerías y las perpetuas intrigas de Beatriz, no se dirigiera a su suegro, sino a su cuñado Alfonso, heredero del trono y príncipe de Calabria.

Podía suponerle menos prevenido que su padre en favor de su hermana, y sabía, de otra parte, que nadie tenía tanta influencia como él sobre el viejo rey. Envió, pues, a Nápoles, en la primavera de 1489, un mensajero en la persona de Antonio Sankfalvi, preboste de Pozsony, que fue luego obispo de Nyitra (5), y encargándole secretamente que informase al

(1) Poster: o. c., III, pág. 200.

(2) Fraknoi: *Pechinoli Ang.*, pág. 86.

(3) Fraknoi: *Pechinoli Ang.*, págs. 63, 64, 65 y 69.

(4) Despacho de Maff. Trivilliense (de 1490 en vez de 1489). *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 251.

(5) Fraknoi: *Los diplomáticos húngaros* (en húngaro). *Szazadok*, año 1898, pág. 874.

príncipe sobre la situación, le entregó una especie de Memoria, que es un acta de acusación en regla contra Beatriz, y hace al mismo tiempo un cuadro profético de las desgracias que la reina atrajo sobre ella posteriormente (1).

«Nós hemos hecho, y seguimos haciendo con gusto—dice Matías en esa Memoria,—todo nuestro posible, para complacer a Su Majestad el Rey; pero cuando nos piden cosas que no está en nuestro poder concederlas, o que son absolutamente imposibles, no se nos debe acusar porque nos veamos obligados a negarlas. Su Majestad y Su Alteza el Príncipe heredero nos recomiendan encarecidamente la causa de la Reina nuestra esposa; pero sabemos bien que estas recomendaciones no son debidas a la iniciativa de Su Majestad ni de Su Alteza, sino de la reina misma, que aspira, si no abiertamente, en secreto por lo menos, a una cosa que no está en nuestro poder hacer. La reina desea a nuestra muerte—en el caso de que muramos antes que ella—sucedernos en el trono y empuñar las riendas del gobierno, cosa que no podríamos prometerle aun cuando lo quisiéramos, ni tampoco proponer a nuestros súbditos, si no queremos excitar en ellos un odio eterno contra Nós y contra la reina. El pueblo húngaro es capaz de hacerse matar hasta el último hombre antes que someterse al gobierno de una mujer; recuerda todavía con amargura haberlo sufrido un tiempo, el cual fue malo y desastroso para el país.

»Debemos añadir, con toda franqueza, que la reina no es nada querida de nuestros súbditos, lo que observamos con pena; pero, en fin, Nós no podemos infundirles el amor, y la reina no se esfuerza en ganarse su afición. He aquí, en particular, por qué no podemos hacer lo que ella desea; pero no quiere resignarse, y noche y día nos persigue, no solamente con sus ruegos, sino con sus quejas continuas, con sus recriminaciones y sus lágrimas. Para calmar sus inquietudes respecto a lo futu-

(1) Kovachich: *Scriptores Usinores*, I, págs. 341 y 350.

ro, formamos el proyecto de asegurar a nuestra esposa, después de nuestra muerte, en el caso en que muriéramos sin hijos, una situación digna de ella. Rechazó nuestras proposiciones, porque quiere sucedernos en la plenitud de nuestro poder, lo que es imposible, como ya hemos dicho, en atención a los húngaros y hasta a nuestros otros pueblos. Hemos llegado incluso a informarnos en secreto, pero hemos encontrado a nuestros súbditos inquebrantables en este punto. En cambio, nos suplican que designemos como sucesor a nuestro hijo Juan Corvino, príncipe de Silesia, y que le hagamos elegir rey en vida nuestra, sin perjuicio de estipular que si la reina llegara a dar a luz un hijo, fuera éste el heredero del trono. Y Nós no hemos podido acceder al deseo de nuestro pueblo, a causa de la oposición de la reina...

»De esta suerte, nuestros disgustos van en aumento. En atención a S. M. el Rey nuestro Padre, a Su Alteza, a toda la casa de Aragón, a nuestra propia dignidad y al amor que siempre hemos tenido y todavía tenemos a la reina, teníamos el designio de proveer a su porvenir, después de nuestra muerte, de una manera digna de su augusto padre y de su real esposo; queríamos además que nuestro hijo, al que nuestros súbditos desean ver heredarnos, y su futura esposa, adopten desde hoy a la reina por madre, la respeten como tal, la defiendan a ella y sus bienes y le conserven sus derechos. Y en el caso en que la reina no se fiase de las promesas de nuestro hijo, para obligar a éste a cumplirlas, hubiéramos obtenido de los Estados de Hungría que reconociesen para siempre a nuestra esposa como su reina.»

Todo esto hubiera podido hacerse en el caso que no tuviéramos hijo de la reina. Pero viendo que todo era inútil, que los razonamientos no hacían más que irritar a la reina en vez de calmarla, hemos concluído por callarnos sobre este asunto, y no le hemos vuelto a hablar de la situación en que la dejaremos a nuestra muerte—puesto que todos somos mortales,—porque es evidente que los mejores consejos, cuando se opo-

neñ a sus miras, no tienen otro efecto que hacerle persistir en su resistencia tenaz y excitar su descontento.

»Ordena en consecuencia al preboste, que declare al príncipe que cuando se vea que toma mal aspecto la suerte de la reina, no habrá que acusarle a él, porque ya lo había previsto, sino que será culpa de la reina misma; que el príncipe ruega, pues, al rey que exhorte a su hija a cambiar de conducta. «Porque—dice Matías—sabemos lo que decimos al declarar que si la reina se niega a ello, no solamente cubrirá de oprobio para una eternidad nuestra gloria y nuestra fama adquiridas a costa de tantos trabajos, sino que causará su pérdida y la de nuestro hijo. El derecho de elegir su rey pertenece a la nación, y puede hacer una elección contraria a nuestros deseos; sólo Dios sabe lo que oculta el corazón de los súbditos, porque sólo Él penetra en las conciencias y lee en los corazones. Pudiera ser que la nación, olvidando nuestras mercedes, elija precisamente al que es por el momento el peor enemigo de nuestra persona y de nuestro reino (1), el que, en cuanto suba al trono, expulsará ignominiosamente a la reina y a nuestros hijos y les confiscará todos los bienes; es hasta posible que maten a la reina (2), porque, como ya hemos dicho, no es amada, y nadie conoce mejor el carácter de los húngaros que Nós, que reinamos sobre ellos desde hace tanto tiempo.»

»Quisiera preservar al rey y a la reina, su hija, de estos peligros; pero esto no es posible si no renuncia esta última a sus desdichados designios, y consiente en que Juan Corvino sea elegido rey en vida de su padre.»

¿Hizo la corte de Nápoles algunas gestiones cerca de Beatriz en vista de las invitaciones del enviado, y, si se hicieron, produjeron algún efecto en su alma? Se ignora; pero lo cierto es que, durante los últimos meses de Matías, la reina cesó por

(1) Alude sin duda al emperador Federico.

(2) Pensaba probablemente en la horrible suerte de Gertrudis, mujer de Andrés II, y de la reina Isabel, viuda de Luis el Grande.

lo menos de combatir el matrimonio de Juan Corvino, y hasta mostró en esta cuestión una actitud tan amistosa, que el duque de Milán juzgó oportuno agradecerla por carta su benevolencia (1), y el enviado de Milán pudo anunciar que la reina había declarado que amaría a Blanca María como a su hija (2). Es posible, sin embargo, que la reina quisiera solamente obtener con su fingida resignación que su marido no apresurase el matrimonio, y pusiera su esperanza en los aplazamientos, en lo que no se vió defraudada.

Pero Beatriz se mostró intransigente en el asunto de la elección de Juan Corvino, y Matías tuvo que contentarse con hacer lo posible para aumentar poco a poco y en silencio las probabilidades de elección del príncipe, como lo hizo prever en su advertencia al rey de Nápoles. No es verosímil por lo demás, que la oposición de Beatriz fuese el único obstáculo para la elección de Juan en vida de su padre, y que la nación lo exigiera de manera tan unánime y apremiante como Matías trataba de hacerlo creer en Nápoles, porque la severidad de principios del húngaro respecto a la santidad de la familia, no le permitía cerrar tan fácilmente los ojos sobre el vicio de nacimiento del príncipe.

Si Matías no rompió con Beatriz y sus partidarios, declarados o secretos a causa de la elección de Juan—si es cierto que la creía realmente posible,—debe atribuirse también al hecho de que estaba abrumado por la enfermedad; no quería ya sino paz, paz en su reino y en su hogar. Bonfin dice que el rey cayó gravemente enfermo de la gota a principios de 1489 (3), pero los síntomas del mal eran ya antiguos; el enviado de Ferrara, escribe en el otoño de 1489, que el rey, desde que volvió de Viena a Buda embarcado, en el mes de Marzo, no puede ya

(1) Carta del 27 de Febrero de 1490. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 100.

(2) Carta del 27 de Febrero de 1490. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, páginas 158 y 159.

(3) Dec. IV, lib. VIII, pág. 47.

tenerse en pie y se ve obligado a ir en litera, llevado por cuatro hombres (1). No tenía más que cuarenta y nueve años, pero una carrera accidentada, y la suerte, que le había puesto desde su infancia al frente de un país perturbado y en guerra perpetua, habían gastado pronto sus fuerzas físicas. Su manera de vivir, su temperamento fogoso y su segundo matrimonio, hubieron también de contribuir a arruinar su salud (2).

Debió de producirse alguna mejoría en el transcurso del verano, porque el rey hizo viajes en Agosto y en Setiembre con Beatriz e Hipólito por la región comprendida entre el Danubio y la Drave (3); pero al llegar el otoño manifestáronse de nuevo síntomas alarmantes: sus piernas se hincharon, tuvo fiebre; además, los astrólogos de la corte—en quienes Matías tenía confianza ciega, como tantos otros grandes hombres del Renacimiento—le conjuraron a que desconfiase de los meses de Noviembre y Diciembre. El rey y su numeroso acompañamiento estuvieron, pues, inmovilizados, durante tres meses, hasta el 8 de Enero de 1490, en que, restablecida un poco la salud de Matías, y siendo más favorables las constelaciones, pudo ponerse en camino con su mujer, su hijo e Hipólito para su último viaje, que tenía Viena por término (4).

Es probable que el viaje se hiciese todo él por agua, porque el rey hizo alto en todos los castillos y todas las poblaciones del Danubio, en donde había mandado hacer construcciones importantes, y que deseaba volver a ver como despedida (5). La primera etapa fue Visegrad, de donde Beatriz escribió a Francisco de Gonzaga, marqués de Mantua, que celebraba sus bodas al mes siguiente con Isabel de Este, la ma-

(1) *Mon. Hug.* (D. E.), IV, pág. 394.

(2) Teleki: o. c. V, pág. 474.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 82.

(4) Bonfin: o. c., pág. 472. La autenticidad de la fecha está garantizada por la carta que Beatriz escribió aquel día a Maximiliano.

(5) *Mon. Hug.* (D. E.), IV, pág. 127.

yor de las sobrinas de Beatriz, de la que era prometido hacía mucho tiempo, y a la que su tía destinó en un tiempo al rey de Bohemia. Le felicitaba efusivamente por su boda, lamentaba que el rigor del invierno y la enfermedad de su esposo les impidieran asistir en persona, y anunciaba el envío de una embajada (1).

De Visegrad, el rey y la reina marcharon a Esztergom, en donde fueron durante tres días los muy obsequiados huéspedes de Hipólito; toda la corte estaba con ellos, y recibió también del niño arzobispo una hospitalidad regia (2). Luego, después de haber pasado algunos días en Komaron (Comorn), Tota (Totis), Pozsony, el rey hizo su entrada en Viena, adonde no tardó en ir Hipólito, por invitación de Beatriz.

En la antigua capital austriaca, que le recordaba su más brillante triunfo, el rey consagró casi todo el tiempo al porvenir de su hijo. Consiguió asegurarle la posesión de Viena con la de casi todos los castillos de la Baja Austria, y la satisfacción que esto le causaba veíase aumentada por el cambio sobrevenido en las disposiciones de Beatriz que ya hemos indicado; además, su salud iba mucho mejor desde que había llegado la primavera, de suerte que se puso a hacer proyectos para el porvenir y hasta convocó los Estados de Hungría en Buda para San Jorge.

Como por invitación del rey había enviado Venecia un nuevo embajador en la persona de Domingo Bollani, prometiéndole, en el acto de la recepción, armarle solemnemente caballero el domingo siguiente (3).

Aquel día, 4 de Abril, era Domingo de Ramos, y el rey, por motivos de salud probablemente, no quiso que la ceremonia se

(1) Archivos del Estado de Mantua. (Archivos de los Gonzaga, t. 532.)

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 133 y 421.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) IV, págs. 158-66 e instrucciones a los embajadores, del 21 de Agosto de 1489, en los Archivos de Estado de Venecia, Cod. IV. Secreta.

celebrase en la iglesia de San Esteban, demasiado lejana; por esto hizo construir una capilla de madera en el patio del castillo que habitaba, y la hizo arreglar y decorar para el acto. La ceremonia duró mucho tiempo, y el rey, cuyo buen color y buen humor llamaron la atención de los asistentes (1), se retiró un poco fatigado a sus habitaciones. Como la comida se hacía esperar, porque la reina, en su ardorosa devoción, quiso visitar varias iglesias, el rey, para calmar su hambre, mandó que le trajeran higos; pero le supo tan mal el primero que comió, que se encolerizó mucho. En esto volvió la reina, que ofreció toda suerte de manjares a su esposo; pero éste los rechazó todos, y sintiendo que su cabeza le daba vueltas y se le oscurecía la vista, pidió que le acostaran. Pronto no hubo duda de que se trataba de un ataque de apoplejía; el príncipe Juan, sus parientes Pedro y Matías Gereb, Urbano de Nagylucse, el obispo Tomás Bakocz, Esteban Zapolyai y Esteban Bathori permanecían consternados junto al lecho; los gemidos del enfermo y el hecho de que le era imposible hacerse comprender, hacían la escena más aterradora. Todo el mundo había perdido la cabeza; solamente la reina se ocupaba en atender a su marido: abríale la boca para ingerirle medicamentos, gritábale al oído palabras de aliento, le estrechaba las manos, le alzaba los párpados; en una palabra, hacía esfuerzos desesperados para conservarle la vida, apremiando, conjurando a los médicos desalentados para que le ayudasen.

Por la mañana, el enfermo se sintió algo aliviado y durmió unos instantes; pero los dolores no tardaron en despertarle, y solamente la disminución de sus fuerzas hacía menos violenta la lucha que sostenía con la muerte. La reina le suplicabale dijese lo que quería; le hacía preguntas para tratar de adivinar su pensamiento; él permaneció mudo, pero fijaba miradas suplicantes, ya en su mujer, ya en su hijo, como si qui-

(1) Relato del obispo de Orte (Pecchinoli). Archivos de San Marcos en Venecia (clase X., Cod. CLVXV, pág. 87).

siera hacerles comprender que deseaba unir sus corazones, como si conjurara a Beatriz en sus últimos instantes a hacer por el muerto lo que había negado al vivo. Así pasó el enfermo la noche y el día, perdiendo lentamente sus fuerzas, mientras que los que le rodeaban pasaban las horas en esfuerzos desesperados. Por fin, el gran rey entregó el alma, entre siete y ocho de la mañana, el 6 de Abril, que era martes de la semana de Pascuas (1).

La consternación de los amigos del rey, reunidos alrededor del lecho de muerte, veíase aumentada con los peligros de la situación que creaba lo imprevisto de la catástrofe y la inseguridad del día siguiente. Juan Corvino, que tenía diez y siete años a la muerte de su padre, se arrojó llorando a los pies de Beatriz y la suplicó, abrazándola las rodillas, que no abandonase a un huérfano, que no olvidase la memoria del que tanto la había amado, que le adoptase por hijo, dispuesto como él estaba a venerarla como madre. La reina, muy conmovida, estrechó al joven contra su corazón, y le prometió cuidar de él como de su hijo; después se recomendó ella y el príncipe a la fidelidad de los grandes que unían sus ruegos a los de Juan, y entonces, sobre el cuerpo tibio aún del rey, juraron todos fidelidad y obediencia a Beatriz y a Juan Corvino, en cuyas manos ponían confiados los destinos del reino.—Como dice Bonfin, «una vez puesto el sol volvemos nuestras miradas a la luna» (2).

(1) A Bonfin debemos el relato de la muerte de Matias (Dec. IV, lib. VIII, págs. 473 y 474), y a esta fuente acudió Fraknoi²(o. c., págs. 389 y 390), que demuestra, apoyándose en la opinión de los médicos, que la causa de la muerte fue una congestión cerebral. El enviado de Milán indica también como causa, en su despacho del día del fallecimiento, un accidente apoplético. *Mon. Hung. (D. E.)*, IV, pág. 161.

(2) *Hist.*, loc. c.

LIBRO QUINTO

Luchas e intrigas.

I

El momento y las circunstancias en que ocurrió de una manera tan imprevista la muerte de Matías, hacían de ella un acontecimiento de importancia universal.

Había llevado a bien casi todas sus empresas, sin haber podido, sin embargo, garantizar los resultados adquiridos contra todas las eventualidades futuras. Por esto, sus conquistas en Austria, la posesión de Viena, la sucesión al trono, la integridad de su imperio, el sostenimiento de las reformas que había introducido en la administración, la continuación de la guerra contra los turcos, eran, en el momento de su muerte, otras tantas cuestiones planteadas que esperaban una solución: tenían infaliblemente que provocar un choque de los intereses nacionales y extranjeros, y agitar a la mayor parte de los Estados de la Europa central (1).

Los sentimientos de dolor de la nación no se manifestaron sino poco a poco; las voces poco sinceras que se alzaban, en medio de las exageraciones del duelo oficial, no podían ahogar el rumor de las luchas por el poder, que iban pronto a estallar. Nosotros no podemos conocer los verdaderos sentimientos del pueblo sino por la consternación general, el espanto instintivo que experimentó en el momento de la catástrofe, y las cándidas creencias populares que rodeaban de prodigios la muerte del rey (2).

(1) Segism. del Contr. (o. c. II, pág. 5) dice: «Cucie (Matiaë) obitu es maier christianæ rei iactura facta videbatur, quod aparabat graves de re-gero contentiones futuras.»

(2) «Omnia timore et pavore plena sunt», escribe el obispo de Orta

En fin, el dolor de aquella pérdida, la protesta contra la muerte, sugirieron al pueblo la idea de que la muerte del rey no podía deberse a una causa natural, que debía de haberse cometido un crimen que era preciso vengar. Para algunos, la culpable era Beatriz, que habría sido corrompida por Maximiliano, rey de Roma, o por algún príncipe italiano. Maximiliano le habría ofrecido el matrimonio, decíase, en el caso de que hiciera desaparecer a Matías (1). En cambio, otros sospechaban de los magnates, y en particular del ambicioso Esteban Zapolyai (2).

Desde Pray, todos los historiadores húngaros están de acuerdo para rechazar estas acusaciones, que mejor todavía rechazan los síntomas de congestión cerebral, de la enfermedad del rey, y que contradicen el carácter de Matías, así como el hecho de que no había un solo «príncipe» italiano que tuviese interés en la muerte de Matías. Con Venecia era con la que estaba peor; pero había hecho la paz con ella, y los acontecimientos ulteriores excluyen la existencia de un pacto secreto entre Beatriz y la República, y hasta demuestran que desconfiaban mucho la una de la otra (3).

Lo cierto es—y esto es lo que excitó las sospechas de sus enemigos—que su marido no pudo morir más a propósito, desde el punto de vista del triunfo posible de las aspiraciones de Beatriz. Matías no podía ya aumentar el esplendor y el poder

en su despacho al Papa, el mismo día de la muerte del rey. (Archivos de San Marcos en Venecia.)

(1) Cartas de un tal Esteban de Cremona, fechadas en Pésaro y Bolonia, el 20 de Abril y el 12 de Mayo 1490, *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 175 y 198; Prefacio de Juan Sambucus al *Ejértama* de Ransanus, ed. Schuvandtuer, II, págs. 513 y 514.

(2) Pray: *Anales*, págs. 2 y 3, y L. Szalay, o. c. III, pág. 342.

(3) En una carta del 24 de Noviembre de 1489 (Archivos de Estado de Venecia, Cons. del X. Misti reg. 24, c. 115.), el Consejo de los Diez censura a Dom. Bollani, su embajador en Hungría, por haber aceptado dinero de Beatriz, en una ocasión, y le prohíbe severamente que vuelva a aceptarlo.

de su corona, y no habría podido realizar su más caro deseo, es decir, asegurar la sucesión al trono a su hijo Juan. Si hubiera vivido algún tiempo más, es muy probable que el matrimonio de su hijo con la princesa Sforza se hubiese realizado, y que, por consiguiente, esta rica y poderosa casa hubiera puesto su fortuna y su influencia al servicio de los intereses de Juan. Pero esta boda se hizo pronto problemática; el príncipe designado para suceder al rey no tenía aún diez y ocho años, y aunque Matías había vencido a tal edad dificultades no menores, pronto se vió que su hijo no había heredado ni su genio ni su firmeza de carácter. En fin, por lo que concernía a su persona, la reina podía entregarse a la creencia halagadora para su amor propio, de que sus treinta y tres años, su belleza todavía alabada, harían apetecible a cualquier pretendiente la posesión de su persona, si estaba unida a la de la corona de Hungría.

Estas circunstancias, y el hecho de que los prelados y los grandes del país, presentes en Viena en el momento de la muerte del rey, al poner la dirección de los asuntos en manos de un consejo presidido por la reina y el príncipe Juan, habían hecho por un instante de Beatriz la dueña de la situación, alentaban las esperanzas de la reina respecto al triunfo de sus más ambiciosos proyectos. Jamás ella se había visto tan poderosa como en los primeros días que siguieron a la muerte de su esposo; pero esto no era más que un engaño de la suerte, que la reservaba una caída tanto más profunda.

No hay que ver una falta del respeto que se debe a la muerte, en el hecho de que las luchas por el trono y las intrigas en las que la viuda y el huérfano tomaron una parte muy activa, empezaran antes de los funerales. En la situación creada por esta muerte, y en un país en el que el derecho de elegir un rey pertenece a la nación, era inevitable; pero lo que nos desagrada es el apresuramiento que puso Beatriz en hacer abortar los planes de su glorioso esposo y en deponer sus velos de viuda para alcanzar sus ambiciosos fines.

Bonfin cuenta que después de la conmovedora escena desarrollada en torno del lecho mortuario de Matías, la reina, con el pelo suelto, el rostro arañado por las uñas y completamente agotada, se retiró a sus habitaciones (1). Tuvo, sin embargo, la fuerza de asistir con el príncipe Jnan al Consejo de gobierno que celebraban los grandes, y en el que habían de tomarse graves resoluciones. Por temor a un motín o a una irrupción de los enemigos, hiciéronse cerrar las puertas del castillo y de la ciudad (2). Esteban Zapolyai fue mantenido en su puesto de gobernador de Viena y lugarteniente del rey en los territorios conquistados en Austria; el gobierno de Moravia y de Silesia fue confiado a Juan Filipecz, obispo de Nagivarad; el tesoro a Juan Corvino, a quien adjuntaron el obispo Urbano como administrador. Por temor de que se hiciera mal uso de ellos, los sellos del rey difunto fueron rotos, en presencia de la reina y el príncipe, y substituídos provisionalmente por los de Beatriz y Juan Corvino. Decidióse que el cuerpo del rey se trasladase a Buda y de allí a Szefehervar (Alba-Real), para ser inhumado; que la reina convocase para el 17 de Mayo los Estados de Hungría para la elección de rey, y que la asamblea se celebrase en el tradicional Campo del Rakos. Hubiera debido tratarse también, en esta primera sesión del Consejo, del nombramiento de un regente mientras duraba el interregno (3), pero el Consejo no tomó ninguna decisión en este punto, aunque la reina y los grandes de su partido lo hubiesen deseado, a lo que parece (4).

El embajador de Milán, Maffeo Trivillense, saltó en seguida a la palestra para defender con las armas de un diplo-

(1) *Dec.* IV, lib. VIII, pág. 474.

(2) Despacho del enviado suízo Melchor Russ, publicado por Carlos Szabó en el *Budapest Szemle*, año 1862, pág. 163.

(3) Despacho de Pecchinoli, obispo de Orta, citado antes. Archivos de San Marcos en Venecia.

(4) Despacho del embajador, del 8 de Abril. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, página 167.

mático hábil y experimentado los intereses de Juan Corvino; porque los Sforza, sus mandatarios, hubieran naturalmente deseado, por lo que respecta al matrimonio de María Blanca — ya realizado por poderes, — que se cumpliese la última voluntad de Matías (1). El embajador esperó con impaciencia la llegada del obispo de Nagyvarad, a quien destinaba, con razón, un papel importante en la serie de los acontecimientos, y se puso en relaciones con él en cuanto llegó, el 9 de Abril; en cambio, evitó con cuidado toda gestión con la reina. Había penetrado tan bien en los designios de ésta, que ni la entregó siquiera la carta que el duque de Milán le había escrito en interés del príncipe, porque «ella se le hubiera leído en la cara» (2). Lo que demuestra bien que no compartía el optimismo del príncipe Juan, es que el 9 de Abril, a los tres días, por consiguiente, de la muerte del rey, preguntaba ya, en un despacho, si no era el caso de ofrecer la mano de María Blanca al rey de Roma, el cual aceptaría seguramente la proposición, porque el cuantioso dote de la princesa milanese remediaría la penosa situación en que le ponía la avaricia de su padre (3).

Esto demuestra que, aun cuando los grandes continuasen alentando al príncipe Juan, la atmósfera estaba ya llena de candidaturas reales desde los primeros días del duelo; los unos proponían a Maximiliano, que hacía valer sus derechos sobre el tratado concluído entre su padre y Matías; otros proponían a Ulaszló (en cheque, Wladislao), rey de Bohemia, nieto por línea femenina de Alberto, rey de Hungría; hasta se hablaba de Casimiro, el anciano rey de Polonia. Solamente Beatriz guardaba un silencio enigmático. Se recomendó sencillamente, y sin especificar nada, a la benevolencia del Papa, por mediación del Nuncio (4); por lo demás, no se la menciona sino en

(1) Despachos del emb., de los días 6, 9 y 11 de Abril de 1490. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 161-171

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 202.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 169 y 170.

(4) Despacho del obispo de Orta, citado antes.

un despacho del ayo de Hipólito, en el que hace resaltar el respeto que rodea a la reina viuda y la solicitud con que se la pide consejo; dice que todo el mundo la designa como esposa del futuro rey, pero que ella no está dispuesta a volverse a casar (1). Ella confesó después que en los momentos de la muerte de su marido estaba firmemente resuelta a pasar el resto de sus días en un convento (2). En el círculo de Maximiliano parecía ya presentirse que la mano de Beatriz desempeñaría un gran papel en el asunto de la sucesión al trono; por esto el rey de Roma la escribió inmediatamente después de la muerte de Matías, para decirle que estaba dispuesto a hacer todo en interés de su «elevación y gloria» comunes; pero se guardó muy bien de hacer ninguna clase de promesa formal (3). Entre los prelados y grandes del reino, Beatriz, en atención a la fidelidad que le habían demostrado en vida de su esposo, creía poder contar sobre todo con el apoyo de Urbano de Nagylucse, de Tomás Bakocz y de los Gerab.

Al día siguiente de la muerte, celebróse con gran solemnidad un servicio fúnebre en la iglesia de San Esteban, en donde el cuerpo del rey estaba expuesto en un rico catafalco; seis días después, el 13 de Abril, la reina, el príncipe, la corte, todos de riguroso luto, embarcados en numerosas embarcaciones con el féretro de Matías, se pusieron en camino para Buda, la capital que acababa de perder a su soberano. El convoy llegó al día siguiente a Pozsony; la reina desembarcó con el príncipe y pasó dos días en aquella ciudad, a la que quería mucho (4), en la que había pasado tantos días felices, y en

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 425 y 426.

(2) Declaración hecha por Beatriz al legado del Papa, con fecha 18 de Setiembre de 1494. (Una copia contemporánea se encuentra en la división de manuscritos de los Archivos de San Marcos de Venecia. (Mss. Lat. Cl. 10, núm. 178.)

(3) Fraknoi: *La elección de Ulaszló* (en húngaro), *Szazadok*, 1885, páginas 7 y 8. Despacho del enviado Brasca en Innsbruck, 17 Abril. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 174.

(4) Archivos de Pozsony: Cuentas de la Ciudad (en alemán).

donde las matronas acudieron a recibirla, ahora vestidas de luto para llorar con ella a su ilustre esposo. El viernes siguiente a Pascua, 16 de Abril, volviéronse a poner en camino, y al día siguiente, Beatriz publicó en Komarom el decreto, visado por los magnates, por el que «la reina de Hungría, por la gracia de Dios», convocaba la Dieta para la elección de un rey (1).

El convoy fúnebre llegó a Buda el 20 de Abril. El comandante del castillo, Blas Raskai, que ocupaba ya este puesto en tiempo de Matías, abrió las puertas a la reina y al príncipe Juan, y entregó a éste la fortaleza confiada a su custodia. El príncipe no hizo más que una breve parada en Buda, porque tenía que ir a Szekesfehervar (Alba-Real) para los funerales; pero Beatriz, enferma a fuerza de llorar, no siguió al feretro de su esposo más allá de Buda, y así, pues, sin ella, se celebraron los funerales con regia pompa en la antigua necrópolis de los reyes de Hungría.

Es cierto que la muerte de Matías proporcionó a las cortes extranjeras la ocasión de enviar numerosos mensajes de simpatía, aunque la mayor parte se haya perdido para nosotros. La respuesta dada por Beatriz prueba que los duques de Ferrara enviaron el pésame (2), y poseemos además una carta de Hércules al duque de Milán, en la que le da las gracias por el sentimiento que el duque le expresa por la desgracia sufrida (3). El primero que escribió a Beatriz, ya el 15 de Abril, fue Ludovico Sforza, cuya carta acusa cierto despecho por no haberse enterado de la muerte de Matías sino por noticias procedentes de Alemania y Venecia; expresa el respeto sin límites y la afectuosa amistad que profesaba al difunto rey, y manifiesta la esperanza de que la reina, para atenerse al deseo de su ilus-

(1) Un ejemplar del decreto se encuentra en los Archivos de Kassa (Casovia), y ha sido publicado por Teleki XII, pág. 486.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 207 y 213.

(3) *Ibid*, pág. 183.

tre esposo, apoyará con el ardor de una madre las legítimas pretensiones de Juan Corvino al trono (1).

Juan Corvino, de vuelta de los funerales de su padre, vivía en Buda, bajo el mismo techo que la reina, y se formó a su alrededor una verdadera corte (2); era el dueño de las fortalezas, era el guardián de la corona, podía contar con el ejército y con la mayor parte de los grandes del reino; en fin, la diplomacia de Milán trabajaba por él. Ludovico Sforza escribió directamente al obispo Urbano para recomendarle la causa del príncipe (3), y, por mediación de su hermano Ascanio, se esforzó en hacer que el Papa, en atención a los méritos de Matías y a los intereses del mundo cristiano, abrazara también esta causa, e influyera en tal sentido sobre Beatriz (4).

El 7 de Mayo envía Maffeo Trivilliense, desde Buda, a su soberano el primer despacho alarmante (5). También entonces se manifiestan los primeros indicios de los disentimientos entre Beatriz y Juan. Hasta aquí la reina no había salido de su reserva; hay, sí, algunas pruebas de que había alentado a algunos de sus partidarios a perseverar en la fidelidad a su persona, y les había rogado que no dejaran de asistir a la Dieta para la elección (6); pero se había guardado cuidadosamente de dar a conocer el nombre de su candidato. Sin embargo, había debido de transpirar algo de los conciliábulos que celebraba con sus partidarios de estancia en Buda, y así el embajador de Milán creyó poder afirmar, en la carta citada, que Beatriz había primeramente querido hacerse reconocer como soberana y que, no habiéndolo logrado, había propuesto a su hermano mayor, Federico, príncipe de Nápoles, candidatura que tropezó igual-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 172.

(2) Schönherr: *Corvín János*, pág. 119.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 177.

(4) *Ibid.*, pág. 187.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 188.

(6) Carta del 23 de Abril a Ladislao Losonczi. Archivos de los condes Erdody, en Galgocz.

mente con la oposición de los magnates (1). No se encuentra ningún indicio de este supuesto proyecto de la reina en las declaraciones suyas llegadas hasta nosotros; y no es nada creíble tampoco que Federico fuera por un solo instante un candidato serio, porque se hubiera sabido en Nápoles. Ahora bien; a mediados de Mayo, el rey Fernando estaba dispuesto, de acuerdo con el duque de Milán, a intervenir cerca del Papa en favor de Juan Corvino (2). Además, debía de haber sabido poco después que el nuevo rey estaba obligado a casarse con Beatriz; así, desde los primeros días de Mayo hubo de estipularse, a este propósito, entre los partidarios de Beatriz, un acuerdo, real o simulado (3).

Una circunstancia, todavía más sospechosa, de que habla el despacho del embajador, es que los obispos Urbano, Juan y Tomás se oponían enérgicamente al proyecto del príncipe Juan, de poner en libertad, por deseo del legado, a su antiguo partidario, el arzobispo de Kalocsa, que todavía estaba encarcelado.

No se podría atribuir a la persona de Pedro Varadi una importancia lo suficientemente considerable para que la cuestión de su libertad hubiera podido motivar una ruptura ruidosa entre la reina y su partido y el príncipe Juan. Si la hubo, sin embargo, algo más adelante, no hay duda de que no buscaban más que un pretexto para hacer la oposición al príncipe, y que a principios de Mayo tenían ya su candidato, que lo era Ulaszló, rey de Bohemia, y que a esta candidatura habían puesto por condición la promesa de que se casaría con Beatriz (4).

Cuando, pasados cuatro años, sometió su causa al arbitraje

(1) Menciónase también la candidatura de Federico en la *Apología de Udis*. (V. Goszner, págs. 452 y sig.)

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 199.

(3) Lo prueba la carta del rey de Nápoles a Leonor, del 24 de Mayo, citada antes.

(4) Schönherr, o. c., págs. 123 y sig.

del Papa, he aquí cómo Beatriz expuso los hechos al legado (1): Cuando quedó viuda, quiso retirarse a un convento, y persistió en su resolución, a pesar de que los obispos y magnates la impulsaban, en interés del Estado y de la paz pública, a casarse con el que fuese elegido rey. Reconoce, sin embargo, que al entrar en el convento no había entendido nunca renunciar por completo al mundo, y hasta había pedido a los Estados que le devolviesen su dote y otros bienes que tenía asegurados, en caso de viudez, por convenio escrito, y los cuales, por un cálculo atrevido, valoraba en ochocientos cincuenta mil escudos de oro. A estas reivindicaciones no contestaron los grandes, según Beatriz, sino redoblando sus instancias, motivándolas por el hecho de que el país, privado de su rey y amenazado por todas partes por sus enemigos, no podría pagar semejante suma sin arruinarse; y he aquí por qué, a propuesta del obispo Tomás Bakocz, se rogó al rey de Nápoles que instara a su hija a que accediera al deseo de sus Estados, y hasta que se pidiera al Papa que interviniese en el conflicto. El rey de Nápoles la escribió, según dice ella, una carta autógrafa en este sentido; con esto los grandes de Hungría prestaron juramento de fidelidad en manos del embajador de Nápoles, Francisco de Monti, y juraron no abandonar nunca a su reina en la necesidad.

De este relato, intencionadamente adornado sin duda, se puede conjeturar que Beatriz, conociendo la penuria de dinero en que se encontraba el país, trató de ejercer presión sobre los ministros y asegurarse una influencia decisiva en el asunto de la elección de rey. De esta confesión de la reina, despréndese además con evidencia—cosa que de otra parte sabían muy bien los iniciados—que nunca había abrazado ella seriamente la causa de Juan Corvino, sino que tenía presentes sus propios intereses. No es verosímil, sin embargo, que se dejara guiar por consideraciones personales en la elección que hizo de Ulasz-

(1) Declaración de Beatriz del 18 de Setiembre de 1494, citada antes. (Biblioteca de San Marcos, Venecia.)

E. M.—Febrero 1913.

ló, lo que haría tal vez un poco más simpática su conducta, o, por lo menos, excusable. Hemos demostrado antes cuán poco fundamento tenía la sospecha de haber concebido ella, en vida de su marido, un amor apasionado por Ulaszló; la aserción de que Maximiliano la hubiera ofendido no se apoya en fundamento más serio (1). Es probable que aceptara más gustosa por marido a Ulaszló, al que conocía y le era simpático, que a Maximiliano, al que nunca había visto; pero si hubiera creído que la elección de este último triunfara más fácilmente, seguramente hubiese renunciado a Ulaszló; en una palabra, «su corazón permaneció mudo, solamente su ambición dictó su elección (2)».

Ulaszló, en efecto, parecía tener más probabilidades; los húngaros podían inclinarse con mayor facilidad a la candidatura de aquél que a la de Maximiliano, y como algunos grandes—el astuto obispo de Nagyvarad, entre otros,—dispuestos a abandonar el partido de Corvino, estaban persuadidos de que no tendrían el apoyo sincero de Beatriz del que necesitaban para su preferido, sino en el caso de que éste prometiera casarse con ella, hubo de ocurrírseles necesariamente la idea de ofrecerle a Beatriz la mano de su candidato, y esto no a la ligera, como para sondar el corazón de la reina, sino con la intención bien decidida de no cumplir su palabra. Así, pues, el plan de campaña que parecía tender al triunfo común de Beatriz y Ulaszló frente a los otros pretendientes, fue, en realidad, un engaño para uno de los presentes vencedores, y causó su ruina.

El 20 de Mayo, Juan Corvino puso efectivamente al arzobispo de Kalocsa en libertad, y a los pocos días, el 24, Beatriz

(1) Maximiliano no llamó a Beatriz «madre suya» en una carta famosa, lo cual, al decir de los antiguos historiadores, la había ofendido; el hecho lo ha desmentido Fraknoi, según Firnhaber: *La elección de Ulaszló*, II (en húngaro), págs. 7 y 8, y nota.

(2) Fraknoi, pág. 7.

dejaba el castillo de Buda para establecerse, no en su palacio de la ciudad, sino en el de Urbano, obispo de Eger, situado en las afueras, a orillas del Danubio. Quería aparentar no sentirse en seguridad en el castillo, a causa de Juan Corvino, que, decía Beatriz, no dejaba ir y venir libremente a las gentes de la reina (1). Según un despacho del ayo de Hipólito (2), este cambio de residencia se hizo por consejo de los ministros, que no querían separarse de la reina, y deseaban a toda costa mantenerla en su dignidad, aunque ella se hubiese declarado pronta a dejar el reino. Es probable que el embajador de Milán estuviera en lo cierto al considerar este acto de la reina como la señal de la ruptura con el príncipe Juan, y destinado al mismo tiempo a servir de orientación a los grandes reunidos para la elección; había también adivinado que se establecía no lejos del castillo, para permanecer en contacto diario con los grandes de su partido y tener en la mano los hilos secretos de la intriga de la que había de salir la elección de Ulaszló (3).

El embajador habíase ya dado cuenta de que la candidatura de Juan no triunfaría sino con ayuda de las armas, y consideraba sobre todo la actitud que tomara Juan Filipecz, obispo de Nagyvarad, como decisiva sobre las resoluciones de la Asamblea. Ahora bien; este obispo, como para prevenir el más íntimo deseo de Maffeo, se esforzó en separarle del partido de Corvino y atraerle al de Ulaszló, proponiendo para esposo de María Blanca al rey de Bohemia en vez del príncipe Juan. Es, pues, evidente que el astuto canciller estaba ya resuelto a prescindir de Beatriz en el momento que le pareciese propicio; de otra parte, la reina parece haber querido demostrar su desinterés, haciendo correr el rumor de que no era ella la que quería casarse con Ulaszló, sino lo que deseaba era casar a éste con la

(1) Bonfin: Dec. IV, lib. IX, págs. 483 y 484.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.) IV, pág. 212.

(3) Despachos del 22 y 25 de Mayo, págs. 201 y 204.

hija menor del rey de Nápoles, hermanastra de Beatriz, que tenía a la sazón once años (1).

Aunque la Dieta se había convocado para el 17 de Mayo, los electores no empezaron a reunirse hasta fines de mes. Al mismo tiempo llegaron también los delegados de los pretendientes: los del emperador de Alemania y del rey de Roma, del rey de Bohemia y del rey de Polonia. Los últimos, no habían ido para defender los intereses del anciano rey Casimiro, ni siquiera los de su hijo mayor, el rey de Bohemia, sino en calidad de representantes de su tercer hijo, el príncipe Juan Alberto, cuya candidatura había puesto su madre por propio impulso, según se decía, en oposición a la de su hijo mayor (2). Desde los primeros días de Junio, la nobleza con sus vasallos en armas—10.000 jinetes en total—acampaban en tiendas en la llanura de Rakós.

Los grandes se reunieron en la iglesia de Nuestra Señora en Pest, y las deliberaciones se llevaron en húngaro; de suerte que Hipólito no pudo seguirlas (3). Bien característico de la situación es, entre otros, el compromiso que debía aceptar el nuevo rey de abrogar las innovaciones introducidas por Matías y devolver los dominios «indebida e injustamente ocupados» por Matías y Beatriz (4); pero, en cambio, la garantía de las rentas cobradas hasta entonces por la reina figuraban también, a lo que parece, entre las condiciones impuestas; por lo menos, así puede deducirse de las proposiciones formuladas por Maximiliano (5).

El 7 de Junio, los magnates, presididos por el obispo Urbano de Nagylusce, en sustitución del palatino, se dirigieron al campo de Rakós, para oír en presencia de la nobleza a los delegados de los pretendientes. Los primeros que se presenta-

(1) Según los mismos despachos citados antes.

(2) Tubero, o. c. pág. 123.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 430.

(4) Fraknoi: *La elección de Ulaszló* (en húngaro), pág. 103.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 377.

ron, diciéndose sostenedores de las pretensiones de Juan Corvino, fueron los obispos Juan Filipecz y Tomás Bakocz, aunque todos supieran que sus discursos floridos y vacuos ocultaban miras distintas (1). Tras ellos, tomaron la palabra los delegados extranjeros.

Contando con la impaciencia de la nobleza menor, los partidarios del bravo Juan Alberto quisieron decidir la elección por sorpresa, y durante los discursos de los delegados, proclamaron al príncipe polaco rey de Hungría. Pero estaban en tan exigua minoría, que su tentativa fracasó ridículamente y abandonaron el campo al día siguiente. Este fracaso fue, sin embargo, causa de muchas perturbaciones, porque Juan Alberto se consideraba como elegido legalmente y no tardó en penetrar en el país.

Esteban Bathori se pasó del partido de Juan Alberto al de Ulaszló. Esteban Zapolyai, del mismo partido, llegó también a Buda. Los prelados y los grandes, agrupados alrededor de la reina y de Ulaszló, empezaron á creerse tanto más seguros del triunfo, cuanto que la marcha del partido polaco había arrastrado la de una gran parte de la nobleza menor, que carecía de víveres; ahora bien, entre ella es en la que Corvino contaba con más partidarios. Los obispos Filipecz y Bakocz pusieronse entonces al habla con el príncipe, cuyas probabilidades disminuían de día en día, para hacer que renunciase a sus pretensiones y entregase la corona. Hasta se llegó a un acuerdo en este punto el 11 de Junio. Según los términos de este tratado, Corvino se hubiera contentado con el título de rey de Bosnia y la posesión de esta provincia, de Croacia, Esclavania, Dalmacia y numerosas fortalezas en Hungría y Austria. Pero el rico y poderoso obispo de Pecs, Ernesto Segismundo, que había abrazado, con el arzobispo de Kalocsa, la causa de Juan, abandonó repentinamente la asamblea, y fué a la Hungría meridional, de donde volvió con el príncipe Lorenzo de Uglaki,

(1) Schönherr, o. c., págs. 131 y 132.

hijo del antiguo rey de Bosnia, con los principales señores de la región y con unos siete mil soldados. A la vista de este inesperado socorro, Corvino se arrepintió de la docilidad que había demostrado, y sus nuevos partidarios hicieron fracasar el proyecto del partido adverso, que quería hacer que la Dieta, cuyos miembros se encontraban, por lo menos en gran parte, dispersos, proclamase rey a Ulaszló el 15 de Junio.

Las oposiciones chocaron con más violencia que nunca, el partido de Corvino se encerró en la fortaleza de Buda, y Esteban de Bathori se disponía ya a sitiarla, cuando Corvino abandonó la ciudad, dejando en ella una guarnición de 1.000 hombres, y se dirigió al Sur, llevándose la corona, el tesoro y las riquezas del palacio (1).

Mientras tanto, Beatriz no había salido de su reserva aparente, aunque todos supieran que estaba perfectamente de acuerdo con los prelados que dirigían el partido de Ulaszló; todo el mundo le rendía honores reales como al jefe del poder ejecutivo, hasta el punto de que los grandes del Mediodía, agrupados en torno de Lorenzo de Ullaki, creyeron de su deber ir a presentarle sus homenajes en cuanto llegaran a Buda.

Habiendo apartado totalmente de los negocios a Juan Corvino, con quien no estaba al principio sino asociada, la reina gobernaba el país desde el palacio del obispo de Eger, en donde había establecido su residencia, por mediación de este último, que substituía al palatino (2). Publicaba edictos en materia de administración y de hacienda, administraba justicia, otorgaba y confirmaba franquicias (3) y hacía dones de

(1) Schönherr, o. c., pág. 134 y sig.

(2) Léese en la *Apología de Udri* (ed. Roszner), pág. 472: «... ipsa (Regina) gradatim, ac sensim interea Regni protestatem occuparet...»

(3) V. en los archivos secretos de la ciudad de Kassa el número 102; en los archivos públicos los núms. 633, 634, 635, 638 y 639 del año 1490, y en los archivos de la ciudad de Beszterczebanya, un documento fechado el 29 de Abril de 1490.

dominios; dedicada sobre todo a reclutar partidarios para su candidato, lo que puso fuertemente a contribución su fortuna personal y la obligó más adelante a buscar compensaciones. Regalaba también numerosos objetos de valor, hacía aún más promesas, y hasta amenazaba en ocasiones (1). Según un despacho enviado a Milán, se esforzaba en llevar a su partido al arzobispo de Kalccsa, con la promesa del birrete cardenalicio o, lo que parece menos verosímil, con la del arzobispado de Esztergom (2).

Los húngaros se engañaban grandemente cuando, deslumbrados por las liberalidades de Beatriz, creían que había aumentado tesoros durante el reinado de su marido. Sin duda, había pasado por su mano mucho dinero; pero, como se había visto, era demasiado gastadora para haber podido reunir una gruesa fortuna. El enviado de Milán, de ordinario muy bien informado, escribe a su soberano a principios de Setiembre, después de la muerte de Matías, que la reina apenas posee dinero contante; pero que, en cambio, tiene unos 100.000 escudos de oro de deudas (3), afirmación que parecen justificar los fuertes impuestos que puso desde aquella época a las ciudades mineras (4) y, más adelante, sus desesperados esfuerzos para procurarse dinero.

Por lo que concierne a la situación y administración del tesoro público en aquel tiempo, Matías, al decir de Bonfin, había dejado a su muerte 400.000 ducados en especies y bienes muebles; ignoramos la suma de dinero acuñado que figuraba en este total; pero el enviado dicho creía saber, el 8 de Mayo, que no había quedado bastante dinero contante para pagar

(1) *Apologia de Udis*, pág. 475. Tubero, o. c., pág. 128. Kachelmann. t. c., pág. 117.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 209.

(3) *Mon Hung.* (D. E.), IV, pág. 256.

(4) Hatvani (Horvath): *Magy. Tört. Okmánylar* (Colección de documentos para la historia de Hungría), págs. 11 y 14.

los funerales (1). Es igualmente un hecho que los acreedores de Matías asaltarán a Juan Corvino con sus reclamaciones; nada más que en Florencia debía 26.000 florines oro por suministros de alfombras y tapices para el ornato de su palacio (2), y el príncipe, así como sus partidarios, pedían sin cesar dinero a Milán; en cuanto a Ulaszló, encontró a su llegada el tesoro completamente exhausto.

En la cuestión del matrimonio, Beatriz desempeña siempre para el extranjero el papel de víctima resignada, dando a entender que solamente los intereses superiores del país podrían hacer que se despojase de su velo de viuda. Dice al embajador de Milán que desea retirarse a un claustro (3); en una carta a su hermana, tiene presentimientos de muerte. «Monseñor (Hipólito)—dice ella—goza de una excelente salud, y cuando sea mayor podrá elevarse aún en dignidad (pensaba sin duda en el cardenalato), lo que seguramente ocurrirá, con tal de que la reina de Hungría no muera antes (4).»

No tiene una confianza absoluta en Filipecz y sus otros partidarios de Hungría; por esto mantiene relaciones secretas con Maximiliano, que contaba a su primo Frangepan entre sus fieles, y cuyos delegados habían recibido orden de prestarle ayuda; es también probable que únicamente tendía ella a hacer desistir a Maximiliano del matrimonio milanés. Preténdese que pidió al Papa, por mediación de un legado, que la obligara a volverse a casar para bien del mundo cristiano (5), y puede ser que ella misma impulsara al rey de Bohemia a enviar nuevos delegados a Buda, a mediados de Junio, cuando había ya él perdido toda esperanza de hacerse elegir (6). Fue

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, 197 y 198.

(2) Schönherr, o. c., pág. 182.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 224.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 231.

(5) Despacho de Maffeo Tri, *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 206.

(6) Despacho de Costabili, pág. 430.

también la desconfianza demostrada por la reina la que hizo que los magnates del partido de Ulaszló enviase, por la misma fecha, a Filipecz a Viena, para invitar al rey de Bohemia, que marchaba sobre Hungría con un ejército de 15.000 hombres, a prometer el matrimonio a Beatriz, aunque los iniciados estuviesen ya perfectamente de acuerdo para no permitir que se realizase nunca semejante boda, y desembarazarse de la reina en cuanto pudieran hacerlo sin peligro (1).

La marcha imprevista de Corvino precipitó los acontecimientos. Un ejército considerable, al que se habían unido los vasallos de la reina y de Hipólito, marchó a las órdenes de Bathori y de Kinizsi en persecución de los fugitivos. Los alcanzó cerca de Gyönk, a orillas del Sar, y en el lugar llamado Csontmazó (Campos de los huesos), el 4 de Julio, los derrotó y dispersó las tropas del príncipe tras una lucha de corta duración. La caballería de la reina desempeñó un papel decisivo en la batalla (2). Este combate decidió de la suerte de Corvino, que en adelante no figura ya como pretendiente. Los vencedores volvieron a Buda el 12 de Julio; Bathori y Kinizsi traían también prisioneros, entre los que figuraba el prior de Urana, Bartolomé Beriszló, lleno de heridas, y en cierto modo ofendieron su botín a la reina (3).

Desde entonces, nadie más que Beatriz podía ya cerrar el camino del trono a Ulaszló; pero sabíase que no solamente le deseaba por rey, sino por marido, y sabíase muy bien igualmente que, si su deseo no se realizaba, estaba dispuesta a abrir a Maximiliano las puertas de las fortalezas que Hipólito y ella conservaban, cosa con la que a menudo había amenazado a los grandes (4). Había varios magnates que le eran afectos, ya por

(1) Schönherr, o. c. pág. 142 y siguientes.

(2) Bonfin: *Dec. VI*, lib. IX, págs. 485 y 486. Tubero: o. c., páginas 231 y 232.

(3) Tubero: o. c., pág. 135.

(4) Carta de Bakocz a Maffeo del 29 de Abril de 1491. (Archivos de Estado de Milán.)

agradecimiento o respeto a la memoria de Matías, ya deslumbrados por sus promesas; sabíase también que si la destronaban, formularía pretensiones exorbitantes, que el reino no podría satisfacer dada la situación de su hacienda. Preténdese que el mismo Matías había aconsejado que, muerto él, se dejase marchar a Beatriz, asegurándole una situación de fortuna digna de su rango (1), como ya los Estados lo aseguraron antaño a Catalina Podjebrad (2), y, si se puede creer en la sinceridad de las declaraciones que el obispo de Nagyvarad hizo al embajador de Milán, opinaba con Bakocz conformarse con la voluntad del rey; pero no podían entablar la lucha con los otros prelados y magnates que habían sido, decía él, corrompidos por la reina (3). Dícese también que Beatriz prometió a Ulaszló doscientos mil florines de oro como regalo de boda, así como su apoyo en la guerra contra sus rivales (4); por último, había también que contar con el rey de Nápoles, emparentado con tantas poderosas casas.

En cambio, convenía oponer a estas importantes razones los odios que Beatriz había excitado contra su persona durante la vida de su esposo y que no podían tardar en estallar; después, el temor de ver perpetuarse y hasta aumentar las perniciosas influencias que había hecho ella prevalecer en vida de Matías. También había que tener en cuenta la esterilidad de Beatriz, que expondría probablemente al país a nuevas agitaciones a la muerte de Ulaszló; preténdese que entre los duques había también una ley que prohibía a su rey casarse con una viuda (5). En fin, quedábale todavía a Ulaszló por salvar

(1) Joannes Sambus: Apéndice al *Epítome* de Ranzano, ed. Schwantner, II, págs. 513 y 514.

(2) Stephanus Kaprinay: *Hungaria diplomatica temporis Math. de Huvyad, Vindobonae*, 1771, pár. II, XLVIII, pag. 453.

(3) *Mon. Hung* (D. E.), IV, págs. 226, 229, 241 y 242.

(4) Despacho del obispo de Teano, del año 1494, citado antes.

(5) Bonfin: *Dec.* V, lib. I, pág. 498.

una grave dificultad de orden personal: estaba ligado, por un contrato de matrimonio, desde 1476, con la hija de Aquiles Alberto, marqués de Brandeburgo, la bella, pero infortunada Bárbara, con la que se negaba a casarse, porque, habiendo perdido la princesa sus derechos al ducado de Glogan, aquella unión no le ofrecía ya las mismas ventajas que antes (1).

Por esta razón probablemente se opuso el legado del Papa, según se dice, a que Ulaszló hiciese una nueva promesa de matrimonio (2).

Todo esto fue ciertamente objeto de profundas discusiones en la conferencia que los mandatarios de la nobleza mayor y menor tuvieron el 14 de Julio, y a cuyas resoluciones se habría seguramente adherido por adelantado el candidato al trono, Ulaszló.

Es difícil dar otro nombre que el de estafa al medio al que se decidieron recurrir. Si hubieran seguido el consejo de Matías, y despedido a Beatriz, satisfecha o no, a su país, o si la hubiesen encarcelado como peligrosa para la paz pública, si hubiesen incluso confiscado sus bienes, el procedimiento habría sido más brutal, más arriesgado, pero seguramente más honrado. En vez de esto, los Estados—de acuerdo probablemente con su candidato—decidieron proponer solemnemente a Beatriz la mano de Ulaszló, a quien harían prometer la boda, engañar a la reina mientras que tuvieran necesidad de su apoyo material y moral, pero no permitir a Ulaszló cumplir su promesa, hacerle contraer otro matrimonio, y deshacerse de la reina cuando y como pudieran. El cronista dálmata contemporáneo, Tubero, refiere que los autores del proyecto se jactaron más adelante «de haber empleado procedimientos italianos» con la astuta italiana (3).

El primer acto de esta indigna comedia se representó el

(1) Fraknoi: *La elección de Ulaszló* (en húngaro), pág. 196.

(2) Despacho del obispo de Teano, citado antes.

(3) «*Italica sane arte adversus Italiam usi*», d. c., pág. 128.

mismo día; los obispos y magnates se presentaron a la reina, la rogaron «que diera su consentimiento a la elección de Ulaszló, y le aceptara por esposo, de manera que pudiera seguir siendo la reina de los solicitantes». Declararon solemnemente que si Ulaszló «cediendo a una tentación diabólica», llegara a negarse a consumar el matrimonio, le abandonarían todos, y tomarían el partido de su «dama y reina», y confirmaron esta promesa con un juramento. Beatriz contestó que consentía en la unión propuesta, que levantaba acta de la promesa hecha en nombre de Ulaszló, y daba su adhesión «a que la Dieta proclamase rey a Ulaszló, y reina a ella». Los grandes replicaron que podía considerar el matrimonio como cosa hecha, y considerarse como la mujer de Ulaszló, y por consiguiente, dejar ella y su corte el luto que llevaba por su difunto marido.

La descripción de esta escena no se apoya únicamente en una declaración de Beatriz, sino en un acta notarial, levantada más adelante, en presencia de numerosas notabilidades laicas y eclesiásticas (1); además, este relato se encuentra corroborado en sus grandes líneas, por las relaciones que nos han dejado de este acontecimiento los autores contemporáneos, y por las consecuencias que tuvo. Se halla en contradicción formal, cierto es, con las declaraciones ulteriores de Ulaszló; pero, en vista del poco crédito que merecen los dichos de una y otra parte, es imposible considerar como desprovisto de todo fundamento lo alegado por la viuda, que afirmó después que la procuración autorizando a los magnates a hacer la promesa de matrimonio estaba confirmada por una carta autógrafa del rey (2).

Al día siguiente los Estados se reunieron en la iglesia de San Jorge, de Buda, y celebraron una asamblea pública, a la

(1) V. la declaración de Beatriz de 1494, citada antes, así como el acta notarial hecha por orden de la reina, el 22 de Marzo de 1492, y cuyo original se encuentra en el Museo Nacional húngaro.

(2) V. la nota anterior.

que asistieron también los delegados extranjeros. Después de la misa, a propuesta del obispo de Eger, que ocupaba la presidencia en calidad de representante del palatino, la Dieta proclamó por unanimidad a Ulaszló rey de Hungría, a condición de casarse con la viuda de Matías y tomarla por compañera de reinado (1).

Al notificar su decisión a las potencias y a las autoridades, los Estados se refieren también expresamente al consentimiento dado por la reina viuda a esta elección (2), y hasta pidieron seguidamente a Beatriz, según se dice, una importante cantidad de dinero para alistar soldados (3).

Al decir de Bonfin, el pueblo acogió con mucha alegría la noticia de la elección, y en las calles resonó todo el día el nombre de Ulaszló. Pero la más satisfecha era Beatriz: hizo que se arrojara dinero a la multitud que se agolpaba bajo las ventanas (4); al nuncio, que la felicitaba, creyó poderle prometer un triunfo completo sobre los turcos (5), e hizo que Hipólito escribiera al marqués de Mantua diciéndole que la elección hecha redundaría en el mayor bien del reino (6).

A decir verdad, las perspectivas estaban lejos de ser tan brillantes. Los delegados de Maximiliano habían hecho una declaración llena de censuras, conteniendo incluso amenazas, y al poco tiempo se supo, por noticias llegadas de Alta Hungría, que el príncipe Juan Alberto de Polonia había lanzado un manifiesto, en el que, pretendiendo que había sido elegido

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 242 y 243.

(2) *Carta de aviso de los Estados de Hungría a la ciudad de Sanct-Pölten, Történelmi Tár* (Colección de documentos históricos), 1908, lib. I, pág. 154.

(3) Acta notarial de 1492; carta del rey de Nápoles a la duquesa de Ferrara, del 13 de Agosto de 1490. (Archivos de Módena, div. cit.)

(4) Bonfin: *Dec.* IV, lib IX, pág. 427. M. Bel: *Notitia*, etc., 1, 3, pág. 231.

(5) Fraknoi: o. c., pág. 198.

(6) Carta de Hipólito, del 16 de Julio. Archivos de Estado de Mantua.

por la asamblea de Rakós, invitaba al pueblo a unirse con él (1).

En estas circunstancias, lo más urgente pareció hacer venir a Ulaszló con su ejército; después, entenderse con Juan Corvino para que devolviese la corona. El arreglo con este último se hizo sin grandes dificultades. Dirigióse entonces una brillante diputación, presidida por el obispo de Nagyvarad, a la frontera del reino para recibir a Ulaszló, a quien le habían ya enviado, al decir del embajador de Milán, 10.000 ducados para sus primeros gastos (2).

El encuentro se celebró el último día de Julio, en Farkashida, en donde Juan Filipecz saludó al rey en nombre de sus nuevos súbditos y le dió a conocer las condiciones con que se le había elegido. Su discurso no decía palabra de la comedia que se iba a representar con Beatriz, pero es cierto que entre Ulaszló y los magnates se había hecho el pacto sobre la conducta que había de seguirse (3).

He aquí cómo Tubero expone los hechos: El obispo de Nagyvarad, al terminar su arenga oficial, dijo a Ulaszló, a título de consejo: «En nuestro país se encuentra la mujer de Matías Corvino e hija del rey de Nápoles, a la que bien debes conocer de fama... Sabemos que ella quiere inducirte a casarte con ella, y que se esfuerza en ganar a toda costa a los grandes del reino a la realización de tal proyecto. Pero has de saber también que los húngaros quieren proceder con ella a la moda italiana: engañarla con hermosas promesas mientras no la hayan quitado todo su dinero, que constituye su principal fuerza. Líbrate, pues, de dejarte seducir por sus promesas, y contraer una unión estéril, como Matías, que se arrepintió de ella, o comprometer

(1) L. Szalay: o. c., III, pág. 362.

(2) Despacho de Maffeo. Triv. del 26 de Julio. *Mon. Hung.* (D. E), IV, pág. 244.

(3) Un ejemplar del convenio de Farkashida se encuentra en los Archivos Nacionales de Budapest. D., núm. 19.658.

frívolamente el honor legendario de tu familia haciendo una promesa que no podrías cumplir. Callaré por pudor las otras razones que tienes de abstenerte... mas, para cumplir con mi deber y con la misión que Hungría me ha confiado, te aconsejo que huyas de esa napolitana como de la peste y el espíritu maligno, y considera sus falaces promesas como envenenadas; contempla, para instruirte, el triste ejemplo de Matías; créate un hogar más feliz, preserva la sencillez de las costumbres cheques del contagio de los ejemplos procedentes de Ultramar.» Y Ulaszló declaró acceder con solicitud a todo lo que se le pedía (1).

No es nada creíble que el orador de la delegación húngara hablara con semejante cinismo del artificio que pensaba usar; pero las palabras que pone en sus labios el sabio cronista están en perfecta conformidad con los procedimientos que efectivamente emplearon los grandes con Beatriz; caracterizan el odio que los húngaros la habían consagrado, y, al mismo tiempo, el temor que les inspiraba. El hecho de que los diputados dieran tales consejos a Ulaszló, y hasta de que le obligaran a jurar que no se casaría con Beatriz, está probado por la declaración que hizo el rey cuatro años después ante el legado del Papa (2), aunque un escrito apologético anónimo, aparecido algún tiempo antes, pero que puede ser considerado como un alegato oficial, presenta los hechos de la manera siguiente: los grandes le pidieron que accediera a casarse con Beatriz, o, por lo menos, a simular acceder, y él fue quien rechazó formalmente la idea del matrimonio, en atención a la promesa que tenía hecha a Bárbara de Brandeburgo (3).

El 9 de Agosto, Ulaszló hizo su entrada solemne en Buda, con todo su séquito; pero se le había adelantado su hermano, el belicoso Juan Alberto, que la víspera había establecido su

(1) Tubero: o. c., págs. 140-143.

(2) Despacho del obispo de Teano, del año 1494, citado antes.

(3) *Apología de Udis*, pág. 455.

campamento cerca de Pest, en la orilla izquierda del Danubio, de manera que los dos pretendientes y sus tropas no estaban separados sino por el río. Ulaszló envió diputados a su hermano, después fué él mismo a verle, pero las negociaciones no dieron ningún resultado. Por fin, las tropas de Juan Alberto marcharon a la Alta Hungría, con la esperanza de aprovisionarse allí más fácilmente.

Beatriz, que seguía reclusa en su morada, esperaba con impaciencia bien comprensible a Ulaszló, al que creía poder considerar como su esposo. Había mandado a Nápoles informes tan positivos sobre el acontecimiento, que ya se disponían allí a festejar, el 12 de Agosto, con torneos, el nuevo matrimonio de la reina de Hungría (1); y Fernando, en cartas a su otra hija, la duquesa de Ferrara, expresaba su satisfacción por el feliz giro que habían tomado los asuntos de Beatriz y de Hungría (2). En fin—después de muchos ruegos, a lo que parece (3),—Ulaszló fué a ver a la reina el 14 de Agosto; pero esta visita la causó una espantosa decepción. El rey se limitó a asegurar a Beatriz que la respetaría y la protegería como una hermana, en memoria a la amistad fraternal que le unió con Matías. La reina esperaba, naturalmente, una cosa muy distinta, y aquel comienzo la produjo tal confusión, que ella, que de ordinario no se turbaba fácilmente y que nunca la faltaban buenas frases, no supo entonces qué responderle. Pero, cuando salió Ulaszló, la sorpresa de la reina se trocó en furor; llenó de violentas censuras y de injurias a los grandes que la rodeaban; después mandó llamar a otros, que acudieron a la fuerza; les acusó de perfidia, y les reprochó, sobre todo, no ha-

(1) Leostello: *Effemeridi*, etc., pág. 358.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 253; véase una carta anterior del rey de Nápoles en los Archivos de Módena. (Lett. d. Princ. Est. Napoli. Busta I.)

(3) «Cuasi mendicato», dice el enviado de Milán en el despacho del que tomamos estos detalles. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 255 y siguientes.

berla permitido ocupar el castillo real después del arreglo hecho con el príncipe Juan, para entregárselo ella misma al rey que hubiera comprendido entonces que no puede considerarla como una «hermana». Los señores se esforzaron en calmarla, tratando de probarla que cumplirían su promesa; dijéronla que harían lo posible para que el rey consintiese en casarse; pero que no podían nada contra su voluntad. Todo esto no calmó la cólera de Beatriz; dió ocho días al rey para hacer una declaración categórica, sin explicar claramente, sin embargo, lo que hará ella a la terminación de este plazo. Una vez le amenazó con pedir su dote y todo lo que había desembolsado desde la muerte del rey, sumas que estimaba elevarse a quinientos mil escudos de oro; pero a las que los húngaros empezaban a oponer, a lo que parece, las enormes cantidades de dinero y los objetos valiosos que la reina y sus partidarios habían quitado al país (1); otra vez, decía a manera de amenaza, que se marcharía de Buda para retirarse a Esztergom. El rey contestaba evasivamente cuando se le hablaba de boda; decía que no hay que precipitarse en estas cosas; después hablaba del dote con que podía contar si hacía otra boda, porque era pobre y el país estaba exhausto y amenazado de guerra por dos lados. No tenía gran confianza, a lo que parece, en el dote prometido por Beatriz, porque el rey de Nápoles es el único que hubiera podido darlo, y era difícil arrancarle nada.

La necesidad de proceder cuanto antes a la coronación sirvió de pretexto para prolongar el plazo, porque la ofensiva tomada por los pretendientes derrotados hacía la consagración urgente. Maximiliano se había apoderado de Viena y Juan Alberto recorría la misma Hungría; pero Beatriz ignoraba que, en medio de estas circunstancias, no se habían abandonado los proyectos de boda del rey, pero encaminados a otra persona. El embajador de Milán, al ver que no se había elegido a Juan

(1) Despacho de J. Trotti, enviado de Milán en Ferrara, del 3 de Octubre de 1490; Archivos de Módena, div. cit.

Corvino y que los Estados habían prometido la mano de Ulaszló a Beatriz, consideró terminada su misión y, después de expresar su enojo respecto a la violación de los compromisos contraídos con él, salió de Buda para retirarse a la abadía de Pecsvarad, regalo del rey difunto a Ascanio Sforza. A principios de Setiembre se celebró una conferencia secreta en casa del obispo de Eger; había que deliberar sobre la penuria del tesoro; pero no se encontró otro medio de remediar la situación que inclinar al débil Ulaszló a hacer proposiciones de matrimonio a los Sforza, con la esperanza de tener un dote lo antes posible. Los obispos de Nagyvarad y de Györ transmitieron inmediatamente esta proposición a los mandatarios del embajador de Milán. Es innegable, por lo demás, que en favor de este proyecto militaban importantes razones políticas, aunque fuese, como se sabe, una violación de la fe jurada, y los grandes tenían tanto más derecho a esperar que su proposición fuese acogida favorablemente, cuanto que el duque de Milán, al enterarse del proyecto de matrimonio entre Ulaszló y Beatriz, preguntó «si no podría impedirse semejante unión» (1).

Mientras que los mismos que habían prometido la mano de Ulaszló a Beatriz apoyaban semejantes proyectos, el nuevo rey se apresuraba a hacerse coronar con la corona traída de Visegrad. Salió de Buda el 13 de Setiembre, después de haber hecho una segunda visita a la reina, y la coronación se celebró en Szekesfehervar, el 18 del mismo mes. Preténdese que el rey juró entonces casarse con Beatriz (2). El nuevo rey hizo de Tomás Bakocz, obispo de Györ, su canciller, puesto vacante al mismo tiempo que la Sede episcopal de Nagyvarad, porque el obispo Juan Filipecz, que había contribuido a la elevación

(1) Fraknoi: *La elección de Ulaszló* (en húngaro), págs. 25-5, 2-9. Despachos de embajadores. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 245, 253 y 259. Instrucciones del duque de Milán a su embajador, del 8 de Agosto de 1490, en los Archivos de Milán. Sez. Stur. Por. Est. Ungheria.

(2) Acta notarial de 1492.

de Ulaszló, pero que había también creado una situación excesivamente embrollada por su conducta artificiosa en el asunto del matrimonio, había dimitido su cargo y renunciado a los bienes de este mundo para cumplir, a lo que se dice, un antiguo voto, y se había retirado al convento de franciscanos que fundara en Olmutz (1).

Beatriz aprovechó la situación penosa en que se encontró Ulaszló, atacado por Maximiliano y Juan Alberto, para dirigirle nuevas amenazas; dejando Buda con su sobrino, el arzobispo Hipólito, habíase retirado a Eztergom (2), y hacía anunciar que entregaría al enemigo los castillos de Esztergom, Diosgyor y Zolyom, si Ulaszló no cumplía su palabra; y, para dar más fuerza a sus amenazas, reforzó sus tropas (3). Los grandes conjuraron entonces al rey a que calmara de una manera o de otra a la irritada viuda, a la que él hizo también por entonces varias visitas, a lo que se dice (4), pero insistieron vivamente en que no se casara de modo alguno. El que ha mentido una vez se ve obligado a seguir hasta el fin el camino de la mentira; tal fue el caso de Ulaszló.

Apenas de vuelta a Buda, mandó llamar en secreto al embajador de Milán, Maffeo Trivillense, que hubo de acudir de noche disfrazado; el rey le recibió en presencia de Bakocz, obispo de Győr, y de Schellenberg, su canciller por Bohemia, y habló de un matrimonio entre él y Blanca Sforza, insistiendo principalmente en la cuestión del dote, que fue objeto de un verdadero regateo entre el embajador y los dos cancilleres (5). No se tomó ninguna resolución definitiva; decidióse solamente

(1) Bonfin: *Dec.* IV, lib. X, págs. 493-497. Tubero: o. c., págs. 126, 141, 142, 145 y 146.

(2) Istvanffy: *Historiarum de regus Ungaricis*, libro XXXIV, pág. 8.

(3) *Udis*, pág. 467 y otras.

(4) Despacho del embajador de Milán en Ferrara de 1.º de Noviembre. Archivos de Módena, div. cit.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 273 y 279. Fraknoi: *Tomás Bakocz* (en húngaro), págs. 41 y 42.

que Maffeo saldría inmediatamente para Milán, a fin de arreglar el asunto de viva voz.

Casi al mismo tiempo, el 4 de Octubre, el rey convocó un consejo de ministros, y les declaró solemnemente que se veía obligado a contraer un matrimonio de fórmula con Beatriz, pero que esta unión no se consumaría, y que la consideraba de antemano como nula, puesto que se le imponía a la fuerza.

El texto de esta «protesta» de Ulaszló, publicado por su historiador y cortesano Banficir (1), concuerda casi palabra por palabra con el del alegato anónimo escrito por orden del rey, tres años después, cuando su proceso de nulidad de matrimonio (2); he aquí en sustancia la declaración:

«Cuando mi elección como rey de Hungría, varios me suplicaron que aceptase por mujer a Beatriz de Aragón, y me prometieron que en este caso desistiría ella no solamente del reembolso de los 200.000 ducados de su dote, sino de los 300.000 que le corresponden por otros conceptos; es decir, que entregaría estas cantidades para los gastos de guerra. Pero, cambiando de parecer, Beatriz se ha negado a cumplir su promesa, sin perjuicio de exigir que me case con ella; ha alistado un gran ejército, ha contraído alianzas con soberanos extranjeros, les ha excitado en secreto contra mí, me ha amenazado, si no me caso con ella, con entregar sus castillos a mis adversarios, echarme del reino, tratar como enemigos a mis partidarios. Juro aquí, ante Dios que, por todas estas razones, y, en particular a causa de su esterilidad, no me casaré con la reina Beatriz, y que si le hice en el pasado y le hago para el porvenir semejante promesa, es a instancias vuestras, en interés del país y obligado por la necesidad, porque habiendo licenciado mis tropas cheques, no tengo otro medio de evitar los peligros que amenazan al reino y a la cristiandad por parte de la reina. Por esto, obligado a luchar con la astucia, contraeré,

(1) *Dec. V*, libro I, págs. 498 y 499.

(2) *Apología de Udis* (ed. cit.), págs. 456 y 457.

siguiendo vuestro consejo, un matrimonio por fórmula con Beatriz, a fin de expulsar tanto más fácilmente al enemigo, cuanto que la situación en que nos pone la reina habrá mejorado. Pero para que no se me pueda acusar de engaño, os declaro que nunca he deseado ni deseo casarme con Beatriz, y que si contraigo un matrimonio de fórmula—*per verba de praesenti*, como se dice—lo tendré siempre por nulo.»

Con arreglo a estas intenciones, Ulaszló avisó a la reina que estaba dispuesto a contraer el matrimonio, pero que razones importantes exigían que se hiciese en secreto. Beatriz, sin sospechar, a lo que parece, el lazo, y para lograr más pronto sus fines, consintió en que la ceremonia se celebrase en su morada, en presencia solamente de algunos familiares (1).

Ulaszló se hizo acompañar de los obispos de Eger y de Győr, de Esteban Bathori, Pablo Kinizsi y Shellenberg, su canciller por Bohemia; Beatriz estaba rodeada por numerosos personajes de su corte, entre otros, Pedro Gereb, Ladislao Losanczi y de los enviados de Nápoles, cuando el rey se presentó de noche, inmediatamente después de la declaración a los grandes arriba mencionados (2). Después de cambiados los saludos de rúbrica, el rey, la reina, el obispo de Győr y algunos iniciados se retiraron a un rincón de la sala. Entonces el obispo de Győr, juntando las manos, hizo al rey esta pregunta: «¿Quiere Vuestra Majestad tomar por esposa legítima, según las reglas de la Santa Iglesia romana, a Su Majestad la Reina, aquí presente?» El rey, según su propia declaración, contestó: «Sí», y según la de la reina, confirmada por las personas presentes: «Quiero». El obispo, dirigiéndose entonces a la reina, la dijo: «¿Quiere Vuestra Majestad tomar por esposo, según las reglas de la Santa Iglesia romana, a Su Majestad el Rey, aquí presente?» A lo que la reina contestó: «Quiero», y el obispo dió la bendición nupcial a los desposados. Ulaszló repitió entonces su

(1) Fraknoi: *Bakocz T.*, págs. 39 y 40.

(2) Según el acta notarial de 1492 y la declaración de 1494, citadas.

ruego respecto al secreto «hasta que se quitara cierto obstáculo», y se retiró, sin demostrar «con un beso, una sonrisa o una caricia», que se despedía de su mujer, sino, por el contrario, «con aire serio, como un extraño se despide de un extraño», dejando a la reina conturbada, de una parte, por la alegría del triunfo; de otra, por las sospechas que se alzaban en su alma, agriada por las decepciones (1).

ALBERTO DE BERZEVICZY

(Continuará.)

(1) Bonfin: loc. cit.; el relato (1494), varias veces citado, del obispo de Teano, pone textualmente las palabras del matrimonio. El acta notarial, mandada levantar por Beatriz, y su declaración, no se apartan de este texto sino en las palabras «vis y volo»; más adelante se puso como caso de nulidad el que Ulaszló había dicho «sí» en vez de «quiero».

LA AMÉRICA MODERNA

Necesidad de la alianza de los grandes Estados suramericanos. Europa contra la doctrina de Monroe. El reparto del Brasil. Necesidad de la fuerza militar en la vida económico-nacional. La experiencia europea. La era mercantilista. La era librecambista. El neomercantilismo. La tendencia imperialista. Los pacifistas en América y en España. La discutida doctrina de Costa. Error de sus glosadores.—Las supersticiones nacionales. Las supersticiones en la Argentina, según el Dr. Korn.—El estado financiero en Cuba.—Los salarios en Cuba.—Alfonso XIII y España juzgados en la Argentina. El viaje del Rey a América.

La formación de la gran alianza suramericana, bautizada con el nombre de A B C suramericano, despierta en algunos escritores resabios de viejo pacifismo. La Argentina, el Brasil y Chile, para constituirse en alianza, necesitan realizar fuertes desembolsos para aumentar su poder ofensivo y defensivo, y esto se combate por los pacifistas, que no ven las amenazas de los Estados Unidos, ni las líneas de fuerza que su expansión guerrera y comercial va trazando en el continente colombino. Los suramericanos no deben olvidar la experiencia europea ante el problema de su defensa. Pero hay algo más en el problema de la alianza del A B C suramericano, y es que Europa no renuncia a su expansión en América, a pesar de la manoseada doctrina de Monroe.

La idea de tal expansión ha sido lanzada en Inglaterra.

El inglés que lanzó la idea en el *Spectator*, de Londres,

y que reproduce la revista *Hispania*, de Londres también, en 1.º de Enero del corriente año, decía así:

«La queja que Alemania tiene de nosotros, es que le hemos obstruído su expansión colonial, de la que ese imperio tanto necesita para su excedente de población. Hay un medio de que los alemanes, que son nuestros parientes consanguíneos, realicen sus aspiraciones de desarrollo colonial sin herir nuestras susceptibilidades. Existe una región, que si no es la más rica del mundo, lo es tanto como la que más lo sea, y es al mismo tiempo un país de los peor gobernados que existen en el hemisferio occidental. Ese país es el Brasil. Que Alemania se apodere del Brasil. Así Alemania encontraría campo para su expansión, y el Brasil vendría a ser un país seguro para la vida civilizada y enormemente próspero. Pero ya oigo que se me dice: ¿y la doctrina de Monroe? Mi respuesta es que la doctrina de Monroe en nuestros tiempos actuales es el más falaz y temerario de los engaños (*bluff*), que se saca generalmente a relucir con objetos electorales, inmediatamente antes de una campaña presidencial... La doctrina de Monroe no está reconocida en el derecho internacional. En el año 1835, la Gran Bretaña extendió sus límites en territorio hondureño. Mr. Andrew Jackson, que era Presidente de los Estados Unidos a la sazón, dijo «que no se preocupaba por esas cosas». En 1841, la Gran Bretaña se apoderó de la isla Ruatán, cerca de la costa de Honduras, sin que los Estados Unidos protestaran. Alemania, con idéntica inmunidad, bloqueó los puertos de Nicaragua con objeto de obtener compensaciones por insultos dirigidos a uno de sus cónsules. Además, Francia desembarcó tropas en Méjico en 1864, con objeto de colocar al emperador Maximiliano en el trono. Por consiguiente, es razonable suponer que, con excepción de ciertos casos, la doctrina de Monroe no sería sostenida por los Estados Unidos. Pero aunque lo fuera, Alemania, con su marina superior, no podría ser detenida por ninguna combinación naval que se organizara en el hemisferio occidental. Para la anexión del Brasil no es probable que se necesite un

grande ataque de hombres y de armas, *vi et armis*. Además, hay una fuerte población alemana, sobre todo en San Pablo... El Gobierno brasileño nunca es popular, y una suma de dinero para ser empleado secretamente realizaría mejores resultados que el retumbar de la artillería o el fragor de las armas menores. Una vez realizada esa anexión, los inmensos recursos del país, bajo un Gobierno estable que obtuviera una reducción del crimen y de la corrupción, se abriría a la civilización del mundo y el comercio se duplicaría. La Gran Bretaña obtendría ventajas notables con el aumento de su comercio en el Brasil, con el robustecimiento de su amistad con Alemania, y la vida y la prosperidad de los ciudadanos brasileños se encontrarían relativamente aseguradas. Repito que es necesario que Alemania se apodere del Brasil.»

Si estos propósitos no justificasen bastante la política de defensa de los Estados suramericanos, las exigencias de la expansión comercial la demandarían. Los pacifistas hablan mucho de obras de la paz, de las expansiones comerciales independientemente de las fuerzas de guerra, como si la expansión comercial pudiese llevarse a cabo sin fuerza militar. Aun en el caso de no estar amagados los Estados suramericanos por enemigos poderosos, las exigencias de sus respectivas economías nacionales harían necesarios los aumentos de guerra. Cuando se discutió en Alemania el gran aumento de la flota, se hizo una propaganda por los más ilustres historiadores y economistas sobre la conexión de un poder militar y la expansión comercial notable por todos conceptos. De tal información reproduciremos lo más saliente, debido a Gustavo Schmoller.

La política comercial, ¿puede desenvolverse independiente de la política militar de los Estados? Los pacifistas, los políticos radicales y los partidos obreros, imbuídos de idealismos, afirman la posibilidad de tal separación; pero la realidad demuestra que tales afirmaciones tienen un valor muy relativo, sobre todo en la época presente no tienen ninguno.

Durante la época de formación de las modernas nacionali-

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEU BARCELONÉS

dades del siglo XVI al XVIII, cuando éstas luchaban por conquistarse el mundo colonial conocido, y obtener sus ventajas cuando se esforzaban por dominar el gran comercio, ponían en práctica medidas político-comerciales de gran rigor; se establecían leyes nacionales de protección aduanera y de navegación, se ponían trabas a la exportación, se ponía gran dureza en el derecho para los extranjeros, y se proclamaba un bárbaro derecho de gentes; las colonias se explotaban brutalmente, e innumerables guerras comerciales y coloniales completaban el cuadro de fuerza; la teoría del mercantilismo afirmaba la necesidad de la intervención de los medios de fuerza, de los ejércitos y de las flotas, en la vida económica; el comercio le concibe como una lucha: un Estado sólo puede ganar lo que otro Estado pierde. Los tratados de comercio se hacían con toda clase de engaños para sacar grandes ventajas; los pequeños Estados fueron maltratados y explotados. Las guerras napoleónicas constituyen la cúspide de esta clase de política económica y comercial que perseguía el aniquilamiento de los concurrentes mediante actuaciones de fuerza, arrebatando las colonias ajenas y destruyendo su marina mercante.

Las ideas cambiaron en este orden con las concepciones de la Enciclopedia, y con las teorías económicas de Adam Smith; se contrapusieron otras ideas a las mercantilistas respecto de las relaciones de los Estados entre sí, de su política comercial y de sus relaciones varias, imperando tales ideales rectores desde 1815 a 1870. Tales concepciones fueron unilaterales, pero más humanas, más idealistas; como correctivos de las antiguas concepciones y hasta como necesarias y saludables pueden considerarse. La utilidad recíproca del comercio internacional era concebida unilateralmente, descartando todo medio de fuerza en la concurrencia económica entre los Estados. Se concebían los Estados en su totalidad iguales en poder y dotados por la naturaleza de distinta manera para fomentar pacíficamente el intercambio gracias a la Providencia. Apareció un derecho de gentes más humano y un derecho de guerra marítimo menos

duro; se admitió en la concurrencia interior a los extranjeros y las mercancías del comercio exterior. Parecía que la rivalidad mercantil y las guerras comerciales habían desaparecido, y todo se había de desenvolver en medio de una paz inacabable, sin otra concurrencia que la naturalmente dada por las cualidades naturales de las cosas.

Todas estas concepciones tuvieron su repercusión en las leyes. La ley aduanera de Prusia de 1818 en ellas se inspiraba; las grandes reformas comerciales y aduaneras de Inglaterra de 1842 a 1860, bebieron en las mismas fuentes, y los mismos principios fueron observados por Napoleón III bajo el influjo de Chevalier, Rouher y Cobden. La declaración política en la vida de los partidos la hacía Cobden cuando afirmaba que Inglaterra no necesitaba de ningún aumento de flota de guerra que, por otra parte, no haría sino despertar el odio de las demás naciones; la superioridad comercial estaba garantizada por la excelencia de la producción inglesa; solamente la reducción de los gastos del Ejército y de la Armada elevaría el bienestar nacional. Inglaterra necesitaba renunciar al derecho de bloqueo, al de visita e inspección de los buques extranjeros en caso de guerra... Hasta el imperio colonial inglés se juzgó como una carga más bien que como una ventaja, por lo que era conveniente el reconocer su independencia cuanto antes. La política comercial y colonial de la mayor parte de los Estados europeos se inspiró al igual de Inglaterra en estas ideas durante los años de 1840 a 1870. Los hamburgueses dijeron entonces que la marina de guerra les perjudicaba en su comercio porque precisamente la falta de protección en el exterior obligaba a los comerciantes a ser más inteligentes, honrados y previsores. Hasta llegaron estos buenos hamburgueses a escuchar con paciencia al presidente Jackson, que les llamaba gallinas metidas en el corral americano, que sólo la piedad les libraba de ser pisoteadas por el casco de los americanos.

El mismo Bismarck siguió en sus primeros tiempos estas teorías del derecho liberal que habían abierto a los comercian-

tes alemanes las colonias, principalmente las inglesas; pero a medida que los hechos le iban demostrando la falta de igualdad de trato con los alemanes, comenzó el canciller a procurar una flota y colonias para Alemania.

Esta orientación consiguió grandes progresos con sus tendencias liberales, librecambistas, pacifistas, sobre la base de igualdad de todos los Estados. La economía mundial moderna creció sobre estas bases. Los Estados poco poderosos pudieron desenvolverse como Bélgica y Suíza, y Alemania pudo, sin grandes fuerzas militares, aumentar su comercio y su exportación.

Si hubiese perdurado aquella política que preconizaba Cobden y representó Gladstone, la de renunciar a nuevas colonizaciones, la de emancipar las existentes, la de no aumentar la flota de guerra, entonces otros Estados, como Alemania, no habrían necesitado nuevas defensas por mar.

Pero tal estado de cosas no podía prolongarse; la concepción liberal, librecambista, pacifista, era muy unilateral, idealista y no podía mantenerse. El movimiento proteccionista del año 70 comenzó a rectificarla, movimiento que fue una consecuencia de la creciente concurrencia internacional, de los grandes aumentos de población que se notaban por doquier, de la dificultad, cada vez mayor, de procurarse dentro de cada país los medios financieros necesarios y de mantener la exportación indispensable para la producción nacional.

La nueva tendencia de los Estados que se esfuerzan en busca de extensiones coloniales y de esferas de intereses en otras partes del mundo, está en conexión con los determinantes ahora mencionados. La política comercial y colonial de Inglaterra permanece en buena parte siendo librecambista; pero no en su principio fundamental, o sea la abstención en el empleo de los medios de fuerza, que con Disraeli comenzó a orientarse en sentido contrario al observado por Gladstone. En los últimos cuarenta años se ha venido demostrando que la concurrencia internacional es, a pesar de los progresos del derecho liberal,

una lucha de fuerzas, mediante prohibiciones y aduanas, flotas y posesiones coloniales, con amenazas de guerra, bloqueos, inspecciones de buques, prohibiciones para utilizar cables y estaciones carboníferas... Cuando se preparó de 1860 a 1890 el gran reparto de la tierra, se vió que todo poder y bienestar de los Estados dependía de su expansión. Los progresos de la industria, de la navegación, de la población, constriñeron a los Estados a conquistar mercados, colonias de plantación, esferas de influencia, estaciones de carbón, a asegurar la comunicación de los cables, y, finalmente, todos han reconocido que los grandes territorios en poder de los bárbaros, hoy inutilizables, sólo pueden serlo mediante el protectorado de la administración de los pueblos cultos, y para eso es necesario que se posean flotas y se soporten luchas y se afronten conflictos.

La nueva tendencia se impuso más o menos pronto en Europa, y de desear es que se conserve lo bueno de todo lo conquistado por el derecho liberal, porque de lo contrario, se caería en las antiguas exageraciones del mercantilismo, en las luchas comerciales de los siglos xvii y xviii. No hay que conceder gran valor a las declaraciones de los gobernantes que alardean de pacifistas. En 1876 declaraba Disraeli que Inglaterra no era un Estado agresivo, y lo mismo se expresaron Salisbury y Roseberry; pero al mismo tiempo que así hablaba Disraeli, ponía su mano en el Natal, Chipre, Egipto y Birmania; el territorio británico se extendía desde 1866 a 1899, de 12,6 millones de kilómetros cuadrados a 27,8. Otros grandes Estados no se quedaron atrás: los Estados Unidos crecieron, de 1800 a 1900, de 2 a 9,3 millones de kilómetros cuadrados; Rusia, desde 1866 a 1899, de 12,9 a 22,4. Añádase a esto lo ganado por Inglaterra en el Sur de Africa, por Francia en Marruecos, por Alemania e Italia en Africa; por España...

La expansión imperialista crece en velocidad; sus causas determinantes no son inspiraciones guerreras, sino exigencias de la vida nacional; pero ellas reclaman los grandes aumentos de fuerzas militares por mar y por tierra, a fin de no resolver en

la impotencia los grandes conflictos que la expansión acarrea:

Hoy, lo mismo en España que en América, se escuchan las voces de los extemporáneos, de los que viven todavía en el ya pasado pacifismo, como si aún no hubiésemos alcanzado el año transformador de 1870, de que nos habla la incomparable autoridad de Schmoller. En América se invoca algo muy semejante a lo que en España: las obras de cultura en contraposición, y en relación de prelación con las obras militares, y de expansión o defensa. España se prepara para los aumentos en defensa naval.

Volveremos a oír el sonsonete: «Ni guerra ni escuadra; despena y escuela»; y bajo este lema, impresa la estampilla de Joaquín Costa. Y yo me encuentro que al repasar lo que el gran aragonés escribiera en los días de su mayor lucidez y equilibrio mental, se convierte en afirmación la parte negativa del lema plataforma política de los antimilitaristas. «Guerra y escuadra...», pondría yo como apostilla al final de los estudios que Costa escribiera para un Congreso Geográfico español; en ellos se pedía una escuadra y se exaltaba la moral de la lucha. Véalo el lector:

España ha menester de una fuerte escuadra.

La escuadra que pedía Costa en 1883 había de ser formada por 119 buques, de los cuales serían acorazados de primera clase, 5; de segunda, 8; del tipo *Duilio* o *Inflexible*, 1; cruceros de primera clase, 10; de segunda, 25; de tercera, 40; torpederos, 30. Costa preveía la objeción vulgarísima de lo gravoso del coste de tal escuadra, y decía: «Una semana de guerra con la Gran Bretaña ocasionaría a nuestras poblaciones del litoral, a nuestras provincias ultramarinas y a nuestra marina mercante, daños de mucha más consideración que ese total de millones que parece propio para asustar a primera vista.»

Costa afirmaba que el principal elemento de defensa nacional española estaba en la Armada, en la base de operaciones movible, porque por tierra sólo teníamos que atacar o resistir a una nación, Francia, con la cual no podemos tener la rivali-

dad que Alemania, ni el valor fronterizo de los Pirineos es para ella lo que los Vosgos, mientras que por mar hemos de resistir a todas las naciones. Por no haber conservado Castilla la tradición marítima de Aragón, ha costado el cetro del mundo a nuestra raza, adelantándosele Inglaterra, dice el escritor aragonés. Un país que, como España, tiene 20.000 kilómetros de costa, debe proceder, en la organización de su defensa, como nación casi insular, al igual de Inglaterra.

El pacifismo es una doctrina inactual; hay que luchar, porque:

«Mientras el imperio de la fuerza no termine, víctima de sus propios excesos, vencida por sí misma, y se inaugure el reinado de la justicia, distante todavía de nosotros tal vez siglos, sólo será digno de la vida quien pueda invocar para conservarla los únicos títulos valederos por el momento, títulos de acero, fusiles, cañones, lanzas, ametralladoras, torpedos y espolones. ¿Es que nada hemos adelantado desde la Edad de hierro? Sí, hemos adelantado; entonces era preciso triunfar; hoy basta combatir. Hace dos años preguntaron a Europa algunos españoles: ¿Por qué no ha de ser España potencia de primer orden, si lo es Italia? Y Europa respondió, por órgano de una revista política: «Italia ha entrado una vez en guerra con Rusia y dos con Austria; sus campañas podrán haber sido desgraciadas; pero el hecho es que ha peleado.»

«Quien lucha, daña al contrario, aun siendo vencido de él; y como es tan varia la fortuna, quien ha sido vencido hoy puede triunfar mañana; mientras restaña sus heridas y llora sus muertos, está demostrando que vive, y viviendo, que espera. Por esto, Austria y Alemania temen a Italia y a Francia vencidas, más que la víspera de Sedán y de Lissa. *Lo peor que puede sucederle a un pueblo es que no le suceda nada*; señal segura de descomposición y pronóstico de muerte. Con el que no puede hacer frente no se mete nadie, pero tampoco cuenta nadie con él: está fuera de los sucesos, independiente del tiempo; no vive, es muerto insepulto; sus bienes son tenidos por mos-

trencos, y pasan a poder del más audaz o del más fuerte. ¿Llevamos nosotros este camino? Yo no he de decir sino una cosa: España ha retrocedido tan largo trecho desde Trafalgar, que sus marinos ni siquiera pueden ser derrotados, pues hasta para ser derrotados hace falta tener una escuadra, y España no la tiene. Y vive derrotado por sí, en estado de derrota permanente, quien no puede exponerse a que le derroten los contrarios.»

Para europeizarse hay que tener una escuadra.

Para estimar el valor político de la defensa naval, recordaba Costa que en 1881 una revista inglesa decía: «En pago de su entrada en los Consejos europeos, España se vería obligada a tomar parte activa en la primera guerra. Como no tiene marina que merezca el nombre de tal, sólo podría hacer la guerra a Francia o a Inglaterra en concepto de aliada de Portugal y dueña de Gibraltar.»

He aquí lo que Italia se ha dicho a propósito de la significación que para ella tenía el poder naval: «La primera condición de existencia de la futura monarquía italiana, será el constituirse en potencia marítima, a fin de defender sus costas y mantener su autoridad en las islas»; decía Napoleón I; «en la armada está el porvenir de Italia, su seguridad, su dignidad, su prosperidad», escribía Garibaldi. «Si Italia no se decide a hacerse gran potencia marítima, no será respetada, ni temida, ni feliz, ni rica», escribía Marselli en su *Política del Estado italiano*.

«Pues si esto es verdad—añade Costa—una vez respecto de Italia, es tres veces verdad respecto de España. La marina ha de ser su todo; baluarte de la nacionalidad; garantía necesaria de su existencia; fiador único de sus colonias presentes y futuras; custodio tutelar de su marina mercante; base de sus relaciones con las demás potencias; llave para entrar en los Consejos europeos; fortaleza flotante para defender sus desguarnecidas costas, las puertas marítimas de su territorio, los emporios de su comercio; condiciones *sine qua non* de su futuro engrandecimiento.»

La flota de guerra tiene valor económico reproductivo.

La marina mercante recibe de la marina de guerra el prestigio de su bandera y la libertad en los mares; «y esa libertad y ese prestigio le son tan necesarios, que sin ellos, *en tiempos de paz no puede desenvolverse y en tiempos de guerra perece sin remedios*», escribía Costa, quien aducía como ejemplo histórico de esta conexión el desarrollo comercial de Génova, Venecia y Cataluña, debido al apoyo que los cónsules encontraban en los Almirantes.

El valor de la marina de guerra no está todo determinado por la significación que tiene para la marina mercante, para conservación de colonias y adquisición de otras nuevas, sino, como el mismo Costa afirma, «el problema de la Armada tiene un punto de vista más general, que abarca el conjunto todo de las condiciones en que se realiza y en que ha de realizarse la vida nacional».

Es el mismo pensamiento el de Costa en 1883 que el estampado por el ilustre Adolfo Wagner, el profesor berlinés, en 1900, con ocasión de los planes de construcción de la flota de guerra alemana.

Ciertamente que la esfera de intereses españoles en Ultramar ha sufrido una modificación colonial; pero hay que pensar que no es sólo la exigencia colonial lo que hace necesaria una escuadra, sino la vida total de la nación; perdidos los intereses coloniales, han venido nuevos intereses territoriales y avances en el volumen comercial exterior que demandan una escuadra para España más potente aún que la planeada por Costa. En 1883 se estimaba el valor de la importación en España en 893 millones de pesetas, el de la exportación en 719; en 1910 los valores respectivos han alcanzado la cifra de 1.104 y 1.075 millones, respectivamente. El aumento de volumen no puede ser más claro. En todo caso, firme queda el fundamento objetivo de los razonamientos de Costa.

Pero, por otra parte, hay que pensar que la resurrección del Extremo Oriente, el desenvolvimiento del Oriente europeo,

el ensanchamiento del Canal de Suez y otros hechos, levantan la significación política del Mediterráneo a mucha mayor altura de la que señalaba el francés Izoué. En el sistema de fuerzas en el Mediterráneo, hay un conjunto de líneas y de triángulos de fuerza determinados por las posesiones mediterráneas de las potencias europeas, y España está incluida en el sistema, amagada por ellos y en condiciones de hacer valer los propios, neutralizando y aun dominando los ajenos sólo por medio de una escuadra.

*
**

La Sociología tiene capítulos muy interesantes; pero como recreativos y pintorescos, ninguna otra rama de la cultura le aventaja en presentar otros iguales. Entre estos capítulos están los relativos a las primeras manifestaciones del sentimiento religioso, al folklore, etc.

Las supersticiones populares cuentan con una respetable literatura en los países viejos; pero es el caso que los países nuevos no carecen de tales engendros de los bajos fondos históricos de la humanidad. Una demostración de esto la ofrecen las inquisiciones hechas por el Dr. Alejandro Korn sobre las supersticiones nacionales en la Argentina. Como otros autores de Antropología y de Psicología (Tylor, Sergi, Ribot), el doctor Korn hace la valoración del animismo, de las supersticiones como manifestaciones primarias de los sentimientos religiosos.

En realidad, las supersticiones son fósiles mentales tan importantes para la historia intelectual del hombre, como los restos paleontológicos para su historia natural. Hoy, dice Korn, que el problema religioso vuelve a interesar; que estudiamos y analizamos las fuentes del sentimiento místico, su expresión en cultos y su sistematización en dogmas; las supersticiones nos señalan el camino recorrido por el hombre en el penoso afán de satisfacer su inextinguible necesidad metafísica. Porque sin entrar ahora a dilucidar el problema religioso y

las múltiples teorías que intentan resolverlo, hay que adherirse, sin embargo, a aquellas cuyo punto de partida es el sentimiento de la sujeción a fuerzas extrañas. Este sentimiento, en efecto, surge de una manera espontánea en el espíritu humano ante fenómenos benéficos o maléficos, que intervienen en su existencia con energías arbitrarias, substraídas al imperio de la voluntad, desconocidas y misteriosas. El instinto de la propia conservación no puede menos de sentirse afectado; y como su corolario práctico, fluye de semejante situación de ánimo el deseo de propiciarse las influencias favorables y de conjurar las adversas. Reconocen este origen humilde las religiones más universales, las especulaciones filosóficas más altas y las supersticiones más vulgares. Testigo del remoto génesis son estas últimas, y refieren las etapas sucesivas, pues ellas también emergen de la sensación de impotencia, que deprime y atemoriza al espíritu en los lindes de nuestro saber, y satisfacen el ansia por poner a nuestro servicio las fuerzas ignotas.

La gran mayoría de las supersticiones alguna vez han sido ciencia. Hoy patrimonio de las masas, fueron antes el saber de pocos privilegiados. Pero muchas son tan antiguas, tan primitivas y difundidas, que pueden considerarse como un producto natural de estados incipientes, mientras que otras han descendido de las cumbres intelectuales y derivan de nociones persistentes en el espíritu del vulgo con la autoridad científica que otrora tuvieron.

Estos rezagos de la ciencia se hallan sobre todo en la medicina popular.

El origen remoto de las supersticiones nos explica la uniformidad con que se las vuelve a encontrar en las regiones geográficas más distantes y dentro de los ambientes étnicos más diversos.

También nuestras supersticiones nacionales—acentúa el doctor Korn—carecen de originalidad. Ellas se encuadran dentro de formas comunes a toda la especie humana, y hasta en sus detalles coinciden con las creencias vulgares de pueblos

con los cuales no mantenemos relación alguna. Sólo para uno que otro rasgo secundario no he hallado la práctica paralela en el folklore que conozco. Es esta la razón por que en nuestra población tan heterogénea, nativos y extranjeros abrigan en el fondo las mismas supersticiones.

El doctor Korn cita la obra de David Granada *Las supersticiones del Río de la Plata*, publicada en Montevideo en 1896, y los interesantes trabajos que sobre este tema ha publicado el Sr. Ambrosetti.

Debemos distinguir, dice, en primer lugar la teoría y las prácticas supersticiones.

La primera abarca el conocimiento de hechos ajenos a nuestra voluntad, y que sobrevienen por causas superiores, pero que son de buen o mal agüero. «Agüerios» les llaman nuestros paisanos, porque si bien los augurios primitivos únicamente se referían a las aves, la voz ha adquirido en la boca del pueblo una acepción mucho más amplia. En realidad, casi no hay un objeto, un hecho, un fenómeno, una circunstancia que no tenga un valor augural. Para esta concepción egocéntrica, el eje del universo pasa por el individuo y cuanto ocurre guarda relación en un sentido u otro con nuestros intereses personales, repercute en los acontecimientos que nos esperan, significa para nosotros suerte o desgracia e importa una advertencia o un presagio. La Naturaleza en todas sus manifestaciones se interpreta con este criterio agorero.

Todavía hay aves y animales de mal y buen agüero: la lechuza, el murciélago, el gato negro y el caballo tordillo se hallan en el primer caso; en el segundo, la golondrina y el hornero. La influencia cabalística de los números se mantiene desde Pitágoras hasta la fecha. Hay días fastos y nefastos; las publicaciones del Registro civil revelan que en ciertos días disminuyen los matrimonios. «El que ríe en viernes, llora en domingo.» La izquierda es siempre la mano siniestra; tropezar con el pie izquierdo, es un «contratiempo» grave. Si el muerto en pelea cae de cara al suelo, no escapa el autor de la «des-

gracia». Los ensueños son de variado augurio, y su interpretación es un arte. La luz mala, con sus reflejos fosforescentes, anuncia la presencia poco grata de ánimas en pena. El influjo de los astros no puede ponerse en duda; no es lo mismo sembrar, tuzar o castrar los animales en luna menguante o en creciente. No menciono la acción de nuestro satélite sobre los fenómenos meteorológicos, pues ofendería a muchos que se consideran libres de prejuicios. El demonio sugerente de los antiguos sobrevive en el «pálpito», que nos dice a ciencia cierta el camino a tomar en los trances apurados.

No agota por cierto esta enumeración, demasiado breve, los casos de los augurios naturales, y, sin embargo, hay que agregarles aún los provocados intencionalmente—llamémoslos artificiales,—que emplean las adivinas y curanderas en el ejercicio de su ministerio. Las cartas en sus múltiples combinaciones, las formas caprichosas del sebo derretido o de la albúmina coagulada, son los elementos de estos augurios.

La fascinación, por fin, es la teoría de los agüeros aplicada al hombre, pues su maléfico poder es involuntario y de consecuencia fatal. Esta superstición tan difundida, que puede clasificarse de universal, es la del mal de ojo, conocida entre nosotros por «ojeo». Es la jettatura del Mediodía de Italia. En el ánimo de nuestro pueblo va unida generalmente a la idea de codicia o envidia, y de ahí la regla social de no exteriorizar jamás sentimientos que pueden tener relación con éstos. No se debe, por consiguiente, ponderar o alabar ninguna cosa o persona, ni fijar con demasiada insistencia la vista en nada. Si un caballo experimenta un percance desgraciado, es que «me lo han codiciado». Una serie de frases consagradas que se repiten por hábito, no tienen otro objeto sino evitar los efectos de la fascinación. Cuando se elogia un niño, hay que apresurarse a decir: «Dios lo guarde». Cuando se alaba un animal, el dueño inmediatamente se desprende de su propiedad, diciendo: «Es suyo». Si en la conversación se nombra alguna región del cuerpo es menester agregar: «Salva sea la parte». Existe desde

luego una serie de recursos para contrarrestar la influencia temible del ojeo; entre nosotros lo más eficaz es tocar un objeto de hierro. Otra cosa prefieren tocar los napolitanos, si no les cuadra hacer un gesto ostensible.

El tipo opuesto al de los malos ojos es el hombre de «buena mano». La semilla que arroja, el parejero que cuida, el negocio que emprende prospera, y si acaso sus cualidades revisten un grado superior, se convierte en el «mano santa», en el tauraturgo que cura por simple contacto.

Con esto ya pasamos al orden de las prácticas supersticiosas puestas al servicio intencionado de la voluntad, destinadas unas a neutralizar las influencias malignas que nos acosan en la vida, y otras a producir efectos buenos o malos, pero solicitados por nuestros intereses y nuestras pasiones. Podemos distinguir el uso de los amuletos, los procedimientos mágicos, los conjuros y el empleo de los filtros. De todas estas prácticas ofrecen ejemplos nuestras supersticiones nacionales.

Los amuletos tienen por objeto desviar la influencias de los malos agüeros y de la fascinación. A este objeto responde el uso del escapulario, que jamás falta a los hombres del campo; los adornos de oro y plata y las piedras preciosas se emplean con igual fin. El coral goza de prestigio, principalmente entre los italianos. En las clases superiores de la sociedad persiste el uso de una serie de dijes, cuyas formas recuerdan antiguos amuletos. El tatuaje acaso también hace las veces de talismán protector.

Por procedimientos mágicos se ejerce una acción a distancia. Tal es en primer lugar el viejo procedimiento de hincar agujas en el muñeco de cera o de trapo, que simula la imagen del ser odiado o amado. Es el procedimiento que, según Horacio, empleaba la simpática pareja de Canidia y Sayana, y que tan extraño efecto produjo en aquel tronco de higuera, convertido en Driapo, custodio del sembrado. Se utiliza con frecuencia entre nosotros, y algunas veces la vetusta práctica se aplica a las efigies, que provee el moderno arte fotográfico. El

corazón traspasado por una flecha, símbolo decorativo de todas las misivas eróticas, es también una reminiscencia de la misma superstición.

Otras veces se emplean cabellos o prendas de vestir para lograr el fin deseado. Por estos medios se puede pasar una enfermedad o un estado de ánimo de un sujeto a otro, hasta de un ser humano a una planta.

Dar vuelta a la pisada, es decir invertir con el cuchillo la huella dejada por el casco del caballo, es un procedimiento genuinamente criollo que tiene varias aplicaciones. Es, entre otros uno de los medios para realizar la «ligadura», que tiene por objeto atar a nuestra voluntad los actos ajenos. El caballo ligado tiene que perder en la carrera, y el hombre ligado es imponente con toda otra mujer que no sea la autora del maleficio.

Los procedimientos de esta clase generalmente se refuerzan con fórmulas consagradas por una larga tradición. Es que también la palabra posee una acción mágica. Así en la curación por palabras se emplean dichos, que los paisanos guardan con excepcional desconfianza, y jamás enseñan a los profanos. Citaré como ejemplo la que sirve para curar las úlceras de los animales invadidos por larvas de mosca, las «llagas agusanadas»:

En el nombre de Dios Todopoderoso
Y por la señal de la cruz:
Gusanos malditos, caigan de esa llaga:
De nueve en nueve,
de ocho en ocho,
de siete en siete,
de seis en seis,
de cinco en cinco,
de cuatro en cuatro,
de tres en tres,
de dos en dos,
de uno en uno,
hasta no quedar ninguno.

El conjuro, que a veces toma la forma del exorcismo, también emplea la palabra como vehículo. Sirve para desalojar los parásitos de las huertas y para curar los males de hombres y de bestias. La culebrilla es el nombre del Herpes zoster, y si los dos extremos de éste se llegan a tocar, el enfermo muere. Para evitarlo se circunda la culebrilla con las palabras: «Jesús, María y José», escritas sin interrupción, con tinta, sobre la piel, de modo que constituyan un circuito perfectamente cerrado e infranqueable.

Las fórmulas de los conjuros son, en general, sencillas, y se reducen a una invocación de Dios o de los santos, acompañada del signo de la cruz. Los maestros que se han dignado iniciarse en estos misterios, siempre han insistido en que lo más importante no son las palabras, sino la «intención». Ninguna de nuestras fórmulas, en verdad, posee el énfasis retórico de los clásicos conjuros caldeos.

«Siete son, siete son. Siete son, en las profundidades del abismo. Siete son, enemigos del cielo. Salen de los fondos del mar y de los antros de la tiniebla. No son varones, no son hembras; en sus entrañas llevan la tormenta. No poseen mujer, no engendran hijos; no saben de compasión ni de misericordia, no escuchan las preces ni los ruegos. Son la lepra que baja de la montaña, son los instrumentos de la ira de Dios. Perversos son, perversos. Siete son, siete son, siete dos veces son. Espíritu del cielo, que sean conjurados. Espíritu de la tierra, que sean conjurados.»

Comparando este trozo cuneiforme con sus pálidos remodos, se aprecia la decadencia de un concepto, que deja de ser la expresión de una alta cultura para servir a los instintos del vulgo.

Los filtros, por último, sirven para producir el «daño», nuestra superstición nacional por excelencia, profundamente arraigada en el espíritu del pueblo. El vehículo del daño es, por regla general, el mate, y de los múltiples agentes mencionaré los más eficaces. En primer lugar, ocupa la sangre mens-

trual, el gran filtro en materia erótica; luego, la raspadura de las uñas, el agua en que se han lavado las manos, los pies o la vulva, y, por fin, ciertas hierbas de la medicina casera.

La creencia profunda y generalizada en estas prácticas, da lugar a que sean numerosas las gentes que atribuyan sus males, ciertos o imaginarios, a una influencia maléfica, y desde luego se suponen víctimas del daño. No existe estado persistente y crónico, sobre todo cuando se trata de perturbaciones mentales más o menos intensas, que no se atribuya a la acción de un filtro, y cuando al interesado mismo no se le ocurre semejante sospecha, no tardan en sugerírsela sus allegados. El delirio de las persecuciones y las obsesiones hipocondríacas afectan casi siempre esta forma. Las alteraciones histéricas también se achacan, en general, a la acción de un filtro.

Los enfermos desesperados reaccionan de distinto modo. La gran mayoría cae en manos de los embaucadores de uno y otro sexo, que explotan los prejuicios populares, los fomentan y agravan en provecho propio.

Pero en otros casos y en temperamentos más impulsivos sobreviene el delito con el propósito de vengar la mala acción.

Obligado por razones del oficio a examinar un número crecido de delincuentes de nuestra población rural, he aprendido a valorar la importancia de las supersticiones vulgares como factores del delito. Esta importancia pasa casi desapercibida a causa de la ninguna atención que se presta a la psicología de las clases bajas y, sin embargo, ante un hecho de sangre sin motivo aparente, en el cual no tiene parte ni el lucro ni el factor pasional, es menester pensar en la superstición del daño.

Puede en casos semejantes plantearse para el perito la necesidad de hacer un diagnóstico diferencial entre la superstición y la locura. No me refiero naturalmente a los casos típicos, cuando existe un delirio sistematizado, quizás con alucinaciones e incoherencias. Entonces, la situación es demasiado clara. Pero los fronterizos presentan problemas de difícil solución. Con frecuencia se trata de individuos con parestesias o

hiperestesias y un estado de ánimo melancólico o submelancólico, pero sin mayor alteración intelectual. Todo el delirio se reduce a decir que fulano le ha hecho daño y que por eso le agredió.

En presencia de una legislación penal como la nuestra, que aún opera con el concepto de la responsabilidad, he ahí un dilema. No tengo por cierto una solución hecha para estas dificultades; cada caso requiere una apreciación individual, y sólo ponderando con cautela todos los elementos que los determinan, puede llegarse a una solución aceptable.

Este estudio del Dr. Korn sobre las supersticiones americanas, demuestra la universalidad del hecho. Y lo digo esto tratando de estudios americanos, porque en estudios españoles sobre la superstición (uno de Publio Hurtado sobre las supersticiones en Extremadura, y otro, de Sales y Ferré), se examinan como algo propio de España y desconocido en otras partes...

*
* *

En el Mensaje presidencial de Cuba, leído hace unos días a las Cámaras, encontramos los siguientes párrafos por lo que hace a la Hacienda y Obras públicas:

Durante el año, en el ramo de Aduanas se han venido aplicando los Aranceles y demás disposiciones con toda regularidad, velando por los intereses del Estado y respetando los de los importadores de modo tal, que se mantiene la mejor armonía entre gobernantes y gobernados.

La Marina nacional, que es uno de los elementos que más auxilia al desenvolvimiento de la riqueza pública, en los países de extensas costas como el nuestro, aumenta de día en día, amparada por las disposiciones que se han dictado, habiéndose efectuado los exámenes reglamentarios para capitanes, pilotos y maquinistas, de los cuales han sido aprobados 30 de los 36 que se presentaron.

Con la amplitud del comercio en general, han aumentado los Distritos aduaneros, existiendo 22, contra 14 que había

al instaurarse la República en 1902, sin contar con la habilitación de no pocos subpuertos enclavados en nuestras costas para facilitar el desenvolvimiento de las industrias agrícolas y mineras.

Las deudas de la República han sido atendidas debidamente con sujeción a los contratos y compromisos existentes, en cuya virtud han sido canceladas la que correspondía a los bonos de la Revolución (1896 y 1897), por 2.196.585 con el producto del empréstito de 16.500.000. Emitidos ya todos los bonos de esta operación de crédito, han sido satisfechos los intereses del mismo hasta el cupón núm. 6, vencido en 1.º de Agosto último, así como los gastos originados por la recogida de cupones, comisión, seguros marítimos, habiendo tenido una disminución la Deuda contraída por el empréstito de pesos 35.000.000, de 1.020.000, en virtud de haberse amortizado bonos ascendentes a esa cantidad.

Los intereses de la misma están totalmente satisfechos hasta los que han de vencer en 1.º de Mayo de 1913. De la Deuda interior han sido emitidos bonos por valor de 11.250.000 pesos, y satisfechos los cupones vencidos del 1 al 13, que importan 3.579.987,55 pesos, a excepción de 15.728,26 pesos, cantidad que está reservada para cuando se presenten al cobro por los interesados los respectivos cupones.

La recaudación de los impuestos del empréstito que responden a compromisos internacionales, mejora de día en día, comprobándolo el hecho de haberse recaudado en el período de Marzo a Agosto de este año, la cantidad de 1.885.214,47 pesos, contra 1.845.247,30 pesos en igual período del año anterior, lo que da una diferencia a favor del actual ejercicio de 39.967,17 pesos.

En anteriores ocasiones he tenido la honra de recomendar al honorable Congreso que resolviera un asunto de mucha importancia, a saber: el pago de lo que se adeuda por «Transportes» de todas clases, cuyo aumento es debido al creciente movimiento industrial y comercial de la República. A reserva de

lo que sobre el asunto acuerde el Congreso, el Poder Ejecutivo se vió en la necesidad de dictar el decreto de 2 de Octubre último, en el que se dispuso tomar del superávit de pesos 3.966.052,98, calculado en la ley de 29 de Julio, las cantidades necesarias para el pago de las obligaciones contraídas por el Gobierno y las necesarias para cubrir las diferencias y pago de los déficits que resultan en los servicios cuyos créditos son insuficientes.

En virtud de haberse aumentado sensiblemente los buques de la Marina nacional, se hace necesario atender ciertos detalles que con ellos se relacionan, toda vez que los gastos se aumentan porque las necesidades se multiplican. A ese efecto, señalada la conveniencia de adquirir por el Estado un aljibe para dotar de agua a los buques surtos en este puerto, cuyo servicio actualmente lo efectúa una empresa particular.

La circunstancia de ser actualmente el 50 por 100 o más de la dotación de los buques de la Marina nacional de procedencia extranjera, aunque de los buques naturalizados, me determina a reiterar a ese honorable Congreso la conveniencia de adquirir un buque apropiado para Escuela de grumetes, capaz para cien jóvenes cubanos que aprenderían a ser marinos.

La situación del Tesoro nacional ha mejorado notablemente. Desde 1.º de Marzo hasta el 30 de Setiembre de este año, por el ejercicio de 1909-10, se han expedido órdenes de adelanto por valor de 444.964,41 pesos de los 717.714,54 pesos que quedaron pendientes en la primera citada fecha; del presupuesto de 1910-11 se expidieron órdenes por valor de 48.899,62 pesos de los 197.858,70 pesos que resultaron de saldos en 1.º de Marzo; del presupuesto de 1911-12, cuyo saldo de 1.º de Marzo y los aumentos por ampliaciones y reintegros asciende a pesos 12.028.497,62, han sido situados 11.295.657,50 pesos; y, por último, del ejercicio actual ascienden a 8.530.585,86 pesos los situados en el primer trimestre, o sea hasta 30 de Setiembre, arrojando una suma de 20.320.107,39 pesos los situados en todas las épocas de los siete meses referidos.

El estado de los ingresos y desembolsos verificados por la Tesorería general en los siete meses expresados, demuestra por la ascendencia de los primeros que ha sido de 30.434.882,02 pesos y la de los últimos de 29.544.427,90 pesos, por todos conceptos, quedando una existencia en 30 de Setiembre de 890.454,12 pesos; cifras todas que demuestran el rendimiento de los impuestos y derechos, y su aplicación conforme a las leyes y demás disposiciones que regulan la inversión de los fondos públicos.

Durante el período de Abril a la fecha se continuó la ejecución de las obras comenzadas en el anterior, algunas de las cuales fueron recibidas definitivamente, suspendidas varias por agotamiento de los créditos que tenían asignados, e iniciado el comienzo de otras, por virtud de consignaciones concedidas y subastas efectuadas.

Para la terminación de las partes proyectadas que comprenden los contratos de otras obras que se ejecutan en territorios de la República, también son precisos nuevos créditos por la cantidad de 1.680.000 pesos, distribuídos en la siguiente forma: 300.000 pesos para Pinar del Río, 200.000 pesos para la de la Habana, 125.000 pesos para la de Matanzas, 565.000 pesos para la de Santa Clara, 460.000 pesos para la de Camagüey y 60.000 pesos para la de Oriente.

La continuación del dragado del puerto de la Isabela de Sagua y los estudios del acueducto de Santa Clara, y el comienzo de esta obra, exigen respectivamente un crédito de 200.000 pesos y 25.000 pesos.

Habiéndose agotado las consignaciones que del empréstito de 16.500.000 pesos para el alcantarillado y pavimentación de la Habana y otras obras, se señalaron para el mejoramiento del sistema de abasto de agua de la ciudad de la Habana, se hace igualmente necesario que el honorable Congreso, tomando en consideración la importancia de esa obra, los fines a que tiende y lo sensible que sería para la ciudad la paralización de los trabajos que se realizan por falta de consignación oportu-

na, conceda un crédito de 300.000 pesos que por ahora se estima necesario para proseguir los proyectos aprobados.

En el período que nos ocupa, se hizo la recepción del abasto de agua y alcantarillado de Cienfuegos, abonándose al contratista lo que se le adeudaba, y comenzó a separarse el 10 por 100 de la recaudación de las aduanas para atender a la continuación del alcantarillado y pavimentación de la Habana, por haberse agotado el crédito que le correspondió del empréstito de 16.500.000 pesos que se hizo para esta y otras obras.

Por la terminación y recepción de las obras del abasto de agua y alcantarillado de Cienfuegos se empezó a surtir de agua a la ciudad, y se aprobó el reglamento que regulará todos los actos en lo que a dicho servicio se refiere; habiendo aprobado, asimismo, el que regulará el servicio de agua a la ciudad de Camagüey, por estar próximas a terminarse estas obras.

El primer lunes de Abril del año pasado existían en el territorio de la República, según comuniqué en mi anterior Mensaje, 1.702 kilómetros de carreteras abiertas al tránsito público, y a partir desde esa fecha se han construido 60.658 kilómetros más, haciendo un total de 1.762.658 kilómetros.

Habiendo pasado en anterior período a la Compañía de los puertos de Cuba trabajos que estaban encomendados al Negociado de Mejoras en Ríos y Puertos, en el que comprende este Mensaje, fueron reducidos los gastos, pues sólo se ha invertido en obras con el material y personal necesario la cantidad de pesos 189.812,66.

En el período que comprende este Mensaje, lo invertido en Aguas, Cloacas e Ingeniería municipal, en el territorio de la República, ascendió a la cantidad de 3.199.857.15 pesos, incluyéndose en ella el resto de las obras que se vienen realizando en la ciudad de la Habana para su alcantarillado y pavimentación, el de las que se ejecutan para evitar las inundaciones del Roque, y el que resultó de la liquidación practicada después de la recepción en las del abasto de agua y alcantarillado de Cienfuegos.

En el período mencionado se ha invertido en construcciones civiles y militares, así como en reparaciones y obras sanitarias, en distintos edificios del Estado, la cantidad de pesos 107.472,27.

Por la Jefatura de la ciudad de la Habana se ha invertido la cantidad de 1.130.473,77 pesos, por los conceptos de personal y material en el mejoramiento del abasto de agua de la ciudad, en la reparación de las tuberías de agua y limpieza de cloacas, en la composición de calles, parques y paseos, en los riegos de los mismos y diversas obras de saneamiento para impedir la propagación de la peste bubónica, secundando con ellas a la Secretaría de Sanidad y Beneficencia.

* * *

Se ha publicado una interesante relación sobre los salarios y el costo de la vida en Camagüey, Guantánamo y otros lugares de Cuba.

Esos datos han sido remitidos por el Cónsul de España en Santiago de Cuba, por lo que, tanto por su origen como por la índole de la publicación que los inserta, tienen un valor indiscutible para la Prensa de información de la Península y Canarias y para los emigrantes españoles que se dirigen a América.

A nuestro juicio, la Prensa de la Península haría un bien inapreciable a los elementos de trabajo que se ven obligados a emigrar del suelo patrio o que desean cambiar de país en busca de mayor bienestar, dando a la publicidad los datos oficiales que inserta el *Boletín del Consejo Superior de Emigración*, en lo referente a los jornales que se pagan en Cuba a los trabajadores de campo, y al costo de la vida en este país, donde la subsistencia es poco costosa para las clases obreras en relación con los jornales que ganan.

Según el *Boletín*, los peones de diversas clases ganan los siguientes salarios mensuales:

Peones de limpieza pública, de 30 a 33 pesos.

Peones agricultores, de 30 a 33 ídem.

Peones jardineros, etc., iguales sueldos que los anteriores.

Servicio doméstico: hombres, de 12 a 15 pesos; mujeres, de 7 a 10 pesos.

(Estos sueldos son libres para el sirviente, pues van unidos a ellos la manutención y el lavado de ropa.)

Los informes que contiene el *Boletín*, con respecto al costo de la subsistencia en Camagüey, son también muy interesantes, comprobándose por aquéllos que la modicidad de la vida para un labrador o jornalero en la citada provincia permite a éste hacer notables ahorros sin tener que sufrir privaciones en su alimentación. Esos informes comprenden los precios de los artículos de primera necesidad, algunos de los cuales se venden igual que en Europa, como son: la carne, las judías, el arroz, etc.; y otros a precio más bajo, como el azúcar, el café, la batata dulce y otros tubérculos y raíces más nutritivos que la patata, siendo los precios iguales, con muy pequeñas diferencias, en todas las provincias de la isla.

También se dan a conocer los precios de las prendas de vestir de más uso para las clases obreras, precios que son notablemente más bajos y están más al alcance de los trabajadores que los que existen en otros países de la América latina adonde también se dirige la emigración española.

He aquí algunos de esos precios en pesetas, y sus fracciones:

Carne de buey, 0,50 pesetas libra.

Carne de vaca, 0,50 ídem íd.

Carne de novillo, 0,50 ídem íd.

Carne de ternera, 0,60 ídem íd.

Carne de carnero, 0,60 ídem íd.

Cane de cerdo, 0,90 ídem íd.

Tocino, 1 peseta libra.

Huevos, docena, 2 pesetas.

Pescado, 0,50 pesetas libra.

- Pan de primera, 0,50 pesetas libra.
Harina de trigo de primera, 0,50 ídem íd.
Harina de trigo de segunda, 0,25 ídem íd.
Harina de maíz, 0,25 ídem íd.
Fideos de primera, 0,50 ídem íd.
Fideos de segunda, 0,50 ídem íd.
Arroz de primera, 0,30 ídem íd.
Judías, 0,40 ídem íd.
Garbanzos, 0,50 ídem íd.
Patatas, 0,20 ídem íd.
Boniatos, 0,12 ídem íd.
Vino de primera, 1,50 ídem íd.
Leche de vaca, 0,30 pesetas litro.
Café, 1,25 pesetas libra.
Aceite, 1 peseta.
Alcohol, 0,50 pesetas botella.
Fósforo, 0,10 pesetas caja.
Carbón, 2 pesetas saco.
Jabón, 0,30 pesetas.
Velas, 0,75 pesetas.
Sombreros de fieltro, 20 y 10 pesetas.
Pantalón de dril, 7,50 y 5 pesetas.
Chaqueta, 20 y 10 pesetas.
Botas, 17,50 y 7,50 pesetas.
Alpargatas, 2 y 1,25 pesetas.
Camisa de trabajo, 7,50 y 5 pesetas.
Calzoncillos, 4 y 2 pesetas.
Camisetas, 2,50 y 1,50 pesetas.

Según el *Boletín* a que nos referimos, el abono mensual de comidas para jornaleros en fonda es de 60 pesetas; pero esos abonos se obtienen también a más bajos precios, hasta a 50 pesetas, en las fondas de los ingenios, los cuales dan comida a los trabajadores. También suelen éstos reunirse en cuadrillas de 8 ó 10 individuos y hacer sus comidas en casas que, con ese objeto, les cede gratuitamente el central, comprando

ellos mismos al por mayor los artículos de consumo, con lo que obtienen alguna reducción en el costo de la subsistencia, no excediendo entonces ésta, para cada uno, de 8 ó 9 pesos al mes.

Por lo que hemos expuesto, se deduce que un jornalero o trabajador de campo, puede ahorrar fácilmente 150 pesos, trabajando doce horas durante ocho meses de labor, que es el tiempo que duran los trabajos de la zafra, y que esos ahorros pueden aún ser mayores si ese jornalero se halla en buen estado de salud para trabajar mayor número de horas durante el día, o si posee una práctica especial en las faenas del campo para hacer trabajos a destajo o por ajuste.

Cuba es actualmente uno de los países del mundo en que mejores jornales se pagan al trabajador de campo, con relación al costo de la vida para éste, y no creemos aventurado decir que no hay en América, incluyendo el Canadá y los Estados Unidos, otro país que ofrezca mayores ventajas al inmigrante para hacer rápidos y considerables ahorros, según se demuestra con los datos que ha publicado el *Boletín del Consejo Superior de Emigración* de España. Es de sentirse, por este motivo, que esos informes no sean publicados también por la Prensa de la Península, para encauzar de ese modo hacia el país más favorable al emigrante, la gran corriente de trabajadores que todos los años deja el suelo de España y se dirige a la América en busca de bienestar o de fortuna, o simplemente de trabajo por corto tiempo, para regresar a su pueblo con ahorros, al final de cada zafra.

*
* *

Al regresar a la Argentina el Dr. Figueroa Alcorta, después de haber representado a su país en las fiestas del Centenario de las Cortes de Cádiz, ha hecho declaraciones respecto de España y de su rey, que comenta así un diario de Buenos Aires:

«El Dr. Figueroa Alcorta, que fue como embajador a las fiestas celebradas en España al cumplirse el primer centenario de las Cortes de Cádiz, llegó ayer a esta capital.

Las impresiones que trae de su viaje el ex-presidente son altamente satisfactorias en cuanto se refieren al afecto que se tiene en la madre patria por este país.

Ser argentino, o ir simplemente de la Argentina—dice el Dr. Figueroa Alcorta,—es en España la mejor carta de introducción. Allí no se encuentran más que amigos; y el argentino que llega a Madrid, cualquiera que sea su representación, puede considerarse en casa propia.

Don Alfonso manifestó al Dr. Figueroa que estaría resuelto a visitar la Argentina en el Centenario de la Independencia, esto es, dentro de cuatro años. En este sentido lo autorizó a que así lo dijera al Dr. Sáenz Peña, sin que por ello contrajera un compromiso formal, ni abriera una gestión diplomática que tal vez no sea oportuna.

El rey ha querido expresar, sencillamente—agrega el doctor Figueroa,—un sentimiento particular que podría quizá convertirse en un hecho oficial, llegado el caso.

En las conversaciones tenidas por el rey con nuestro embajador, S. M. demostró conocer muy detenidamente a la República en su comercio, en su industria y especialmente en las condiciones que ofrece al inmigrante.

Queriendo ratificar o ampliar sus informes, pidió datos bastante minuciosos de los territorios nacionales, de las comunicaciones que los ligan a la metrópoli y de las ventajas que prometen al capitalista y al colono.

El rey de España—refería el Dr. Figueroa Alcorta—posee una ilustración vastísima, y sobre todo, revela un espíritu superior en armonía con la época en que gobierna.

Hablando con Don Alfonso se tiene la impresión de que se habla con un gobernante moderno, que sabe lo que quiere y lo que debe hacer.

Si como rey tiene la plena conciencia de sus deberes, como hombre la tiene igualmente de la dignidad y el honor.

En el entierro del malogrado Canalejas—agrega el doctor Figueroa,—Don Alfonso dió la nota más gallarda y más simpática.

Me hallaba—dice nuestro ex-embajador—esperando en un balcón el paso del fúnebre cortejo. La multitud desbordaba en la calzada, apenas contenida por las filas de tropas tendidas a lo largo del trayecto. De pronto aquella masa humana se agitó como las olas del mar azotado por el huracán, y una exclamación intensa, colosal, hirió el ambiente.

En medio de la calle, solo, cortado del grupo de sus ministros, destacándose por el brillo del uniforme, elegido de intento llamativo, avanzaba el rey, casi codeándose con la multitud, sereno sin provocación, gallardo sin petulancia, tributando al jefe de su Gabinete, asesinado, la más noble, la más sentida manifestación de dolor y de cariño.

El pueblo de Madrid, al ver ese gesto de su rey, bravo sin jactancia, altivo sin soberbia, no pudo contenerse, y a la vuelta del cementerio lo arrebató, llevándolo hasta palacio en la mayor y más unánime de las apoteosis.

Cambiando de asunto, piensa el Dr. Figueroa Alcorta que ha llegado el momento de estrechar las relaciones que unen a España con la Argentina, estableciendo tratados que faciliten el comercio entre ambos países.

«No he cambiado al respecto—dice—una sola palabra con la gente del Gobierno, porque eso no era su misión; pero los periodistas y las personas particulares que lo visitaron le dejaron entender que España celebraría con júbilo cualquier medida que tendiese a ese fin.»

Estas palabras sinceras, dadas a conocer en el importante periódico de Buenos Aires *La Nación*, encierran cosas tan promisorias de grandes esperanzas, que deben ser un acicate para todos los hispano-americanos que se esfuerzan por convertir en realidad el tesoro sentimental que alienta sus esfuerzos.

Una visita hecha por el rey a la Argentina puede considerarse como el acto más trascendental de toda la labor americanista realizada hasta ahora. Don Alfonso es la representación egregia de la España nueva y el símbolo tradicional de una realeza secular que levantó el velo del misterio que envolvía el continente americano. España entera iría tras él.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—OCULTISMO: La Cábala y sus influencias.—HISTORIA LITERARIA: Periodistas y literatos en el siglo XVIII.—CRIMINOLOGÍA: Cómo se descubren los crímenes.—CIENCIAS NATURALES: Los ojos de las plantas.—IMPRESIONES Y NOTAS: Entre la Tierra y Marte.—¿Hay alguna razón fisiológica para que el hombre muera?—Sin tartamudeo, ¡nada!—Valor educativo de la Gramática.—La enseñanza y los padres.

OCULTISMO

LA CÁBALA Y SUS INFLUENCIAS.—B. Pick, en *Open Court*, de Chicago, estudia con raro dominio de tan abstrusa materia, lo que es la Cábala y sus relaciones e influencias. La esencia suprema de la Cábala es el *En Soph* (lo infinito, lo ilimitado), representando, por esta ilimitación, propia de su naturaleza, una unidad absoluta e inescrutable, inmanente en todas sus manifestaciones; del *En Soph* nada puede decirse, fuera de esto, sino que no puede ser comprendido por la inteligencia, ni menos descrito por la palabra.

Como el *En Soph* no puede formar por sí objeto de conocimiento, por ser lo incognoscible, se manifiesta mediante diez *Sephiroth*, inteligencia, radiaciones y emanaciones, que en su complejidad representan el *Adam Kadmon*, el hombre-arquetipo, que es una primera manifestación, intermedia entre Dios y el mundo, un *segundo Dios*, una *divina palabra* (Logos, el

verbo). Según las más recientes investigaciones cabalísticas, del *En Soph* proceden cuatro emanaciones o mundos, «del mismo modo que el punto produce la línea, la línea el plano, y el plano el espacio», y cada una de estas emanaciones o mundos tiene su jerarquía en los diez *Sephiroth*; el mundo *de las emanaciones* contiene los poderes divinos; el mundo *de las creaciones* es asiento de la santidad y de las perfecciones morales; el mundo *de las formaciones* es sede de los ángeles; y el mundo *de las acciones* está constituido por la materia limitada del espacio, y es perceptible por los sentidos.

El Universo, constituido por estos mundos, se completa con la creación del hombre, microcosmo que reúne en sí la totalidad de las creaciones, a semejanza de Adam Kadmon. El cuerpo del hombre no es más que el revestimiento de su principio espiritual, es el *Merkaba* (el carro divino); el elemento espiritual del hombre es de triple naturaleza: *nephesh* (vida), inmediatamente ligada al cuerpo, y causa directa de sus funciones inferiores, instintos y vida animal; *ruach* (alma), asiento del bien y del mal, de la conciencia moral y de los sentimientos; y por último, *neskama* (espíritu), el más alto grado de la criatura humana, el que la permite unirse a Dios. El alma es eterna, y se reviste hasta tres veces del cuerpo para alcanzar la experiencia que la permite gozar la eterna contemplación del esplendor de Adam Kadmon. Para el alma, cada reencarnación es un sacrificio, y así implora a Dios: «¡Señor del Universo! Soy feliz aquí (sin el vestido corporal), y no deseo ir a otro mundo, donde seré esclava y estaré expuesta a toda clase de contaminaciones.»

La parte más conocida y característica de la Cábala es la exegética, el modo de interpretar las Sagradas Escrituras. Para la Cábala, el sentido literal de la Biblia no tiene ningún valor; el sentido real de las palabras contenidas en el Antiguo Testamento sólo se descubre mediante manipulaciones especiales de hermenéutica cabalística. Los principales procedimientos de la Cábala son tres: la *Gematría*, o arte de descubrir

el sentido recóndito de los textos mediante los equivalentes numéricos de las letras; el *Notarikon*, que consiste en tomar cada letra de cada palabra como inicial o sigla de otra palabra, y el *Temurah*, o permutación, consistente en substituir una letra de una palabra por la que la sigue o la precede en el alfabeto, después de haber sometido éste a especiales trasposiciones. Con estos tres procedimientos, la Cábala llega a penetrar el verdadero sentido de las revelaciones bíblicas.

La influencia ejercida por la Cábala en el judaísmo, deriva precisamente de su especial exégesis y de la negación de toda interpretación de las Sagradas Escrituras que no arranque de las reglas de la hermenéutica cabalística. La concepción monoteísta de la figura bíblica de Jehová, creador y regulador del mundo, aparece desfigurada por la Cábala con tintes paganos politeístas; la unidad de Dios resulta despedazada en los diez Sephiroth, que poco a poco se divinizan. Este influjo de la Cábala, alcanzando a rechazar todo sistema filosófico y toda literatura, se ha traducido en la formación de varias sectas, la última de las cuales fue la de los *Chassidim*, fundada por Baal-Shem en 1740, y que llegó a seducir con sus Tsaddik (santos) en una oleada de fanatismo, a gran número de judíos de Polonia y de Galizia.

El mismo Cristianismo ha sido en ocasiones influido por la Cábala, viendo en sus misteriosas reglas la ciencia destinada a fundir las doctrinas del Antiguo Testamento con las del Nuevo. La orientación del Cristianismo hacia la Cábala se acentuó al notarse que a través de las enseñanzas cabalísticas, grandes personajes judíos (como Pablo de Heredia de Aragón, Pablo Ricci, G. Corrado Otto, J. Esteban, Rittangel, etc.), se convertían a la religión cristiana. La fascinación ejercida por las misteriosas manipulaciones de la Cábala, fue sentida por inteligencias tan excepcionales y tan cristianas como las de Pico de la Mirandola, Reuchlin y el franciscano Pedro Galatino, para no citar sino los más eminentes.

Sólo más tarde, la preponderancia de los problemas religio-

sos y eclesiásticos con sus repercusiones políticas, al dar impulso más positivo a la mentalidad humana y más sustancial fundamento a los estudios, hizo decaer la Cábala. Por otra parte, gracias a los trabajos, cada vez más profundos, de la enseñanza cabalística, y, sobre todo, a la obra de Knorr de Rosenroth, que tradujo y publicó en latín en Francfort todas las escrituras de la Cábala, se empezó a comprender que entre ella y el Cristianismo nada había de común, y que la Santísima Trinidad nada tenía que ver con la primera triada de los Sephiroth, y que la unidad de Dios era incompatible con las diez divindades cabalísticas, aunque emanaran de un principio informador único, imposible de comprender ni de expresar.

En la doctrina que influyó también la Cábala fue en el neoplatonismo, especialmente en cierta tesis monista, que no ha dejado de influir en las escuelas filosóficas modernas. Pero donde el influjo de la Cábala es más perceptible es en el magismo antiguo y moderno: la Cábala tiene un contenido mágico considerable en sus fórmulas y en sus procedimientos, y no es extraño que haya influido hasta en las prácticas ocultísticas. El estudio de la Cábala, bastante abandonado hoy, no deja, sin embargo, de excitar la atención de los investigadores sin prejuicios, ganosos de sacar partido del fruto de los pacienzudos y abstrusos trabajos de tantas generaciones de sabios.

HISTORIA LITERARIA

PERIODISTAS Y LITERATOS EN EL SIGLO XVIII. — En el siglo XVIII puede decirse que se realizó la evolución del periodismo, pasando a ser, de profesión despreciable, profesión honrosa y conveniente.

El Abate La Porte, en su *Viaje a la morada de las sombras*, hace hablar así en 1751 a Desfontaines, lamentando no ser recibido en el hotel de la Sra. de Lambert: «Yo no era académico ni podía lisonjearme de serlo nunca; el oficio de periodista

es título de exclusión. Y es que, en efecto, se mira esta profesión como la más vil de la literatura, como una mancha original y un ejercicio villano, impropio de la nobleza literaria de que hay que hacer prueba para entrar en la Academia.»

A los ojos del mismo Voltaire, los periodistas son los que componen esa «canalla de la literatura», tantas veces fustigada por su pluma mordaz. Rousseau, al saber que su amigo Vernes piensa fundar un periódico, procura apartarle de tal propósito: «Siento, le dice, ver hombres hechos para levantar monumentos, contentarse con llevar materiales, y de arquitectos convertirse en peones de albañil. ¿Qué es un periódico? Una obra efímera, sin mérito y sin utilidad, cuya lectura, descuidada y despreciada por los literatos, no sirve sino para dar a las mujeres y a los tontos vanidad sin instrucción, y cuya suerte, después de haber brillado por la mañana en el tocador, es morir por la noche en el orinal.» Diderot no es menos duro: «Todos esos papeles, dice, son el pasto de los ignorantes, el recurso de los que quieren hablar y juzgar sin leer, la plaga y el asco de los que trabajan.» Para Grimm, «esa multitud de hojas periódicas son la ruina de las letras». Favart, a pesar de su buen carácter, se exalta hablando de los periodistas: «Son otros tantos perros bajo la mesa de su amo, esperando que les echen huesos que roer; se los disputan entre sí, y después de hartarse de ellos, hacen un sábado del diablo bajo la mesa, mordiendo las piernas de quienes los sostienen.» Para justificarse Brissot de hacerse periodista, dice: «Bayle ha sido preceptor de niños, Postel galopín de colegio, y Rousseau lacayo de una marquesa; bien puedo yo ser gacetillero; honremos el oficio y no me deshonraré.» Delisle de Sales, en su *Ensayo sobre el periodismo de 1735 a 1800*, define la profesión como «la necesidad de desvariar junta con la necesidad de morder»; los periodistas son «una secta antiliteraria, audazmente abyecta, de la que la sola existencia pública es un delito y el nombre una injuria, secta que sólo existe por el vicio y sólo se sostiene por el ridículo».

Mauricio Pellisson explica en el *Mercure de France* este desfavor del periodismo por el carácter crítico y hasta satírico de la Prensa de entonces, molesta para todo escritor, por restarle lectores con sus juicios y con sus noticias. La política estaba casi vedada, y el gusto aristocrático de los literatos se avenía mal con los aires populacheros del periódico. Pero el motivo principal del desdén y del desprecio con que se miraba al periódico era la insignificancia real del mismo. La *Gazette*, la decana, fundada en 1631, podía suministrar materiales para la Historia; pero no hay que ver sino los nombres de sus directores, Renaudot, Verneuil, padre e hijo, la Bruère y Meslé, para comprender su valor literario. El *Journal des Savants*, decano de la prensa científico-literaria, fundado en 1665, es seguramente una colección hecha con cuidado; pero sus directores, Sallo, Gallois, la Roque y el presidente Cousin, no son ciertamente nombres imponentes ni mucho menos. El *Mercure Galant*, fundado en 1672 por Donneau de Visé, respondía al tipo de los actuales *magazines*, y la Bruyère lo juzgaba diciendo, con excesiva severidad, que «estaba inmediatamente debajo de la nada». Desfontaines, en 1730, fundó el *Nouvelliste du Parnasse*, tan picante y agresivo, que fue suspendido a los dos años, mereciendo su fundador el desprecio de todos, por sus costumbres fangosas y su cínica venalidad. Prévost hubiera podido, con su *Pour et Contre*, dar cierto lustre al periodismo; pero se cansó pronto y convirtió su periódico en un revuelto *pot-pourri*. Este nombre y el de Bayle, que fundó y sostuvo tres años las *Nouvelles de la République des Lettres*, son los nombres más ilustres de los cultivadores del periodismo; los demás son tan oscuros, que no suenan nada. ¿Cómo extrañarse del desdén con que se les miraba?

Al lado de los diarios impresos, sin gloria, pero no indignos de aprecio, había los manuscritos, las *gacetillas*, como entonces se las llamaba. El personal que las componía se reclutaba entre los desheredados, pasantes despedidos, curas privados de misa, estudiantes sin recursos, aventureros, lacayos, espías

de policía, rateros y mujeres más o menos perdidas, gente sin vergüenza, capaces de mentir y difamar por cuatro ocha-
vos, siempre hambrientos e insaciables, como decía — lo de-
jamos en latín — la *Gaceta Burlesca* en 1649: «Sunt quatuor
quæ numquam dicunt satis: mare, vulva mulieris infernus
et bursa gazetarii.» Estas *gacetillas* corrían de mano en mano,
sin que ni órdenes ni leyes ni persecuciones pudieran acabar
con ellas; los *nouvellistes à la main* pululaban, a pesar de azo-
tes, postes, destierros, cárceles y galeras. El Gobierno se con-
venció de que era preferible domesticar la fiera, y el conde de
Argenson, y luego Herault y Marville, lugartenientes de poli-
cía, compraron a los periodistas, lo que no impidió, como es
natural, que hubiera *gacetillas* de contrabando.

Claro es que si el oficio no hubiera sido lucrativo, no se hu-
biera encontrado a nadie que lo ejerciera; pero lo era. El abono
a la hoja de Dubreuil en 1728 era de 6 libras al mes por cuatro
páginas en 4.º, y 12 por ocho; era el término medio: 12 libras
al mes son 144 al año, unos 500 francos, valor actual. Los ga-
cetilleros de segundo orden aceptaban suscripciones a 3 libras
mensuales; pero en cambio había *gacetillas* que costaban 600 li-
bras, unos 2.000 francos de nuestra moneda, al año. Con 20 sus-
cripciones, cosa fácil de hacer, sin más gastos que los copistas,
el negocio era excelente. Los periódicos impresos daban tam-
bién una buena renta: Renaudot confiesa que la *Gazette de
France* le había valido unas 12.000 libras anuales; después bajó
esta cifra, y Verneuil no sacaba en 1749 más que 8.000 libras,
y vendió la propiedad al presidente Orillon en 100.000; del
Mercure sacaba Davoust, limpias, de 21 a 22.000 libras, y el
Año literario producía a Freron 20.000; según Brissot, Linguet
ganó más de 100.000 francos con sus *Anales*.

El Gobierno, sabedor del éxito de estas empresas, quiso
sacar partido de ellas, y no las autorizó sino a condición de
que parte de los beneficios se distribuyera en pensiones a los
literatos, y éstos fueron entonces, poco a poco perdiendo su re-
pugnancia al periodismo. La influencia que por la propaganda

se ejercía en el público era otro aliciente, y así decía Brissot que «no veía en los papeles públicos sino canales abiertos para la razón y la libertad». Marmontel se hizo cargo de la dirección del *Mercure* en 1758; Grimm estuvo un momento al frente del *Journal Étranger*, y el mismo Voltaire no se desdeñó de enviar artículos al *Journal Encyclopédique* y a la *Gazette Littéraire*, y hasta pensó, según Malesherbes, en fundar una revista.

Los horizontes de la prensa periódica se iban por otra parte ensanchando y elevando; y con el *Journal économique* y las *Ephémérides du citoyen* iban apuntando cada vez más alto y con más seriedad; el periodista se convertía en publicista, ganando en crédito y en influjo. Hasta las gacetillas manuscritas mejoraron, y entre los gacetilleros figuraron Favart, Grimm y la Harpe. De 1750 a 1780, los progresos del periodismo son innegables: mejor hechos los periódicos y mejor vistos los periodistas, la opinión se rehizo, y en 1771 y en 1774 la Academia admitió en su seno a Arnaud y Suard, sin más títulos que sus artículos de periódico. Así se explica que en 1785 dijera el duque de Nivernois en la recepción de Target: «En un tiempo en que el progreso de los conocimientos inspira a todo el mundo el gusto y la emulación del saber, pero en que no todo el mundo tiene tiempo ni paciencia para estudiar, los periódicos son útiles, quizá hasta necesarios, y el empleo de periodista es digno de ser ejercido por los mejores espíritus. Sí; el periodista ejerce una especie de ministerio público y legal; es un relator que, después de haber hecho el inventario de los materiales cuya sustancia saca, no puede, sin prevención, disfrazar nada, exagerar nada ni omitir nada. El que, no perdiendo jamás de vista sus deberes ni la dignidad de su empleo, no ofrece al lector sino análisis exactos y precisos, resultados claros y legítimos, conclusiones juiciosas e imparciales, ése merece el reconocimiento de los autores, de los lectores y de la república de las letras.» ¿No es verdad que hoy mismo, siglo y medio después, podían repetirse estas palabras del du-

que de Nivernois sin quitar una letra, y con mucho mayor motivo que entonces? ¡Qué distancia tan enorme en el concepto público del periodismo! Pero también... ¡de cuántos y cuántos periodistas puede todavía decirse, por desgracia, lo que decía Favart!

CRIMINOLOGIA

CÓMO SE DESCUBREN LOS CRÍMENES.—El criminal moderno se va transformando con el tiempo, asimilándose todos los progresos y utilizando todos los adelantos: el falsario y el envenenador son químicos consumados, el ratero conoce perfectamente todos los secretos de la mecánica y de la electricidad, y el asesino tiene su patente de automovilista, y maneja maravillosamente los brownings más perfeccionados. La sociedad estaría perdida si no se dispusiera de medios para garantizar la seguridad pública. El verdadero policía moderno, dice el Dr. Neuville en *La Revue*, es el médico legista, versado en todas las disciplinas del humano saber, antropología, anatomía, fisiología, física, química, fotografía, microscopia, análisis orgánicos e inorgánicos de todo género. El público no lo conoce; profesor de Universidad o de Instituto, encerrado en la modestia de su laboratorio, se llama Lacassagne, Bertillon, Reiss, Weingart, Gross, Frecon, Masson, Balthazar, Masaryk. Casi nunca se le nombra en los procesos célebres, pero él es el más temible enemigo del crimen, descubriendo, identificando y confundiendo a los culpables. Neuville cita al efecto numerosos ejemplos.

En una casa de aspecto sospechoso del pasaje de los Maturos, en el Havre, vive una marsellesa de treinta y cinco años, morena y fuerte marimacho que aloja en los dos pisos de la casa parroquianos de ocasión. La policía la vigila porque recibe falsarios y aventureros, y vende ilícitamente tabaco y licores. Los vecinos cuentan que tiene una hucha y que hace dinero. Ella está en guardia, y en cuanto el día declina, echa el

cerrojo a puertas y ventanas; de día vigila la vivienda un soldado viejo, que se marcha por la noche. La marsellesa se emborracha con frecuencia.

En la noche del 10 de Octubre de 1909, un gendarme retrasado quiere hacerse abrir, y se sorprende al ver que la puerta cede y se abre. Entra, y a la luz de una cerilla ve a la patrona con la cabeza y los brazos echados sobre la mesa. La empuja con la mano, y ésta se cubre de sangre. Se fija, y ve que la mujer ha muerto. Se advierte a la justicia, y el juzgado se presenta, acompañado del médico forense. La puerta de entrada ha sido fracturada; se miden los astillados que presenta. En una astilla hay sangre, lo que hace suponer que el asesino ha debido herirse. En el corredor no hay señales de pasos, sino sólo algunas huellas de sangre, lo mismo que en la pieza donde se ha cometido el asesinato, durante el sueño de la víctima. El especialista pasea su microscopio sobre las diferentes huellas del crimen.—¿Cuál es el último barco que ha entrado en el puerto?—pregunta.—El *Donna María*, de Sicilia.—Esa mujer—dice el forense sin vacilar—ha sido asesinada por un individuo zurdo, con un pequeño bigote. Debe haber llegado al Havre en el *Donna María*. Es un hombre de más de cinco pies y seis pulgadas. Conocía a la patrona y ha debido vivir aquí en otro tiempo. Sabe que se embriaga con frecuencia. Ha entrado con fractura de la puerta, ha matado a la dormida por temor de que se despertara mientras la robaba, y se ha marchado, creyendo no dejar ningún indicio. Quizá tiene todavía en el bolsillo un cabo de vela que ha encendido.

Se envía al inspector al puerto para registrar el *Donna María*, y entretanto el forense explica sus afirmaciones: «El asesino se ha herido en la puerta, al entrar. La astilla manchada de sangre me ha hecho suponer que es zurdo. Al lado de la sangre ved en el suelo las escurriduras de una bujía. El hombre tenía la vela en la mano derecha, y en la izquierda el instrumento del crimen, probablemente un rompecabezas. Le estoy viendo: sigue el corredor después de haberse hecho un ara-

ñazo en la puerta; entra, ve a la mujer dormida y la da un golpe en la cabeza con su arma; la cree muerta, y va en busca del dinero al armario, donde su mano herida deja ligera mancha de sangre; en seguida acabé de convencerme de que era zurdo, por haber abierto el mueble con la mano izquierda. Las huellas de la bujía, examinadas al microscopio, han probado que era semejante a las que fabrican en Sicilia; he recordado este detalle gracias a la colección Bertillon, que tiene muestras de todas las bujías del mundo. En esas mismas huellas he encontrado dos pelitos rojos, evidentemente del bigote, que el asesino se ha arrancado mordiéndose el bigote por un movimiento reflejo. Nada, pues, más sencillo que deducir que el asesino es zurdo, tiene bigote rubio y viene de Sicilia.

Poco después llegó el inspector con un individuo maniataado, Foforazzo, pasajero del *Donna Maria*. El médico le tendió un papel y lo cogió con la mano izquierda; le miró la mano, y la tenía herida; le registraron, y tenía todavía el cabo de vela en el bolsillo. Foforazzo confesó, y fue condenado y ejecutado. La criminología le había descubierto.

Una linda cantante de café, de Berlín, Kate, muchacha arreglada y prudente que aspiraba a entrar en la Ópera, apareció una noche de Diciembre asesinada en su cuarto, extendida en la cama, con el torso desnudo, huellas de dedos en torno del cuello y una oleada de sangre escapándose del brazo izquierdo; entre los dedos tenía varios pelos de barba, largos y negros, y en el lecho había una esponja que olía todavía a cloroformo; pedazos de vidrio estaban esparcidos por el suelo. El forense envió su informe al juez de instrucción al día siguiente. Afirmaba que el asesinato había sido cometido por un médico muy alto, delgado, con barba negra, y cuyos dedos ofrecían la particularidad de ser tan largo el índice como el medio, y ambos un centímetro más largos que el anular; llevaba calzado claveteado, padecía la enfermedad del sueño, y tenía que tener una profunda incisión en el antebrazo izquierdo. Este médico, que debía proceder del Congo, sabía que los hechiceros del país

creen que la enfermedad del sueño puede curarse bebiendo sangre pura de una joven o de un niño. Los trozos de cristal hallados en el suelo eran fragmentos de un tubito de los que se emplean para trasvasar la sangre; examinados al microscopio, se vió contenían trypanosomos, gérmenes de la enfermedad del sueño; procedían, sin duda, del médico, y revelaban que se habían extraído del brazo para la transfusión.

Con estos datos era fácil reconstituir el crimen: el médico había visto a la cantante, y la habría propuesto la transfusión; a su negativa, obsesionado por el deseo de curarse, el médico aeecha la llegada de la cantante, escondido en su cuarto; la deja acostarse y la aplica el cloroformo; corta la arteria braquial de la joven y la suya, y procede a la transfusión; pero Kate se despierta, y el médico, exasperado, la estrangula; al huir se le escapa la pipeta de transfusión, y la pisa; escapa, pero deja en el cuello las señales de sus dedos; entre los dedos de Kate, pelos de su barba; en la tupida alfombra, huellas de sus pasos, y en los cristales, microbios de su enfermedad. La precisión de los datos sirve de guía a la policía, que no tarda en hallar, a los dos días, un individuo procedente del Congo, médico, con la enfermedad del sueño y con el brazo vendado. Confesó su culpa, y no llegó a comparecer ante el tribunal, porque murió en el hospital antes de que se viera la causa.

En un castillo señorial, cerca de Baden-Baden, la baronesa de E***, su propietaria, guardaba una colección de esmeraldas maravillosas, tesoro de familia encerrado en una caja de caudales, incrustada en la pared del dormitorio de la baronesa, y oculta por un tabique movable, que se corría por un resorte secreto. Una mañana, el Dr. W*** fue llamado por teléfono. Habían robado las esmeraldas; el tabique estaba corrido, y la caja vacía. Aquella noche, la baronesa había dormido con sueño pesado, y al despertarse, se encontró robada. El doctor avisó a la policía, y acudió con sus ayudantes, que llevaban varios paquetes y un dinamómetro Bertillon. Quitó el tabique y desatornilló la cerradura de la puerta de la habitación; dió

orden de no dejar salir a nadie del castillo, y rogó a la baronesa que le dejara examinar unas gotas de su sangre; la baronesa, aunque sorprendida, dejó hacer, y el doctor la picó junto a la uña del pulgar, y recogió unas gotas de sangre en una placa de cristal. Preguntó después por qué estaba abierta una de las ventanas, y la baronesa dijo que lo ignoraba; pero que de ordinario estaba cerrada por la noche. Luego examinó la puerta de la caja, hizo quitar la cerradura y la sumergió en una cubeta donde había echado el líquido de tres frascos, traídos por sus ayudantes, analizando el resultado al microscopio. Tras esto, el doctor dijo, después de meditar un poco:

—Las esmeraldas han sido robadas por un hombre y una mujer, uno de los cuales vive en el castillo; el hombre es cojo, tiene la pierna derecha más corta que la izquierda. La mujer es anémica. El embotamiento sufrido por la baronesa ha sido producido por el gas azótico, que han hecho pasar por el agujero de la cerradura del dormitorio. Cuando su acción se ha hecho sentir, los ladrones han entrado en la pieza, y conociendo el secreto del resorte, han abierto el tabique, valiéndose luego del gas acetileno para abrir la caja; luego han dejado la ventana abierta para que saliera el gas, pues no eran asesinos. La mujer es anémica, y tiene un eczema; el hombre lleva medias de lana gruesa gris, y es ambidestro. ¿Hay en el personal del castillo alguien que responda a estas indicaciones?

Se pasó revista a la servidumbre, sin resultado; se inspeccionaron las habitaciones, y al fin se encontró en un cajón una de las sortijas de esmeraldas con un frasquito en que había algo de cloroformo. El doctor examinó al criado que vivía en aquel cuarto; era el sumiller, un hombrecillo obeso, de cinco pies de alto, que se quedó asombrado del hallazgo. El doctor tomó la sortija con pinzas, echó en la piedra unos polvos de un paquete traído del laboratorio, sopló y dejó al descubierto en la esmeralda una ligera huella de dedos casi imperceptible; sometió el frasquito a la misma operación, y en el cristal aparecieron huellas de los mismos dedos. Comparó estas huellas con

las del sumiller, y afirmó que éste no había tocado la sortija.

En esto entró un inspector para decir que un lacayo, que estaba fuera, acababa de regresar.—¿Es alto?—preguntó el doctor.—Muy alto.—Detenedle inmediatamente y arrestad a su novia.—Pero ese hombre no es cojo—objetó la baronesa, y es muy buen servidor.—¡No importa!

Trajeron al lacayo.—Coged esa silla—dijo el doctor,—y levantadla primero con una mano y luego con la otra.—Nada más fácil—dijo el hombre,—pues manejo lo mismo las dos.—Está bien, descálcese.—El lacayo tenía el talón derecho mucho más alto que el izquierdo; cojeaba, y se comprobó que llevaba medias de lana gris. Le llevaron a otra habitación y trajeron a su novia.—Veamos esos dedos—dijo el doctor.—¡Ah! El anular está con un trocito de piel levantada.—La mujer se turbó. El doctor la picó ligeramente el pulgar, y recogió unas gotas de sangre en la placa de cristal examinándolas al microscopio: era sangre de anémica, igual a la encontrada en la sortija.—¡Ahí tiene usted a los ladrones!—dijo a la baronesa.

Y explicó sus manipulaciones: «Las persianas estaban intactas; por allí no habían entrado. Había usted sentido gran pesadez de cabeza; supuse que la habían anestesiado. Desatornillé la cerradura de la puerta, y vi en ella las señales de corrosión que produce el ácido azótico. Saqué a usted una gota de sangre, y en sus glóbulos noté la absorción de ázoe. Usted había sido anestesiada por el gas metido por el agujero de la cerradura. El dinamómetro me ha dado la convicción, por sus pesadas, de que la fractura se ha cometido por un hombre que manejaba un cincel con las dos manos; luego el ladrón era ambidestro; otras pesadas más débiles revelaban manos de mujer. El suelo había sido encerado la víspera; observé con el microscopio residuos de lana gris; las huellas de los pasos eran de presión desigual; luego el ladrón cojeaba. En cuanto a la mujer, se ha vendido dejando huellas de su sangre y un trocito de la piel de su dedo anular en el tabique de madera al correrlo; el examen de esa piel y de esa sangre me demostró que se trataba

de una anémica eczematosa. Todo se ha comprobado. ¿Dónde habéis enterrado las esmeraldas?

El lacayo se quedó estupefacto.—¿Y cómo sabe usted que las hemos enterrado?—Por vuestras uñas, que todavía conservan restos de tierra.—¡Usted es brujo!—dijo el criado asustado.

Y confesaron que habían escondido las alhajas al pie de un árbol del jardín. Allí se encontraron, en efecto, sin que faltara más que la sortija que habían escondido en otro sitio para despistar. El ladrón resultó ser un escapado de presidio, que había entrado al servicio de la baronesa con el propósito de robarla. Los ladrones fueron condenados a trabajos forzados.

Y esos son los servicios de la criminología y de los forenses estudiosos. ¡Oh! ¡Si hubiera muchos así!

CIENCIAS NATURALES

LOS OJOS DE LAS PLANTAS.—El profesor Gottlieb Haberlandt, del Instituto Botánico austriaco de Gratz, en Stiria, ha hecho un descubrimiento que en el mundo de las ciencias naturales constituye una revelación inesperada. Más que descubrimiento, pues la cosa en sí era conocida ya, se trata de una afirmación: la de que muchas plantas están dotadas de vista.

Como se trata de un sabio concienzudo, cuyos trabajos gozan entre los especialistas de particular estimación, fuerza es levantar acta de lo que dice, aunque no se acepte por su solo dicho, para estudiarlo y controvertirlo. Hay muchas plantas, según él, que, a juzgar por los resultados de largas y repetidas observaciones, pueden compararse a ciertos animales inferiores en cuanto a los órganos de la vista, siendo sus células epidérmicas en realidad otros tantos lentes convexos tan perfectos como las facetas del ojo del insecto.

Sabido es que la mosca común tiene conformados sus ojos de tal manera, que constituyen un poliedro con más de 4.000 facetas, número que en la mariposa llega a 17.000. Pues bien; en los vegetales, cada una de estas facetas tiene por análoga una

célula de la hoja, resultando en ambos casos la reproducción de una cantidad infinita de imágenes reflejadas en el foco visual. Un bosque, desplegando su lujuriosa vegetación al sol, recogería así los rayos solares de multitud de espejos, formando cada célula epidérmica una lentícula distinta.

Esta visión no es consciente para las plantas, como tampoco el insecto tiene conciencia de lo que se pinta en cada una de sus facetas oculares; pero existe indiscutiblemente según Haberlandt, que lo ha demostrado fotografiando partes minúsculas de la epidermis del limbo con ayuda de un aparato combinado con el microscopio. Estos experimentos, corroborados por el Dr. Nutall, de Londres, y por el Dr. Haroldo Wager, han permitido reconocer en cada una de las células epidérmicas imágenes muy claras de los objetos dispuestos a diferentes distancias, hasta de personas y de casas. De esto puede deducirse, según estos botánicos, que las plantas tienen verdaderos ojos, comparables a los rudimentarios de las abejas y de ciertos himenópteros, lepidópteros y dípteros, que les permiten distinguir en la penumbra lo que se ofrece a su vista con poco alejamiento. Haberlandt ha notado más especialmente estos ojos rudimentarios en las hojas del sicomoro, del erablo de Noruega y del acanto del Perú.

Los ojos de las plantas se distinguen, no obstante, notablemente de los ojos de los insectos, en que no tienen pigmento; pero queda por probar el papel de éste en la visión, y hasta qué punto la clorofila, esa materia verde de las células de la hoja, no suple al pigmentum. Ya se verá en las investigaciones que Haberlandt y sus colegas siguen haciendo. Pero lo dicho basta para demostrar la analogía de las especies vegetales y animales en apoyo de la teoría de la homogeneidad de la vida en los diversos dominios de la Naturaleza.

Nosotros creemos, sin embargo, que las conclusiones sacadas por Haberlandt de los fenómenos citados son, por lo menos, prematuras. No hablemos de visión consciente, porque esa, probablemente, la tiene sólo la especie humana. Hablemos

de visión activa, pues la visión pasiva la tienen también los minerales, reduciéndose a la receptividad de los rayos luminosos y a su mayor o menor reflexión. Porque un espejo refleja lo que tiene delante, ¿vamos a decir que ve? Porque una piedra recibe los rayos solares o las imágenes más o menos confusas, según su mayor o menor pulimento, de las cosas circundantes, ¿vamos a decir que goza de visión? Sería una conclusión exagerada. Una piedra se calienta y se enfría, se humedece y se seca, brilla y se pone opaca, sin que por eso podamos decir que percibe ninguno de esos fenómenos; es sensible al calor y al frío, pero no lo siente activamente. Y lo mismo ocurre con la pretendida visión de las plantas.

IMPRESIONES Y NOTAS

ENTRE LA TIERRA Y MARTE.—El profesor Pickering, de la Universidad de Harward, ha estudiado en la *Scena Illustrata*, de Florencia, los medios propuestos para entrar en comunicación con los habitantes de Marte, si es que existen como nos lo hacen suponer ciertos fenómenos, observados por los astrónomos, que parecen relacionados con la ejecución de grandes obras de que solo son capaces seres inteligentes y poderosos.

Estos medios de comunicación son cinco: 1.º El método eléctrico, basado en el principio de la telegrafía sin hilos. Como hasta el presente no se han podido obtener sino mensajes a 6.000 kilómetros de distancia, y se necesita extenderlos a una distancia 10.000 veces mayor, no hay que pensar en utilizar este medio por ahora, ni probablemente nunca. 2.º El empleo de una hoguera potentísima, que durante la noche pudiera llamar la atención de los supuestos marcianos. Este procedimiento es puramente teórico, pues es casi del todo impracticable. 3.º Producir sobre un plano blanco un punto negro que desaparecería y reaparecería alternativamente. Este plano, para ser visto desde Marte con instrumentos o aparatos ópticos semejantes a los nuestros, necesitaría ser de 50 kilómetros

de diámetro; aun en este caso, el punto negro aparecería gris por la atmósfera; Pickering parece también rechazar este método, pero nosotros no vemos razón valedera para que no se ensaye; en la Tierra tenemos muchos espacios llanos de esa y de mayor dimensión, en los que sin dificultades insuperables podría ensayarse la comunicación; con que cualquier Carnegie o Rockefeller que pueda tirar unos millones, muy pocos, sin detrimento grave de su fortuna, se anime a dedicar al ensayo la suma necesaria, podíamos asegurarnos de la eficacia o ineficacia de este medio. 4.º Imitar en la Tierra, por medio de grandes plantaciones, las figuras que observamos en Marte; por ejemplo, los canales marcianos. Este medio sí que es largo, difícil, inadecuado e ineficaz. 5.º El último procedimiento por el que Pickering se decide es el de construir grandes reflectores de la luz solar para lanzar los reflejos hacia Marte. Para esto se necesitaría una superficie de un kilómetro cuadrado de espejos, con los que se obtendría un haz luminoso que tendría el brillo de un astro de cuarta magnitud a la distancia de cien millones de kilómetros. Con uno solo o con varios de estos reflectores cabría establecer la comunicación si los marcianos lo veían y querían y podían contestar. Siempre en el supuesto de que los marcianos existan.

*
* *

¿HAY ALGUNA RAZÓN FISIOLÓGICA PARA QUE EL HOMBRE MUE-
RA?—R. Shirley, en la *Occult Review*, de Londres, contesta re-
sultadamente que no, apoyándose en los estudios hechos por
Carrington y Meader en su obra *La muerte.—Sus causas y fe-
nómenos*.

La ciencia no ha dado todavía una explicación de la vida, y claro es que no sabiendo resolver el problema magno de la vida, menos puede resolver su natural consecuencia, el problema de la muerte o de la cesación de la vida. La Fisiología se ingenia lo que puede en explicarnos los fenómenos de deca-
dencia del cuerpo, la vejez con todos sus achaques; pero, ¿por

qué el hombre deja de vivir en determinado momento? No lo sabe.

Para Carrington, el cuerpo humano es un instrumento a través del cual se transmite la *fuerza vital*. Cuando el cuerpo pierde la aptitud para vibrar en correspondencia con las vibraciones de la fuerza vital, ésta, no pudiendo servirse ya de este instrumento, se extingue. La muerte sobreviene, no porque se empobrezca la fuerza vital inicial, sino porque a sus manifestaciones, por medio del cuerpo, se oponen obstáculos dependientes del ambiente físico. La recepción de la fuerza vital por el cuerpo puede estimarse como una *concentración de energía* a semejanza de la concentración de un haz de rayos solares por una lente; la descomposición del cuerpo no indica la extensión de la fuerza vital, como la rotura de una lente no indica la desaparición del sol. Cómo el cuerpo absorbe esa fuerza, eso es lo que no se sabe. La Teosofía tiene su solución, y la ciencia debe ocuparse seriamente de los fenómenos merméricos y mediánicos, para resolver o encauzar estos problemas.

*
* *

SIN TARTAMUDEO, ¡NADA!—Tiene gracia la anécdota que, contada por Monselet y repetida por Mauricio Boisard en el *Mercure de France*, se refiere al tiempo en que Néstor Roqueplan dirigía el teatro de Variétés, de París.

«Una mañana se presentó a Roqueplan el vaudevillista Boulé, para leerle una obra que acababa de componer. Roqueplan se resignó y tomó en el sofá su postura habitual. Boulé era muy tartamudo, y Roqueplan no lo sabía. Apenas hubo empezado la lectura, Roqueplan murmura lanzando una bocanada de humo:

—¡Hola! ¡Un tartamudo! ¡Es bastante original!

Boulé no le oyó o fingió no oírle, y continuó su lectura. Al cabo de algunos instantes, cuando salió otro personaje a escena, Roqueplan murmuró de nuevo:

—¡Ah, ah! ¡Dos tartamudos! ¡Muy bien!

Boulé no oía nada, siempre entregado a su lectura. Cuando hubo acabado, Roqueplan le dijo:

—¿Sabe usted que es una idea original la de hacer tartamudear a todos vuestros personajes?

—Pe... pe... pero si no tar... tarta... tartamudean—replicó Boulé desconcertado.—Soy yo quien tar... tarta... tartamudeo.

A estas palabras, Roqueplan se levanta, y dirigiéndose al pobre Boule, atortolado, le dice:

—Desde el momento en que vuestros personajes no tartamudean, rehusó la obra.»

*
* *

EL VALOR EDUCATIVO DE LA GRAMÁTICA.—Tal es el tema que trata, un poco superficialmente, en *L'Éducation*, el Sr. Brelet. Las ciencias, según él, forman especialmente el espíritu, y las letras el espíritu y el corazón. Pero para poder apreciar la acción benéfica de las letras, es preciso saber Gramática. La Gramática tiene un valor educativo propio hasta en sus partes más áridas, ejercitando al mismo tiempo la memoria, la inteligencia y la voluntad. Es una gimnasia intelectual de primer orden que vigoriza el espíritu, enseñándole a poner orden en las ideas, a restablecer la lógica perturbada por los hechos, y a discurrir y precisarlo todo. El análisis, sobre todo, es un trabajo que requiere voluntad para sujetar la atención, y dominio de la materia para establecer las relaciones que deben existir entre las palabras. La sintaxis requiere mucha reflexión, y el empleo acertado de los tiempos y de los modos sólo puede hacerse bien con gusto depurado y juicio inteligente. Todas las facultades intelectuales entran en juego para acertar con el empleo preciso de cada palabra. Los profanos se imaginan que se trata de algo difícil y abstruso; nada de eso. El estudio de la Gramática es de los que más contribuyen a la formación del espíritu, y pueden estimarse como eminentemente educadores

por sí mismos y por los hábitos de orden y precisión que crean, y como iniciadores de la cultura general, que tiene en la Gramática sus raíces.

*
* *

LA ENSEÑANZA Y LOS PADRES.—La primera y la segunda enseñanza no persiguen fines individuales, sino sociales; no se trata de obtener un especialista, sino un miembro útil para la sociedad, capacitándole para que elija con acierto el camino que debe seguir en la vida para su bien y para el bien de todos. Este fin social no es comprendido por las familias que sólo se preocupan de que el estudiante se halle cuanto antes en condiciones de ganar la subsistencia dejando de ser una carga. De ahí los apresuramientos, de ahí la presión sobre el profesorado para que no haya retrasos en la carrera de ningún alumno, y de ahí la falta de cordial inteligencia entre las familias y los profesores; y la ninguna ayuda que éstos encuentran en aquéllas para la formación del corazón y de la inteligencia del educando. Es un mal general, de que en todos los países se quejan, los educadores de una parte, y las familias de otra, sin acertar a entenderse. Mientras el profesor no vea secundados sus esfuerzos por las familias, será ineficaz o incompleta su labor; la educación corresponde a las familias, pero debe tener su complemento en las aulas; la instrucción corresponde a las aulas, pero debe tener su complemento en el hogar doméstico; sin este mutuo auxilio, la educación y la instrucción serán siempre deficientes.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La sociologia del partito politico nella democrazia moderna.—Studi sulle tendenze oligarchiche degli aggregati politici, per R. Michels. Traduzione del Dott. Alfredo Polledro, riveduta e ampliata dall' autore.—Torino. Unione tipografico-editrice torinese, 1912.—XXXII-439 págs., 6 liras.

El autor, que es profesor en la Universidad de Turín, escribió primeramente su libro en alemán, y ahora lo publica en edición italiana, corregida y aumentada.

He aquí los motivos de su publicación, según él mismo los expone: Hay ciertos problemas formidables que agitan la vida social y nacional, y cuya solución persiguen millares y millares de estudiosos. Para resolver la cuestión lingüística y étnica se ha formulado el principio de las nacionalidades, o de la autonomía de los pueblos. Para la cuestión social, el principio del derecho al producto íntegro del trabajo. Para la cuestión política, el principio de la soberanía popular, fundamento de la democracia. Al examen del problema de la democracia se consagra este volumen. Pero sólo desde un punto de vista, que hasta ahora ha permanecido casi virgen, a saber: el de la acción que ejerce la democracia sobre la vida interna de los partidos que se tienen por democráticos. Pues la vida social y política de los últimos ciento veinte años no se ha limitado a experimentar sólo los efectos del antagonismo entre el individuo y el Estado, sino que se halla también trabajada por un

tercer combatiente que ha descendido a la arena, ocupando un lugar intermedio entre los dos anteriores. Este nuevo elemento es el partido político, el cual, teniendo de común con el Estado el principio de organización, puede ser comparado sin hipérbolo a un Estado individualizado, a un Estado dentro del Estado. Y la ciencia consagrada al estudio de tal nuevo elemento social es también una disciplina intermedia entre las sociales y económicas, las psicológicas y las históricas; es la *Ciencia analítica del partido político* (la *Biología de los partidos políticos*, que escribió el otro, años hace, aquí en España), a cuya formación el autor piensa contribuir por manera importante con este libro.

Tales, los intentos. Y hay que decir que la ejecución responde bastante bien a los mismos. La obra resulta muy interesante y sugestiva. El material que para escribirla ha recogido y ordenado el profesor Michels es abundantísimo y de buenas fuentes. Las consideraciones, observaciones y reflexiones que su examen sugiere al autor, agudas y exactas, en general. Pero yo tendría que oponer algún reparo.

En primer término, me parece que el autor, más que del partido político, o más, si se quiere, que del partido político democrático en general y de las leyes de su vida—las cuales pueden, según la doctrina de Michels, condensarse en esta fórmula: *la democracia conduce a la oligarquía*,—se ha preocupado de poner tal fórmula de relieve con relación exclusivamente al partido socialista, al que creo que no mira con mucha simpatía. Esa es la impresión que yo saco de la lectura del libro, impresión inferida del espíritu que me parece circular a través del interlineado, no de expresiones concretas y terminantes. Verdad es que el partido socialista aspira a representar la democracia más genuina y puramente que otro alguno en nuestros días; pero eso no impide el considerar que también otros partidos—el republicano, v. gr., del que Michels prescinde, podemos decir, por completo—se titulan democráticos, al igual del socialista.

De otro lado, en la consideración del asunto, tan bien estudiado por Michels, hay, a mi juicio, bastante menos novedad y originalidad de la que él se figura. La tiene, indudablemente, el haber reunido en un volumen y en un cuerpo de doctrina sistemáticamente organizado y debidamente documentado multitud de observaciones dispersas aquí y allá, sin conexión visible y sin que sirvieran de base para inferencias generales, o digamos, si se quiere, científicas, ni, por lo tanto, para constituir una disciplina nueva que añadir a las ya existentes. Pero las observaciones y reflexiones críticas que forman el contenido de la disciplina aludida no son, a lo menos en su mayor parte, invención nueva, sino que más bien, al contrario, han estado siempre, y siguen estándolo, en la mente de gran número de personas, sobre todo si su perspicacia está bastante desarrollada para percibir los fenómenos que ante su vista se producen.

Pues la tendencia a la dominación y a asegurar la dominación de unos hombres sobre otros es un hecho universal y constante, y no solamente propio de la democracia socialista, como parece ser la preocupación del autor. Ni siquiera es exclusivo de la mecánica social, aun cuando en ella presente su relieve mayor; no hay vida posible, ni aun existencia alguna, sin dominación, que es como decir sin organización estructural y presión de unas partes sobre otras.

Con ésta, que podemos llamar ley soberana de la existencia, se explican ciertas aparentes singularidades del vivir humano. Recuerde el autor que «la aparición de fenómenos oligárquicos aun en el seno de los partidos revolucionarios es una prueba particularmente concluyente de que existen tendencias oligárquicas inmanentes *en toda organización humana* que se proponga la consecución de determinados fines». Por eso, si, como dice Michels en la misma página donde escribe lo anterior, «en la vida moderna de los partidos, la aristocracia propende a revestir forma democrática, mientras que el contenido de la democracia está penetrado de elementos aristocráticos»,

el fenómeno no es característico de nuestro tiempo, sino común a todas las épocas.

No hay quien no busque dominar. Si los conservadores y realistas, vencidos, halagan al pueblo, y aun al elemento plebeyo y revolucionario, es porque quieren servirse de él para tales fines. Por igual razón, el liberalismo odia a las masas. Todos se parapetan tras «el bien del pueblo o de la humanidad», pero es para disfrazar (aun inconscientemente y de buena fe) sus propósitos. Como el éxito perseguido depende de la organización y la disciplina, que son por fuerza autoritarias e impositivas, a ellas se acude. Es sabido de siempre que toda fuerza rebelde o revolucionaria se torna oportunista y conservadora cuando, no habiendo sido vencida en un principio, consigue crecer y tener eficacia, y mucho más si logra apoderarse del gobierno. Después de haber creído encontrar la clave del gobierno libre en el representativo, al cual propende por modo indefectible toda organización social, nos hemos convencido de que ello no es más que una ilusión, pues tal gobierno, como todos, conduce a la oligarquía.

¿La razón íntima de tales fenómenos? Ahora no es posible buscarla. Baste indicar que el gobierno — y todo partido, por consiguiente, que al gobierno aspira — es una verdadera empresa, constituida (como la de transportes o la de sombrerería, v. gr.) para prestar servicios, y, prestándolos, dominar, en la esfera respectiva, a la masa que los recibe. Justamente para esa dominación necesita profesionistas, cuanto más especificados mejor, los cuales, apoyándose en su competencia, reclaman ser ciegamente obedecidos por los incompetentes; y así, sin dejar de ser órganos y mandatarios de la masa a quien representan, esos profesionistas vienen a la postre a convertirse en mandantes y jefes de la misma, de la que reclaman imperiosamente obediencia incondicional.

P. DORADO

La fotografía moderna.—Manual de los conocimientos más indispensables al fotógrafo, de Antonio Cánovas («Kaulak»).

Hemos recibido esta novísima e interesante recopilación, que juzgamos de inmensa utilidad para cuantos, por industria o por gusto, practican la fotografía.

El trabajo del popular y gran fotógrafo constituye una labor apreciableísima, que avalora su experiencia y los brillantes resultados que de ella obtiene. No todos los que prediquen de fotografía tendrán la autoridad de que en justicia disfruta Antonio Cánovas. De aquí que sus indicaciones y consejos, compendiados en las páginas del libro que acaba de ponerse a la venta, sean la guía más eficaz para los que buscan lucro o entretenimiento con la fotografía. La obra, esmeradamente impresa, se vende en las principales librerías, al precio de 7,50 pesetas.

F. G.

ÍNDICE

| | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| <i>Formas rudimentarias de la novela picaresca</i> , por Franck Wadleigh Chandler..... | 5 |
| <i>Crónicas del tiempo de Isabel II</i> , por Carlos Cambroneró. | 31 |
| <i>Más hábil que Sherlock Holmes</i> , por Marck Twain..... | 67 |
| <i>Beatriz de Aragón, reina de Hungría</i> , por Alberto de Berzeviczy. | 98 |
| <i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay. | 151 |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo..... | 182 |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y F. G..... | 203 |